

LA CASTELLANA DE SHENSTONE

SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A. :: BARCELONA



~~11/10/58~~

8/10/58

LA CASTELLANA DE SHENSTONE

*Este libro pertenece a la Colección de
Novelas*

Ediciones «Hogar»

VOLUMENES PUBLICADOS

<i>Lil de los ojos color del tiempo</i> (Guy Chantepleure)	4 ptas.
<i>Dosla</i> (Henry Greville)	3 »
<i>María</i> (Jorge Isaacs)	4 »
<i>Los ojos de Alicia</i> (C. E. Pearce) ..	5 »
<i>El paraguas de San Pedro</i> (Co- loman Mikszath)	4 »
<i>La puerta cerrada</i> (Jorge Gibbs) .	5 »
<i>La aventura de Huguette</i> (Guy Chantepleure)	4 »
<i>El Rosario</i> (Florencia L. Barclay). 5	»
<i>Juventud triunfante</i> (Jorge Gibbs) 5	»
<i>Mi primo Gerardo</i> (E. Arde!) ..	4 »

La pasajera (Guy Chantepleure).
La alegría del Capitán Ribot (A. Pa-
lacio Valdés).

FUERA DE SERIE

Felipe Derblay (Jorge Ohnet) .. 4 ptas.

SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.
Calle Diputación, 211. — Barcelona

FLORENCIA L. BARCLAY

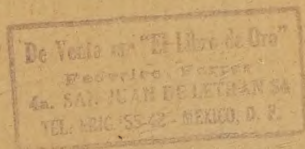
LA CASTELLANA DE SHENSTONE

Novela traducida del inglés

por

Pablo M. de Salinas

Cubierta en colores de FEDERICO RIBAS



BARCELONA

SOCIEDAD GENERAL DE PUBLICACIONES, S. A.

Diputación, 211

Es propiedad, por lo que se refiere a los derechos exclusivos de traducción de la obra al castellano y a la presente traducción.

Copyright by Sociedad General de Publicaciones, S. A., in 1923.

CAPITULO I

En la terraza de Shenstone

Son las tres de la tarde, de una tarde húmeda, a principios de noviembre. Los destellos fugaces del sol invernal atraviesan el gris de un cielo plomizo.

Los grandes árboles del parque de Shenstone extienden sus anchas ramas desnudas sobre la hierba húmeda. La naturaleza toda parece esperar la llegada de las primeras nieves del invierno, que encubrirán su esterilidad y decadencia con un amoroso sudario de blancura rutilante, debajo del cual, silenciosamente, bulle, se agita y brota, al fin, una promesa de vida fresca y nueva.

La señora de Shenstone pasea lentamente en la terraza, envuelta en su gran capa forrada de pieles. Se oye a su alrededor la suave llovizna otoñal y la caída silenciosa de las últimas hojas muertas. A lo lejos, el gris acerado del lago, el jardín vacío, el prado desierto...

La gran mansión de piedra ofrecía un aspecto desolado: la mayoría de las habitaciones estaban cerradas; pero en una o dos de ellas el alegre fuego de unos

leños esparcía un resplandor rojizo sobre los vidrios de las ventanas, lanzando hacia afuera la promesa tentadora del calor de dentro.

Un perrito de lujo, pequeño, blanco, lanudo, paseaba por la terraza con su dueña; era como un diminuto e inquieto manojito de rizos blancos que diera, de cuando en cuando, vueltas y vueltas alrededor de ella, adelantándose y deteniéndose para lanzarse con inesperada presteza hacia los rincones, casi tropezando con su dueña a cada vuelta.

— ¡«Péter» — dijo lady Ingleby en una de estas ocasiones —, desearía que fuera usted un poquito más razonable! O viene usted junto a mis talones y me sigue formalmente, como debe hacerlo un perro de su edad, o vaya usted trotando delante de mí, con el aire alegre y juvenil que toma cuando Miguel se lo lleva de paseo; pero si quiere usted ser bueno, no sea tan impaciente y no dé vueltas a mi alrededor tan aturdidamente; de otro modo tendré que llamar a Guillermo para que se lo lleve. ¡Me gustaría que Miguel le viese!

El animalito dirigió a su dueña una mirada patética, a través de los revueltos rizos de aquella masa sedosa y suave que le había hecho merecer el nombre de «Péter, cabeza greñuda». Sus ojos, a los que el aire frío ponía un cerco rojo, tenían esa mirada como sin vista que se advierte, a veces, en los perros muy viejos. Sin embargo, había en él, en la actitud toda de su cuerpo-

cillo, cierta ansiedad angustiosa que no hubiera pasado inadvertida para un buen aficionado a los perros. La misma lady Ingleby se dió cuenta de algo de ello. Se inclinó hacia él y acarició con suaves palmaditas su cabeza.

— ¡Pobrecito «Péter»! — dijo, más amable —. Es horroroso para nosotros dos tener a nuestro Miguel tan lejos, en esa horrible guerra. Pero pronto volverá y olvidaremos todas estas ansiedades y esta soledad. De nuevo volverá también la primavera. Miguel te esquilará decorosamente, e iremos a Brighton, donde gozarás trotando cerca de nosotros, oyendo a la gente que te llama «El león británico». ¡Y seguramente te figurarás tener el tamaño de los leones de la plaza de Trafalgar! No puedo imaginarme por qué un hombre tan alto y tan grueso como Miguel tiene tanto afecto a un perrillo tan menudo como tú! ¡Si fueses un gran danés o un vigoroso San Bernardo...! Sin embargo, Miguel nos quiere a los dos, y nosotros le queremos a él; por tanto, «Péter» mío, debemos procurar sernos mutuamente agradables mientras él esté fuera.

Myra Ingleby sonrió; recogió, ciñéndolos más, los pliegues de su capa; y siguió paseando. Una pequeña sombra blanca la seguía con abatimiento, sin mover la cola.

Y las hojas muertas, que habían perdido su sostén en las ramas ya secas, revoloteaban sobre el húmedo

césped, y la suave llovizna de otoño continuaba cayendo.

Se abrió la puerta del *hall*. Un criado salió apresurado, llevando un telegrama. Tenía el aspecto rígido de un hombre educado para la impasibilidad; pero sus párpados se movían nerviosamente al presentar a su señora la bandeja de plata.

El bello rostro de lady Ingleby, bajo su gran sombrero de castor, fué palideciendo hasta quedarse blanco; pero tomó el sobre color naranja con mano firme y lo abrió sin que se advirtiese el más ligero temblor en sus dedos. Dió un vistazo a la firma y volvió el color a sus mejillas.

— Del doctor Brand — dijo con una involuntaria exclamación de alivio; y el criado que esperaba se volvió hacia la casa, e hizo, furtivamente, una seña con la cabeza. Una criada, que estaba en la ventana, cerró el postigo y corrió a contar a los que ansiosamente esperaban noticias en la casa, que no había novedad.

En tanto, lady Ingleby leyó el telegrama:

Tengo entermos en las cercanías de Shenstone. ¿Puede usted hospedarme esta noche? Llegaré a las 4'30.

Deryck Brand

Lady Ingleby se volvió hacia el criado.

— Guillermo — dijo —, di a la señora Jarvis que han llamado al doctor Brand desde una casa de la

vecindad y que se detendrá aquí esta noche. Que prepare el cuarto de magnolia y que encienda un buen fuego en él. Estará aquí dentro de una hora. Que envíen el auto a la estación. Di a Groatley que tomaremos el te en mi saloncito en cuanto llegue sir Deryck. Avisa a la señora O'Mara en el Lodge, pues me gustaría que viniese esta noche. ¡Ah! Y de paso, di en el Lodge que no hay noticias nuevas del señor.

— Sí, señora — dijo el criado, y Myra Ingleby sonrió al ver reflejada en la cara y en la voz del muchacho su propia, inmensa satisfacción. Se dirigió presurosa hacia la casa; «Péter», en un rápido acceso de energía mal empleada, ladraba furiosamente junto a sus talones. Lady Ingleby avanzó hacia la balaustrada de la terraza y se detuvo junto a los leones de piedra, cerca de un jarrón vacío que durante el verano había sido una masa brillante de geranios escarlata. Su rostro mostraba una expresión alegre e impaciente.

— ¡Al menos tendré alguien con quien hablar! — dijo —. Empezaba a echar de menos a mi querida mamá, tan animosa; había pensado ya en volver a la ciudad. Mas prefiero la compañía de sir Deryck a la de los demás. Me telegrafía desde la estación de Victoria, de donde deduzco que verá a sus pacientes *en route*, o durante la mañana. ¡Qué bueno es dedicándome toda la velada! ¡Cuántas personas me envidiarían si lo supieran!... «Péter», eres un diablillo; ven aquí... Porque

los criados, jardineros y carteros no te arrancan de un puntapié los pocos dientes que te quedan, vienes a molestarme a mí. Finges estar enfermo a la hora de masticar tu comida, y luego te revuelves como una hiena furiosa porque el pobre Guillermo me trae un telegrama. Escribiré a Miguel y le pediré permiso para ahorcarte.

Y con el mejor humor del mundo, lady Ingleby se dirigió hacia la casa.

Fuera, las hojas muertas giraban lentamente, crujiendo sobre la hierba, mientras la mansa llovizna otoñal seguía cayendo. El año se acercaba a su fin, y la naturaleza parecía aguardar su sudario de nieve.

CAPITULO II

El precursor

— ¡Al menos tendré alguien con quien hablar! Prefiero su compañía a la de los demás, mi querido doctor. Aunque no puedo comprender cómo le es posible demorar hasta mañana por la mañana su visita al enfermo que le ha hecho venir a este rincón del mundo, para conceder a una persona tan sana como yo el privilegio inapreciable de su compañía para el te, la comida y el desayuno con deliciosos *tête-à-têtes* en las horas restantes. Todo el mundo sabe que sus minutos son de oro.

Así hablaba lady Ingleby [mientras vertía el te en la taza del doctor.

Deryck Brand recibió de sus manos la taza, que colocó cuidadosamente cerca de sí en la mesita de te, y le ayudó a cortar unas finas rebanadas de pan para los emparedados; después, respondió con una sonrisa encantadora:

— Mi profesión sería muy triste, mi querida lady, si no me permitiese nunca comer, o conversar, o pasar

una tarde agradable con una persona perfectamente sana. Pienso que el medio más seguro para vivir nuestra propia vida de una manera completa, realizando la mayor cantidad de trabajo con la menor suma de esfuerzo, es cultivar el hábito de vivir en el presente; entregar totalmente nuestro espíritu a la escena, al asunto, a la persona del momento. Por lo tanto, despidamos, si usted quiere, a mis enfermos pasados y futuros, y gocemos lo más completamente posible de este inesperado *tête-à-tête*.

Myra Ingleby contempló a su visitante. Llevaba muy airoosamente sus cuarenta y dos años, a pesar de las hebras de plata que, a la altura de las sienes, contrastaban con su negra cabellera. Su figura atlética tenía cierta vivacidad juvenil; pero su rostro enjuto, moreno, perfectamente rasurado, tranquilo, tenía una expresión de energía y fortaleza reposadas, junto con un aire de benevolencia y comprensión que inspiraba fe en él y despertaba confianza.

El corazón de Myra parece que se libraba del peso de una gran soledad.

— ¿Acostumbra usted poner siempre tanta sal en la mantequilla? — dijo —. ¡Y cuánto celebro el ser yo ahora «la persona del momento»! Pero mientras este misterioso «enfermo de las cercanías» no exija sus cuidados, tiene usted derecho a gozar de una vacación completa; debo olvidarme de que estoy hablando con

el más famoso especialista en nervios de nuestros días y contentarme con disfrutar del placer de conversar con quien es un excelente amigo de Miguel y mío. En otro caso, estaría tentada de consultar a usted; porque realmente creo, por primera vez en mi vida, sir Deryck; que estoy volviéndome neurasténica.

El doctor no necesitaba examinar a la señora de la casa. Su ojo clínico había advertido ya la delgadez de sus mejillas; su mirada como obsesionada; la sombra purpúrea bajo sus bellos ojos grises, una sombra de un tono más profundo que la producida por aquella obscura orla de negras pestañas. Se inclinó hacia adelante, contemplando el fuego.

— Verdaderamente— dijo —, si está usted enferma y se da cuenta de ello, será éste un síntoma excelente de que su estado no es muy grave. Sin embargo, debo recordar a usted, lady Ingleby, que yo considero a todos mis enfermos como amigos, y que todos mis amigos tienen perfecto derecho a ponerse enfermos cuando les plazca. Así, pues, consúlteme, si cree usted que mi consejo puede serle útil.

El doctor ayudaba a preparar los emparedados doblando las finas rebanadas de pan y mantequilla con cuidadosa precisión.

Lady Ingleby mantenía en alto la mano que sostenía la taza, agradeciendo al doctor que aparentase no advertir el brillo de unas lágrimas inesperadas en sus

ojos. Parecía luego muy atareada con la tetera, hasta que estuvo segura del dominio de su voz; entonces, con una risa ligeramente trémula, dijo:

— Muchas gracias. Dentro de poco, si puedo, tendré mucho gusto en consultar con usted. Entretanto, ¿le gusta a usted el escenario actual? ¿Ha visto usted cuánto ha ganado en elegancia mi *boudoir*? Todos estos cambios los hizo Miguel antes de marchar. La nueva instalación eléctrica es obra suya. ¿Ha visto usted su retrato? Es de una parecido maravilloso, ¿verdad?

El doctor iba contemplándolo todo con mirada apreciativa.

— He estado admirando el cuarto desde que entré en él — dijo —; es encantador.

Luego levantó sus ojos hasta un cuadro que estaba sobre la chimenea: el retrato de tamaño natural de un hombre alto, con barba, de frente espaciosa de sabio o de pensador, ojos de místico y expresión dulce y serena como de santo. Parecía lo bastante viejo, como para ser el padre de aquella dama en cuyo *boudoir* ocupaba su retrato un sitio de honor. El artista lo representaba vistiendo un traje de caza, según el antiguo estilo de Norfolk, con polainas de cuero y el pequeño látigo de caza en la mano, sentado en una silla de jardín, al lado de una mesa rústica. Todo tenía en el cuadro un aire antiguo, doméstico y confortable; los pliegues del traje parecían viejos amigos; el saquito de tabaco,

puesto sobre la mesa, estaba raído y sucio. En el cuadro predominaba un tono entre castaño y bermejo, y su parte más alta era de un límpido azul, como el de aquellos ojos ensoñadores y contemplativos. Estaba el caballero inclinado sobre la mesa; un perrito de lujo, blanco, sentado en ella, le contemplaba en actitud expectante, de atenta adoración. La simpatía manifiesta entre aquel hombre tan robusto y el perrito, aquel afecto concentrado con que mutuamente se miraban; había sido expresado con gran maestría en la pintura. Aquel cuadro pudiera haberse titulado «Nosotros dos», puesto que daba la impresión de que era aquella una amistad en la que no había lugar para un tercero. El doctor contempló un instante, más allá de la tetera de plata, a la hermosa dama sentada en el canapé, y desde el fondo de su subconsciencia brotó esta pregunta: «¿Por dónde pudo introducirse *ella*?» Pero al momento volviéndose hacia el gran butacón que estaba a su derecha, en el que yacía en confuso montón una pequeña e inanimada masa de blancos rizos, en la que era imposible distinguir la cabeza del tronco.

—¿Es *éste* el perrito? — preguntó el doctor.

—Sí: *éste* es «Péter». Pero en el cuadro está esquilado decorosamente y entonces gozaba de mejor salud que la que tiene ahora. «Péter» y Miguel se tienen un afecto mutuo; y cuando Miguel se va, «Péter» queda a mi cuidado. Pero yo no soy muy aficionada a los perros peque-

ños y, además, creo que «Péter» está demasiado mimado. A veces pienso que me soporta únicamente porque soy la esposa de Miguel, y permanece a mi lado porque, puesto que yo estoy aquí, Miguel ha de volver. Yo soy muy amable con él, por consideración a Miguel. Verdaderamente es un perrito intratable y demasiado viejo para que pueda vivir ya mucho tiempo. Miguel habla siempre de él como si fuese lo mejor del mundo; pero yo, por mi parte, pienso que ya ha llegado la hora de que vaya al lugar donde van a morar los perros buenos. No puede usted imaginarse lo que nos sucede ahora con él. Desde ayer por la tarde se niega a comer y está inquieto y agitado. Suele dormir siempre en la cama de Miguel; generalmente, después de que lo pongo allí, cierro la puerta entre el cuarto de Miguel y el mío, y ya no suelo oír más a «Péter», hasta que empieza a ladrar por la mañana para que lo saquen; mi doncella se lo lleva entonces escaleras abajo. Pero esta última noche aullaba y hasta parece que gemía hora tras hora. Al fin, fuí a su lado, tomé una vieja cazadora de Miguel — la misma que lleva en el retrato — y la puse sobre la cama. «Péter» trepó hasta allí, y se acomodó en ella. Doblé las mangas a su alrededor y parecía con eso estar contento. Pero hoy todavía se niega a comer. Creo que debe de tener dispepsia o alguna de esas otras dolencias que aquejan a los perros viejos. Honradamente, ¿no cree usted que una pequeña dosis de un veneno activo, preparado en una píldora?...

— ¡Silencio! — dijo el doctor —. ¡Pudiera estar despierto «Péter»!

Lady Ingleby sonrió.

— Mi querido sir Deryck — dijo —, ¿cree usted que los animales comprenden nuestro lenguaje?

— Sí, lo creo — replicó el doctor —. Y es más: creo que no necesitan usar lenguaje ninguno. Su comprensión es telepática. Leen nuestros pensamientos. Un jinete o un carretero nervioso pueden aterrar a un caballo. Las criaturas mudas se alejan de aquellos que las miran con disgusto o con aversión, mientras aquel que ama de veras a los animales puede ganar su afecto sin pronunciar una palabra. Los pensamientos de amor y de benevolencia les llegan telepáticamente, mereciendo, al instante, su confianza y su reciprocidad. Por el mismo medio podemos llegar también, si nos tomamos el trabajo de hacerlo, a conocer en gran parte sus ideas.

— ¡Es extraordinario! — exclamó lady Ingleby —. Pues bien: me gustaría que leyese usted los pensamientos que preocupan a «Péter». Yo no sabría cómo presentarme a Miguel cuando regrese a casa, si le sucediese algo malo a su amado perrito.

El doctor se hundió en su asiento, cruzó las piernas, apoyó los codos en los brazos de la butaca, y con las yemas de los dedos de una mano colocadas sobre las de la otra, adoptó instintivamente la actitud que solía tomar cuando intensificaba toda su atención en un

enfermo. Luego volvióse y contempló fijamente aquel pequeño revoltijo de guedejas blancas que descansaba sobre el gran butacón.

En la habitación había un gran silencio.

— ¡«Péter»! — dijo de pronto el doctor.

Péter se incorporó al instante y le miró a través de sus rizos.

— ¡Pobrecito «Péter»! — dijo el doctor amablemente.

«Péter» se dirigió hacia el borde de la butaca, se incorporó más aún, hasta ponerse casi derecho, y miró ansiosamente hacia donde el doctor estaba sentado. Entonces movió la cola, golpeando la butaca con unos golpecitos rápidos, ansiosos.

— Es la primera vez que le veo mover la cola en veinticuatro horas — observó lady Ingleby; pero ni Deryck Brand ni «Péter, cabeza greñuda» atendieron a la observación.

Los ojos anhelantes del perro estaban mirando a los ojos, a la vez penetrantes y amables, del hombre, con una mirada en la que había como una interrogación angustiosa.

El doctor habló sin hacer el menor movimiento.

— Sí, pobre «Péter» — dijo.

La pequeña cola empenachada de «Péter» cesó de golpear. Permaneció aún erguido durante un breve instante; después, lentamente, retrocedió hasta el centro del asiento; dió tres o cuatro vueltas y se acostó,

dejando caer con aire abatido su cabeza entre las patas, lanzando un largo suspiro tembloroso, como de un niño pequeño que solloza en sueños.

El doctor se volvió y contempló a lady Ingleby.

— ¿Qué significa esto? — interrogó Myra, asombrada.

— El pequeño «Péter» me hacía una pregunta — replicó gravemente sir Deryck — y yo le he contestado.

— ¡Es maravilloso! ¿Hablará usted con Miguel de esta telepatía cuando regrese a casa? Creo que le interesará mucho.

El doctor seguía mirando al fuego.

— Es un tema muy importante — dijo —. Cuando disponga de tiempo para ello, pienso escribir un ensayo acerca del desenvolvimiento mental y espiritual de los animales, tal como se revela en la Biblia.

— ¿La burra de Balaam, acaso? — indicó lady Ingleby rápidamente. El doctor sonrió.

— Algo así — dijo —. Pero la burra de Balaam no es el único animal de la Biblia, ni tampoco el más interesante. ¿No ha notado usted los múltiples casos en que los animales obedecen inmediatamente los mandatos de Dios, aunque estos mandatos contraríen sus instintos más fuertes? Por ejemplo, el león que encontró aquel desobediente siervo del Señor en el camino de Bethel. El instinto de la bestia, después de quitar la vida al hombre, hubiera sido el de destrozar su cuer-

po, arrastrarlo hasta su caverna y devorarlo. Pero el mandato de Dios era éste: que debía quitarle la vida, pero no comer sus restos, ni hacer daño al asno. El instinto del asno le llevaría a huir aterrado ante el león; pero, indudablemente, una divina seguridad se superpuso en él a su natural temor; y todos los hombres que por allí pasaban pudieron contemplar esta escena extraña: un león y un asno que están custodiando, uno a cada lado, el cuerpo muerto de un siervo del Señor, y allí permanecen hasta que el viejo profeta llega de Bethel, recoge el cadáver y lo quema.

— ¡Es extraordinario! — dijo lady Ingleby —. Así fué. Y cuando uno se pone a pensar en ello se presentan una multitud de ejemplos semejantes. El instinto de la serpiente que Moisés quitó de una pértiga sería el de deslizarse por el palo abajo para ir a picar a los israelitas, en lugar de permanecer sobre la pértiga para ser contemplada como su remedio.

El doctor sonrió.

— Algo así — dijo —; sólo que no podemos citarla como ejemplo, porque, como era de bronce, temo que careciese de instinto. En otro caso hubiera sido un ejemplo muy oportuno. Yo creo que los animales poseen una vida espiritual mucho más intensa de lo que sospechamos. ¿Recuerda usted un pasaje de los Salmos que dice que el león «pide su comida al Señor»? Y una cosa más chocante aún: en el mismo Salmo se lee, ha

blando de todas las bestias de la creación, que cuando Dios oculta su faz, «todas se turban». ¡Dios mío! — añadió el doctor, con fervorosa sinceridad. — Yo desearía que *nuestra* vida espiritual triunfase siempre de estas dos pruebas: que la voluntad del Señor fuese superior a nuestros más fuertes instintos, y que cualquiera nube que se interpusiese entre nosotros y la luz de su faz produjese una inmediata turbación en nuestras almas.

— Me agrada esa expresión: «vida espiritual» — dijo lady Ingleby —. Estoy segura de que usted quiere decir con ella lo que otras personas expresan, a veces, de una manera muy diferente. ¿Ha oído usted referir lo que le sucedió a la duquesa de Meldrum cuando asistíamos a aquellas grandes conferencias evangélicas en el *Albert Hall*? En realidad, yo no sé exactamente lo que eran. Me parece que eran una especie de misiones no confesionales, en las que hablaba un predicador que vino de América; las conferencias duraron una quincena. A mí no se me hubiera ocurrido nunca asistir a ellas, pero a mi buena amiga la duquesa le gusta siempre estar entre «la gente conocida» y probar de todo. Así, pues, tomó una localidad de preferencia, se encaminó al *Albert Hall* una tarde, con un tiempo excelente, y permaneció allí hasta que todo hubo concluido. Gozó con los cantos, meditó ante aquel vasto y admirable auditorio, se conmovió, hasta derramar lágrimas, con la elocuencia del predicador, e iba a salir del salón

tan emocionada como no lo había estado hacía años, dispuesta a volver llevando a otros con ella, cuando un individuo muy almibarado que estaba rondando junto a la entrada se acercó a ella, diciéndole: «Perdóneme usted, señora: ¿es usted cristiana?» La duquesa, turbada por el asombro, se colocó los impertinentes y miró al individuo de arriba abajo. Probablemente todavía brillarían las lágrimas en su rostro de anciana orgullosa. Con todo, aquel individuo absurdo parecía que la consideraba como una futura conversa. Envalentonado con su silencio, puso una mano sobre su brazo y repitió la pregunta: «Señora, ¿es usted cristiana?» Entonces la duquesa afrontó la situación con un deseo de venganza. «Buen hombre — dijo en voz alta y clara, para que cuantos estaban en el vestíbulo pudieran oírla —, creí que sería una cosa perfectamente clara para un hombre tan agudo como usted que yo soy una mezcla revuelta de judío, turco infiel y chino idólatra. Y ahora, si tiene usted la bondad de apartarse, pasaré a mi carruaje.» La duquesa no ha querido volver a asistir nunca más a conferencias evangélicas.

El doctor lanzó un suspiro.

— ¡Poco tacto! — dijo —. El pobrecillo olvidaba que «los necios se meten de rondón allí donde los ángeles se atreven a pisar».

— La gente se ríe mucho cuando la duquesa refiere esto — dijo lady Ingleby —; suele entonces imitar

muy bien a aquel individuo tan pulido, pero no suele hacer alusión a las lágrimas. De esto tengo yo el testimonio de una persona que lo presencié. Pues, como iba diciendo, me gusta su expresión: «vida espiritual». Es una frase que tiene realmente un sentido, y aunque a veces tenemos que confesar que no encontramos significación en una frase, o que el sentido que le damos es un sentido declinante y en decadencia, sin embargo, se ve, a veces, algo genuino y sincero en las expresiones de otro, y entonces hay que creer en ellas. Mire usted cuán pacíficamente duerme el pequeño «Péter». Indudablemente le ha proporcionado usted tranquilidad de espíritu. Esta es la butaca de Miguel y, por tanto, también la de «Péter». Y ahora, en cuanto retiren el servicio del te, ¿puedo convertirme en enferma?

CAPITULO III

Lo que sabía "Péter"

— ¿No le parece a usted que mi buen Groatley es un tipo curioso? — dijo lady Ingleby cuando la puerta se cerró detrás del mayordomo —. Yo le llamo el *griffon*, por su mirada eternamente asombrada. Sus cejas son como unas herraduras negras que van subiendo, subiendo, cada vez más arriba, por la frente, a medida que se le habla. Pero es muy leal, sabe cumplir su deber y Miguel le estima. ¿Le gusta a usted este retrato de Miguel? Garth Dalmain estuvo aquí pocos meses antes de perder la vista, y nos retrató a los dos. Creo que mi retrato fué su última obra. Lo hemos colocado en el comedor.

El doctor corrió su butaca hasta ponerla enfrente de la chimenea para poder contemplar mejor el cuadro que estaba sobre ella, pero en seguida se volvió hacia lady Ingleby, que estaba a su izquierda. A la derecha dormía el pequeño «Péter», en la butaca de su dueño ausente, lanzando, de cuando en cuando, un quejido entrecortado. Los leños ardían con vivas llamaradas. La

luz eléctrica lanzaba un vivo resplandor áureo a través de los vidrios ambarinos de las lámparas, y toda la habitación parecía estar alumbrada por un rayo de sol. La húmeda llovizna de otoño no llegaba hasta aquel lugar tan confortable y lujoso. Las cortinas estaban completamente corridas; y lo que no se ve puede ser fácilmente olvidado.

El doctor lanzó una mirada al reloj. Eran las seis menos cuarto. Luego contempló un momento el retrato.

— No conozco lo suficiente a lord Ingleby para dar una opinión; pero me atrevería a decir que tiene un parecido extraordinario y que posee en alto grado la cualidad peculiar de todos los retratos de Dalmain: que cuanto más se contemplan, más se ve en ellos. Como estudios del carácter de la persona retratada, suelen ser notabilísimos. A medida que conocemos mejor a la persona, tenemos también en mayor aprecio la maestría con que está hecho el retrato.

— Sí — dijo lady Ingleby, inclinándose hacia adelante para contemplar más atentamente el cuadro —. Con frecuencia me asusto al entrar en esta habitación; porque cada vez encuentro una expresión nueva en ese rostro, exactamente de acuerdo con mi propio humor o con lo que yo he estado haciendo, y comprendo más fácilmente la opinión de Miguel sobre lo que he hecho con sólo mirar el retrato que con la idea que tengo formada de mi esposo. ¡Garth Dalmain era un genio.

— Y ahora, una pregunta — dijo el doctor lentamente —. ¿Por qué ha dejado usted la ciudad, sus numerosas amistades, sus intereses, para venir a enterrarse aquí, durante el otoño, con un tiempo tan triste? Seguramente la ansiedad de esperar noticias hubiera sido menor estando cerca del Ministerio de la Guerra, allí donde hay periódicos de la noche.

Lady Ingleby sonrió melancólicamente.

— Vine aquí, sir Deryck, en parte para huir de mi querida mamá; y como usted no conoce a mi querida mamá, le será casi imposible comprender hasta qué punto era para mí esencial el huir de ella. Cuando Miguel está fuera, quedo sin defensa. Mamá cae sobre mi casa y se aposenta en ella; reduce mi servidumbre seleccionándola según su deseo y temperamento o según el humor del instante; dice cosas desagradables a mis amigos, de manera que todos, salvo la duquesa, se marchan disgustados. Entonces mamá procede a «repartir los despojos». En otras palabras: está a la espera de mis telegramas y los abre por sí misma, diciendo que si contienen *buenas* noticias, una buena hija debe alegrarse y participar con ella su alegría; mientras que, por el contrario —¡Dios no lo quiera!, y eso que a mamá, cuando mira ceñuda hacia el cielo, ni el cielo se atrevería a contrariarla—, si las noticias son malas, *ella* es la única persona capaz de comunicármelas suavemente. Sufrí todo esto durante mes y medio; luego me vine

aquí, sabiendo bien que mamá no vendría a Shenstone en otoño, ni aun por el placer de reñir conmigo.

La expresión del doctor era seria y grave. Durante un momento estuvo mirando al fuego en silencio. Era hombre de altos ideales, y uno de los primeros entre todos era el ideal de las relaciones que debían existir entre padres e hijos, el ideal de la lealtad a la madre, por el cual, cuando nos vemos obligados a reconocer faltas o defectos, debemos ocultarlos tiernamente a la curiosidad y a la crítica de los extraños. Se sintió ofendido, como por un sacrilegio, al oír a una hija que así hablaba de su madre; sin embargo, él sabía muy bien, por algunos detalles que todo el mundo conocía, los pocos motivos que tenía aquella mujer tan dulce y tan bella para considerar su parentesco con respeto y ternura. El había venido a ayudarla, no a censurar sus defectos. El minuterero se acercaba prestamente a la hora, y las últimas instrucciones de la bondadosa anciana, de la duquesa de Meldrum, al despedirse de él en el Ministerio de la Guerra, habían sido éstas: «Recuérdelo usted bien. A las seis desde Londres. Influiré con ellos para que lo tengan en secreto hasta esa hora. Si ponen dificultades, me colocaré a la puerta y detendré a todo mensajero que intente salir. Pero yo estoy acostumbrada a que estas buenas gentes me complazcan. ¡Saben muy bien que yo no vacilaría en ir a Palacio, si fuese necesario! Así, pues, puede estar usted seguro

de que esto no saldrá de Londres hasta las seis. Le queda a usted bastante tiempo.»

— Lo comprendo — decía el doctor —. Claro que estas cuestiones del gobierno de la casa no son de mi especial competencia; sin embargo, me hago perfecto cargo. Pero, dígame, lady Ingleby: si hubiesen de recibirse malas noticias, ¿preferiría usted recibirlas directamente desde las oficinas de Guerra, con el estilo terriblemente crudo que no puede evitarse en estos telegramas, o querría usted más bien que un amigo, alguien que no fuese su madre, se las comunicase con más tacto?

Los ojos de Myra lanzaron un destello. Se incorporó en su asiento con instantánea animación.

— ¡Oh! Preferiría recibirlas directamente — dijo —. Serían mucho menos dolorosas si fuesen oficiales. Me parecería oír un redoble de tambores; me parecería ver una bandera flameando al viento. *For England, and for Honour!* Como hija y como esposa de un soldado tendría la fortaleza necesaria para resistirlo todo. Si me dijese que Miguel está en grave peligro, participaría de su peligro recibiendo la noticia sin titubear. Si hubiese sido herido, también recibiría yo una herida al recibir el telegrama, y desearía mostrar la misma bravura que él. Todo lo que viniese directamente desde los campos de batalla me uniría más a Miguel. Mas si se entrometen los amigos, por bien intencionados que

sean, esta intromisión nos separaría. Si *él* no tuvo ni defensa ni escudo contra las balas o contra las espadas, ¿por qué he de buscar yo amparo cuando llegue la noticia de su herida?

El doctor, con la mano sobre los ojos, ocultaba su rostro.

— Es verdad — dijo.

Dieron las seis.

— Pero no era ésta la única razón que yo tenía para dejar la ciudad — continuó lady Ingleby haciendo un visible esfuerzo. Y luego, con violencia, tendiendo hacia él ambas manos: — ¡Oh doctor! ¿Tengo derecho a decir a usted una cosa que ha estado pesando sobre mi corazón y sobre mi vida durante años y años?

Siguió a esto un momento de tensión, un silencio expectante; pero el doctor estaba acostumbrado a tales momentos; durante ellos podía decidir si la confidencia debía ser autorizada o evitada. Se volvió y contempló fijamente aquel bello rostro lleno de ansiedad.

Era el rostro de una mujer de unos treinta años y extraordinariamente hermosa. Sus ojos tenían aún la limpidez candorosa de los ojos de un niño pequeño; sus labios, llenos de dulzura, temblaban a la más leve emoción; su semblante abatido tenía cierto aire de ingenuidad y de inocencia. El doctor sabía que se encontraba frente a una de las damas más conocidas y más admiradas del reino. Sin embargo, su aguda visión de pro-

fesional experto le revelaba la existencia de un desarrollo estacionado, de posibilidades frustradas; un problema de inadaptación, de esperanzas defraudadas; un problema cuyo secreto no conocía aún. Pero aquellas manos seguían todavía tendiéndose ansiosamente hacia él. ¿Podría prestarle su auxilio si aceptaba aquella confidencia..., o quizá llegaría este auxilio demasiado tarde?

— Mi querida lady Ingleby — dijo lentamente —, dígame todo lo que guste; es decir, todo lo que lord Ingleby le permitiría seguramente discutir con una tercera persona.

Myra se recostó sobre los almohadones y sonrió alegremente, entre divertida y aliviada.

— ¡Oh, Miguel no comprendería! — dijo —. Todo lo que Miguel podría comprender se lo he contado siempre a él directamente; eran nimiedades tontas: algún necio que intenta hacerme la corte; algún príncipe extranjero, con unos mostachos como el emperador alemán, que me ofrece matar a Miguel si yo le prometo casarme con él cuando salga de la cárcel. He negado el saludo para siempre a los estúpidos que pretendían enamorarme; y he asegurado al príncipe extranjero que sería yo quien le mataría a él, sin vacilar, si se atreviera a tocar un cabello de mi Miguel. No, mi querido doctor. Mi vida está libre de toda complicación de esta especie. Lo que a mí me conturba es más grave;

es un problema que abarca toda mi vida. Es un problema de incompatibilidad, de inadaptación, no con el mundo, que esto no me importaría un ardite, sino con aquel a quien yo más debo: con Miguel, con mi esposo.

El doctor se agitaba inquieto en su butaca y lanzaba rápidas miradas al reloj.

— ¡Silencio, por Dios! — dijo —. Piense usted que...

— ¡No! — dijo violentamente Myra —. No me obligue a callar. Déjeme siquiera el consuelo de decir lo que siento. Amigo mío, tengo veintiocho años; llevo diez años casada, y creo que todavía no he llegado a ser una persona adulta. Por mi corazón y por mi cabeza soy todavía como una niña, y me doy cuenta de ello; y lo que es peor aún, Miguel lo sabe también, pero... *Miguel no lo comprende*. Escúcheme. Esto data ya de hace años. Mamá no permitió nunca a ninguna de sus hijas que se desenvolviese, que tuviese una personalidad propia, opiniones, independencia... Todo lo que se exigía de nosotras era «cumplir sus mandatos y seguir sus enseñanzas». A los ojos de mamá, seguíamos siendo siempre niñas. Crecimos en estatura y en belleza, llegamos a parecer mujeres de verdad; pero, en el fondo, no lo éramos: seguíamos siendo niñas, a las que había que reprender, dominar y amedrentar. Mis hermanas, niñas más dóciles que yo, tenían dulces y pasteles en abundancia, y con el tiempo tuvieron maridos elegidos

por mamá. Ya sabrá usted, seguramente, cómo han acabado estos matrimonios.

Lady Ingleby se detuvo un segundo, y el doctor hizo un gesto casi imperceptible de asentimiento. Una de aquellas damas, mujer muy desgraciada, estaba en aquellos días sometida a tratamiento en su clínica mental; mas no estaba seguro de que lady Ingleby lo supiese.

— Yo era «una mala hija» — continuó Myra ante el silencio del doctor —. Lo que yo hacía nunca estaba bien; todo estaba mal siempre. Cuando Miguel me conoció tenía yo cerca de diez y ocho años y mi estatura de ahora, pero estaba en la primera infancia en cuanto a desarrollo mental y conocimiento del mundo; y respecto a mi carácter, era completamente aturdida, como suelen serlo las niñas desgraciadas. El amor de Miguel, cuando pude al fin darme cuenta de él, fué una cosa maravillosa para mí. La ternura, el aprecio, la consideración eran para mí experiencias tan nuevas, que hubieran trastornado mi cabeza si el júbilo que me producían no hubiera estado equilibrado por una gratitud inmensa y si el terror de volver otra vez junto a mamá no me hubiera hecho acceder a todo. Años después, Miguel me dijo que lo primero que le había atraído hacia mí era aquella mirada de mis ojos, idéntica a la que brillaba en los de su *spaniel*, su perro favorito, que siempre andaba de pelea con los demás y al que

hace poco mató casualmente un guarda. Miguel me dijo esto a mí misma y, en realidad, pensando que sería de mi agrado. En cierto modo, esto me dió la clave de lo que yo represento para él: algo así como un perro favorito al que se quiere con ternura. No hay palabras bastantes para decir cuán bueno ha sido siempre conmigo. Si yo le perdiese, lo perdería con él todo; todo lo que hace de la casa un hogar y de la vida una cosa serena, firme y clara. Pero si *él* perdiese a «Péter», sería una pérdida más sensible para él que si me perdiese a mí; puesto que «Péter», abultando tan poco, es más comprensivo, más compañero de todos los momentos, para Miguel, que yo. Muchas veces, cuando pasa por mi cuarto en dirección al suyo, llevando a «Péter» acurrucado tranquilamente en sus brazos, y me dice: «Buenas noches, querida mía», y pasa y cierra tras de sí la puerta, he sentido deseos de matar a «Péter» porque ocupaba un sitio mejor que el mío, y porque me miraba a través de sus rizos cuando él se lo llevaba, como si me dijese: «No hay sitio para ti.» Sin embargo, sé que tengo todo lo que merezco. La bondad, la amabilidad, la paciencia de Miguel son superiores a todo elogio. Sólo que..., ¡ah!, ¿podrá usted entenderme?. yo hubiera preferido que me considerara imperfecta y reprehensible; hubiera preferido que me hiciera temblar, que me llamase loca, mejor que verle sonreír a todo y dejarme tan sola. Estaba en la infancia cuando me casé; he estado en la

escuela desde entonces, intentando aprender las lecciones de la vida, sola, sin un maestro. Nadie me ha ayudado a educarme. Miguel me decía siempre que yo era perfecta, y que era perfecto todo cuanto hacía; que él no necesitaba que yo cambiase. Mas yo no he participado nunca de su vida y de sus intereses. Si cometo errores estúpidos, no me corrige. Tengo que encontrar la corrección fuera de casa, cuando los repito delante de los demás. Cuando yo dije esa necedad a propósito de la serpiente de bronce, usted la rectificó amablemente. Miguel hubiera sonreído y lo hubiera dejado pasar, como si no valiese la pena de corregirlo; luego, lo hubiera repetido yo ante una concurrencia numerosa, preguntándome asombrada a mí misma después por qué al oírme se miraban regocijados unos a otros. ¡Ah! Poco me importa el mundo ni la gente. Lo que yo necesito es conquistar mi verdadero puesto al lado de Miguel. Yo necesito «educarme a su lado para todas las cosas». Y ahora, dígame, mi querido doctor: usted que es tan discreto y amable; usted que ha sido el amigo de toda la vida de una criatura tan admirable como Juana Dalmain; usted que ha hecho tanto bien a tantas y tantas mujeres; dígame cómo podré llegar a competir con mi marido.

Aquella apasionada abundancia de palabras cesó de repente. Lady Ingleby se reclinó sobre los almohadones.

«Péter» lanzaba entre sueños algún leve quejido.

En el reloj del *hall* dieron las seis y cuarto.

El doctor contemplaba fijamente el fuego. Parecía no encontrar las palabras que le era necesario pronunciar.

Al fin, dijo con voz ligeramente trémula:

— Mi querida lady Ingleby, su esposo no pensaba — no piensa — así de usted.

— ¡No, no! — exclamó ella, incorporándose de nuevo en su asiento —. El no piensa de mí nada que no sea recto y bueno. Pero no espera que yo pueda ser otra cosa que un perro delicado, lindo y afectuoso. Y yo... yo no he sabido nunca cómo hacer algo más de lo que él esperaba de mí. Pero aunque es tan paciente, a veces se aburre lo indecible a mi lado. Todos los otros seres a quienes él nima y regala son mudos; pero a mí me gusta la conversación, y digo constantemente tonterías que no me lo parecen hasta que las he dicho. Se va a Noruega a pescar; a Cugadine a trepar por las montañas; a esta horrible guerra a arriesgar su vida preciosa; a todas partes se marcha solo, a todas partes...

— Tranquilícese usted — dijo el doctor, dejando caer su enérgica mano sobre aquellos pálidos dedos crispados —. Está usted demasiado excitada por la incertidumbre de estas últimas semanas. Usted sabe perfectamente que lord Ingleby se alistó como voluntario para esta guerra porque estaba vivamente inte-

resado en el estudio de sus nuevos explosivos, y deseaba ensayar sus ideas acerca del uso de la electricidad en las guerras modernas, asunto en el que ha trabajado tanto tiempo.

— ¡Oh, sí, ya lo sé! — dijo Myra sonriendo pensativa —. Cosas aburridas que le retienen horas y horas en el laboratorio. Y tiene también un plan muy ingenioso para hacer señales a larga distancia entre dos fuertes; jeroglíficos en el cielo, ¿verdad? Usted sabe a lo que me refiero. Mas es el caso que él ha buscado voluntariamente todos estos peligros, simplemente para hacer experimentos; y por esto son para mí más difíciles de soportar que si hubiese tenido que marchar a la cabeza de su antiguo regimiento porque el deber le obligase a ello. Sin embargo, nada me importa, con tal de que regrese a su hogar sano y salvo. Y ahora usted, sir Deryck, ayúdeme para que yo pueda llegar a ser la verdadera compañera de Miguel. Dígame cómo ayudó usted a..., pero no; no quiero citar nombres. Déme usted un consejo prudente; déme esperanza, déme valor. ¡Hágame usted fuerte!

El doctor miró al reloj, y apenas hubo mirado sonó la media en el *hall*.

— Pero no me ha dicho usted aún — dijo muy lentamente, como si su atención estuviese puesta en algún sonido extraño—, no me ha dicho usted aún qué otra razón tenía para dejar la ciudad.

— ¡Ah! — dijo lady Ingleby con voz cuyo tono se hacía más profundo y más severo, llegando a una nota casi trágica. — ¡Ah! Yo dejé la ciudad, sir Deryck, porque había otras personas que querían enseñarme lecciones de amor y yo no quería aprenderlas de nadie más que de Miguel. Permanecí con Juana Dalmain y su esposo ciego antes de que regresasen a Gleneesh. ¿Recuerda usted? Estuvieron en la ciudad para la audición de su sinfonía. Admiré aquella vida de matrimonio ideal y comprendí algo de lo que significa la perfecta unidad de dos almas. Y entonces... Pero éstas eran otras gentes: gentes que no comprendían hasta qué punto pertenecía yo totalmente a Miguel. Nada malo, en realidad, pero algo que ya no era tampoco aquella inocente adoración, tan ingenua y juvenil, de Billy, y temí que pudiera, quizá, aprender de alguien lo que sólo de Miguel debía aprender. ¡Por esta razón huí! ¡Oh doctor, si yo alguna vez hubiese de aprender de otro hombre lo que no he podido aprender de mi esposo, me arrojaría a los pies de Miguel y le pediría que me arrancase la vida!

El doctor volvió sus ojos hacia el retrato que estaba sobre la chimenea. Su rostro apacible y sereno sonreía suavemente al diminuto perrillo. Una mano blanca, suave y delicada, como mano femenina, se levantaba con el índice enhiesto, y parecía sostener silenciosamente la atenta y ávida mirada del animalito. La prodi-

giosa habilidad del artista dió súbitamente al doctor la clave del problema. En la vida casi santa de este sabio pensador e inventor no era necesaria una *mujer* como compañera, como esposa, como parte de sí mismo. El sabría apreciar un afecto mudo; era capaz de tolerancia, de paciencia, de amabilidad e indulgencia ilimitadas. Mas la mujer, lo mismo que el perro, quedaban fuera de la ciudadela de su intimidad. Si los ojos de Myra no se hubiesen semejado a los de su *spaniel* favorito, probablemente no se hubiera casado con aquella hermosa mujer que desde hacía diez años llevaba su nombre; o por lo menos, sin la tiranía de la madre de Myra, no se hubiese despertado su instinto de protección hacia los débiles y los oprimidos, decidiéndole a oponerse a aquella tiranía para conducir a Myra triunfalmente hacia la libertad.

Cuanto más contemplaba el doctor el retrato, con mayor persistencia parecía decir el retrato al doctor: «Somos dos; ¿para qué ha de venir *ella* a interponerse?» Una justa cólera se levantó en el corazón de sir Deryck, quien tenía una elevada idea del culto que el hombre debe sentir hacia la mujer. Y pensó entonces en la puerta cerrada, y en la esposa solitaria, humildemente celosa de un perrito de lujo, y sin embargo, culpándose sólo a sí misma de su soledad, de su afición a la charla y de su ignorancia. Y entretanto, toda su atención se concentraba en un sonido que pronto habría de hacerse oír.

Lady Ingleby advirtió su atenta contemplación, e inclinándose hacia adelante, miró también al cuadro. La luz de la lumbre que ardía en la chimenea se reflejaba en su bello rostro y ponía una delicada irisación en sus cabellos. Sus labios se entreabrieron en una tierna sonrisa; en sus ojos brillaba una pureza radiante.

— ¡Ah, es tan bueno! — dijo —. En tantos años, ni una sola vez me ha tratado con aspereza. Vea usted qué amorosamente contemplaba a «Péter», y eso que es un perrito muy poco simpático. ¿No ha oído usted nunca referir el *bon mot* de la duquesa a propósito de Miguel? Una vez estuvimos él y yo juntos en Overdene; pero cuando la duquesa volvió a invitarnos, Miguel estaba fuera, pescando en Noruega; naturalmente, tuve que ir yo sola. La duquesa hace siempre sus cosas con una franqueza un poco ruda, y luego las explica. Por esto, en aquella ocasión, me dijo: «Querida mía, me encanta recibir su visita, pero no debe usted venir más que cuando pueda venir sola. Y estando sola, yo, la verdad, no me comprometería a vivir con su amado Miguel. En realidad, es un caso como el de san Miguel y los demás ángeles. *El* es san Miguel y *nosotros*... tenemos que contentarnos con ser los demás ángeles!» ¿No encuentra usted esto muy propio de la duquesa y a la vez un bello testimonio de la bondad de Miguel? ¡Oh! Me gustaría que le conociese usted mejor. ¡Y también yo desearía conocerle mejor! Pero después de todo,

soy su esposa. Nada ni nadie podrá privarme de esto. ¿No cree usted que cuando Miguel venga a casa, terminada la guerra, todo será, en cierto modo, diferente y mejor que nunca?

Dieron las seis y tres cuartos en el reloj del *hall*. La vibración de un timbre resonó en toda la mansión silenciosa. «Péter» se incorporó y lanzó un agudo ladrido.

La pregunta de Myra quedó sin respuesta.

Se oyeron unos pasos que se acercaban presurosos.

Entró en la estancia un criado con un telegrama para lady Ingleby.

Ella lo cogió con mano firme, sin que, como otras veces, inquietudes súbitas abatiesen su corazón. Su alma estaba totalmente entregada a la conversación del momento, y la presencia del doctor hacía que se sintiese más fuerte y más tranquila, segura de no recibir malas noticias.

No oyó a sir Deryck que en voz queda decía al criado: «Puede usted marcharse.»

Al cerrarse la puerta, el doctor se volvió y siguió contemplando el fuego.

En la estancia había un silencio profundo.

Lady Ingleby abrió su telegrama, lo desplegó lentamente y lo leyó por completo dos veces.

Después se sentó en silencio: en un silencio tan absoluto, que al cabo el doctor se volvió para mirarla.

La mirada de Myra tropezó con la del doctor.

— Sir Deryck — dijo —, es del Ministerio de la Guerra. Me dicen que Miguel ha muerto. ¿Cree usted que será cierto?

El doctor cogió el telegrama que Myra le entregaba y lo leyó en silencio. Después, muy dulcemente:

— Querida lady Ingleby — dijo —, temo que sea cierto. Ha dado la vida por su patria. Debe usted tener, para consagrarse a su memoria, todo el valor que él hubiera deseado ver en su esposa.

Myra sonrió; mas el doctor advirtió que su rostro palidecía lentamente.

— Sí — dijo —, ¡oh, sí! Procuraré ser digna de él. Procuraré... ¡por fin! compenetrarme con él. — Y luego, como si le asaltase una sospecha, dijo: —¿Sabía usted esto? ¿Es por esto por lo que ha venido?

— Sí — dijo el doctor lentamente —. Me avisó la duquesa. Estaba esta mañana en las oficinas de Guerra cuando llegó la noticia. Había ido a preguntar por Ronald Ingram, que ha sido herido y está enfermo con fiebre. Me telefoneó y consiguió del Ministerio que retrasasen el envío del telegrama hasta las seis de la tarde, para que yo tuviese tiempo de llegar aquí y ser el primero en comunicar a usted la noticia, en el caso de que me hubiera parecido conveniente.

Myra le contempló con los ojos muy abiertos.

— ¿Y me ha dejado usted decir todo esto — dijo — acerca de Miguel y de mí misma?

— Mi querida lady — dijo sir Deryck con voz profunda y firme, aunque ligeramente trémula, una voz que pocos habían oído al doctor —, yo no debía impedirle que hablase. Pero usted no ha pronunciado ni una sola palabra que no sea absolutamente afectuosa y leal.

— ¿Cómo hubiera podido decirla? — preguntó Myra con el rostro cada vez más pálido y los ojos cada vez más abiertos y brillantes —. Yo no he tenido nunca un solo pensamiento que no sea cariñoso y leal.

— Lo sé — dijo el doctor, — pobre corazón, tan animoso..., lo sé.

Myra recogió el telegrama y lo leyó de nuevo.

— ¡Muerto! — dijo —. *Muerto*. Desearía saber detalles.

— La duquesa puede venir inmediatamente, si usted lo desea — indicó el doctor.

— No — respondió Myra, sonriendo vagamente —. No; creo que no. A menos que *mamá* venga. Si esto sucede, deberemos telefonear a la duquesa, porque ahora — ahora que Miguel ya no existe... — ahora es ella la única persona que puede habérselas con mamá. Pero no: no quiero que venga; la duquesa decía que no podría vivir con *mi* Miguel, y esto ahora ya no resulta gracioso.

— ¿Quiere usted que avisemos a alguien ahora? — preguntó el doctor, admirado ante aquellos ojos grises,

cada vez más grandes, cada vez más brillantes, y aquel rostro tan pálido como jamás lo estuvo el rostro de una persona viva.

— ¿Alguien a quien yo desee tener en seguida a mi lado? No sé quién... ¡Oh, sí!... Hay una persona, si es que puede venir: Juana..., ya sabe usted: Juana Dalmain. Yo siempre digo de ella que es como las notas graves que acompañan a un canto; siempre tan firme, tan complaciente, sirviendo para todos de apoyo y de sostén. Nada malo me sucederá si Juana está aquí. Pero *ya* ha sucedido, ¿verdad, doctor?

El doctor se sentó.

— He teleografiado a Gleneesh esta mañana — dijo —. Juana estará aquí mañana a primera hora.

— ¿Pero cuántas personas lo han sabido antes que yo? — dijo lady Ingleby.

El doctor no respondió.

Myra se puso en pie y permaneció un momento, como abstraída, contemplando el fuego; su silueta, alta y gentil, se destacaba toda entera, de espaldas al doctor, cuya mirada vigilante no se apartaba de ella un momento.

De repente, Myra se volvió hacia la butaca de lord Ingleby.

— Yo creo que «Péter» lo sabía — dijo con voz desentonada y aguda —. ¡Dios mío! «Péter» lo sabía y se negaba a comer porque Miguel había muerto. Y yo,

yo decía que era dispepsia lo que tenía. Miguel... ¡oh Miguel! Tu esposa no sabía que tú habías muerto, y tu perro sí lo sabía. ¡Oh Miguel, Miguel! ¡El pequeño «Péter» lo sabía!...

Y alzó los brazos hacia el retrato del grande hombre y del insignificante perrito.

Luego, se tambaleó hacia atrás.

El doctor corrió a sostenerla cuando se desplomaba.

CAPITULO IV

En manos amigas

Durante toda la noche, lady Ingleby permaneció mirando ante sí, con mirada inmóvil e inexpresiva.

La callada y apacible mujer del Lodge, que había sido, antes del matrimonio de Myra con lord Ingleby, la afectuosa compañera de su juventud, llegó y comenzó, en medio de su muda tristeza, a ayudar en todo al doctor Brand.

Mas cuando Myra recobró la conciencia y pudo de nuevo darse cuenta de las cosas, no mostró la natural expresión del dolor; simplemente, un silencio profundo, obstinado; un semblante pálido e inmóvil; unos ojos inexpresivos, cuya mirada no descansaba en parte alguna...

Margarita O'Mara se arrodilló ante ella, lloró, rezó, besando aquellas manos cruzadas sobre la colcha de seda. Pero lady Ingleby no hacía sino sonreír vagamente; y una sola vez dijo: «Silencio, mi querida Margarita. Al fin él y yo nos compenetraremos.»

Durante la noche, el doctor se acercó varias veces,

se sentó silencioso al lado del lecho y contempló a su amiga con mirada atenta y vigilante. Myra apenas notaba su presencia. Sus grandes ojos grises parecían aún más grandes al contrastar con la palidez de su bello semblante.

El doctor hizo una seña a la otra persona que con él velaba, y ambos salieron al pasillo. Cerró la puerta y volvióse a contemplar a aquella mujer silenciosa, con su sencillo traje negro de lana, su cuello y sus puños de batista, sus cabellos primorosamente trenzados. Tenía un aire de refinamiento y de serenidad que agradó al doctor.

— Señora O'Mara — dijo —, conviene que la señora lllore y que descanse.

— No llora fácilmente, señor doctor — replicó Margarita O'Mara —; yo la he visto pasar toda una noche sin dormir, y no había tanto motivo como ahora para entristecerse.

— ¡Ah! — dijo el doctor, y lanzando una penetrante mirada a la mujer del Lodge: «¿Cuál era el motivo en aquella ocasión?», pensó. Pero no dijo nada. Deryck Brand rara vez hacía preguntas a una tercera persona; sus pacientes no supieron jamás que el conocimiento que de ellos tenía procediese de las habladurías o de la violación de una confidencia hecha a un amigo.

Cuando menos, era preciso impedir que continuase aquella mirada fija, inmóvil, inexpresiva. Con una

silenciosa señal afirmativa, en respuesta a la mirada suplicante de Margarita O'Mara, expresó sir Deryck su decisión de hacer lo que fuese necesario. Levantó la holgada manga del camisón de seda y oprimió el delicado brazo con mano firme; la otra mano pasó por encima de ésta con rápida y hábil presión. Ni aun los ojos llenos de ansiedad de Margarita pudieron ver otra cosa. Tiempo después, Myra solía preguntar cuál había sido la causa de aquella pequeña cicatriz que destacaba en la blancura de su brazo.

Al poco tiempo, dormía tranquilamente. El doctor, en pie junto al lecho, la contempló un momento. Había algo trágico en aquella admirable belleza. La pureza candorosa de sus ojos grises estaba ahora velada; la habitual mirada infantil no alegraba ya su rostro. Este era ya el rostro de una mujer... y de una mujer que ha vivido, que ha sufrido.

Mientras velaba, desfiló por la memoria del doctor la historia de aquellos diez años de vida conyugal; agrupando lo que ella misma le había revelado con sus propias sutiles conjeturas y con hechos que todo el mundo conocía.

Esto en cuanto al pasado. El presente, durante unas horas al menos, merecía un piadoso olvido. ¿Qué traería el futuro? Valientemente, firmemente, había apartado de sí toda tentación de aprender a conocer la gloria de la vida y la totalidad del amor, como no

fuese de su propio esposo. Mas él no había sido capaz de enseñarle esto. ¿Puede el sordo enseñar armonía, o el ciego revelar las bellezas de la combinación de los colores?

Pero para el futuro no había tales limitaciones. Aquel «jardín cercado» no estaba ya defendido contra los extraños por un dueño desconocedor de sus fragancias. La puerta seguirá pareciendo cerrada hasta que alguien, al poner en ella su mano impaciente, viéndola sin cerrojos ni barrotes, ose hacerla girar hasta dejarla de par en par abierta.

— ¡Ah! — reflexionó el doctor —. ¿Será este un hombre honrado? La juventud enseña a la juventud; pero ¿habrá entre nosotros un hombre bastante fuerte, bastante veraz, bastante puro para enseñar a esta mujer, ya próxima a los treinta años, las lecciones que debiera haber aprendido en los días áureos de su primera juventud? Sin duda en algún rincón de la tierra camina, trabaja y espera el Hombre Unico, para quien ésta ha de ser la Unica Mujer. Que el Señor le ponga en su camino para siempre.

.....

Y a aquella misma hora — mientras Myra, por fin, dormía, y el doctor velaba y reflexionaba —, a aquella misma hora, bajo un cielo oriental, un hombre fuerte, hastiado de la vida, cansado y desilusionado, luchando con una fiebre mortal en la sofocante atmósfera de

una tienda de campaña, exclamaba con toda la amargura de su alma: «¡Dios mío, dejadme morir!» Y luego añadía ese «no obstante» que caracteriza las plegarias de las almas bien templadas, inmunizadas contra el dolor: «A menos que... a menos que quede todavía algún trabajo en la tierra que sólo yo pueda hacer.»

Y el doctor había dicho: «Muéstrale, Señor, su camino, para toda la eternidad.»

Las dos plegarias llegaron juntas hasta el Trono de la Suprema Sabiduría:

.....

Cuando Deryck Brand levantó sus ojos del lecho, Margarita O'Mara, con mirada llena de reconocimiento, le dió las gracias.

El doctor sonrió.

— No hay por qué, señora O'Mara — dijo —. Debiéramos haberlo intentado todo antes de recurrir a esto. Pero hay excepciones hasta para las reglas más seguras, y hubiera sido una debilidad peligrosa el ponerse a dudar frente a esta excepción. Que me llamen cuando despierte, y mientras tanto, descanse usted en esta butaca y procure dormir un poco. Está usted fatigada.

El doctor se dispuso a salir. Pero había sorprendido en aquellos ojos una rápida mirada de muda angustia. Llegó hasta la puerta; se detuvo un momento; después, retrocedió.

— Señora O'Mara — dijo, poniendo una mano en su hombro —, ¿tiene usted también algún motivo personal de tristeza?

Ella se separó del doctor como aterrada.

— ¡Oh, silencio! — murmuró —. No me pregunte usted nada. No haga que pierda los ánimos, señor. Ayúdeme a pensar en ella solamente. — Y luego, con más calma: — Naturalmente, yo no puedo pensar más que en ella mientras necesite de mí. Mas ya que es usted tan bondadoso, señor... — y sacó del seno un telegrama todo arrugado, que entregó al doctor.— El mío ha venido al mismo tiempo que el suyo—dijo, sencillamente.

El doctor desdobló el plieguecillo del Ministerio de la Guerra.

Lamentamos comunicar sargento O'Mara murió ayer en asalto Targai.

— Era un buen marido — dijo Margarita O'Mara con sencillez — y vivíamos muy felices.

El doctor le tendió su mano.

— Estoy orgulloso de haber conocido a usted, señora O'Mara. Es usted la mujer más valerosa que conozco.

— Gracias, señor — dijo ella con voz temblorosa, sonriendo a través de sus lágrimas —. Me parece más fácil de soportar mi propia desgracia cuando me ocupo de consolarla a ella.

— Que Dios la consuele, amiga mía — dijo Deryck Brand, y no se atrevió a decir nada más; ni se avergonzó de que su mano tantease buscando a ciegas el tirador de la puerta, como si sus ojos estuviesen nublados.

.....

El doctor había concluido su desayuno, y estaba pidiendo a Groatley una guía de ferrocarriles, cuando le dieron la noticia de que lady Ingleby se había despertado. Inmediatamente se dirigió hacia la escalera.

Myra estaba sentada en el lecho, apoyada en las almohadas. Sus mejillas estaban sonrosadas y su mirada era brillante y firme. Estrechó la mano del doctor.

— Ha sido usted muy bueno conmigo — dijo, hablando muy de prisa, con voz aguda y poco natural —. Lamento haberle ocasionado tan gran molestia. Apenas recuerdo lo de anoche; sólo sé que decían que Miguel había muerto. ¿Usted cree realmente que Miguel ha muerto? ¿Me darán detalles en el Ministerio? Yo tengo, seguramente, derecho a conocer detalles. Porque nada puede alterar el hecho de que yo haya sido la esposa de Miguel, ¿verdad? Ve a desayunarte, Margarita. Es tontería estar ahí, sonriendo y diciendo que no necesitas nada. A las nueve de la mañana todo el mundo necesita desayunarse. Yo lo necesitaría también, si Miguel no hubiese muerto. Dígale usted que debe ir a tomar algo, sir Deryck. Me parece que ha debido de estar

en pie toda la noche. Es un gran descanso tenerla aquí. Es muy animosa y muy activa y llena de simpatía.

— Sí, es muy animosa — dijo el doctor — y está usted en lo cierto en cuanto a lo del desayuno. Baje usted un momento, señora O'Mara. Yo me quedaré al lado de lady Ingleby.

Margarita se dirigió obediente hacia la puerta, pero sir Deryck se le adelantó, y el célebre especialista londinense mantuvo abierta la puerta para que la joven viuda del sargento pasase, con un aire de respeto tal, como difícilmente lo hubiera otorgado a una reina.

Luego volvió junto a lady Ingleby. Faltaba menos de una hora para que saliese el tren que había de conducirle. Mas su tarea no había terminado. Myra había dormido pero el doctor no osaría marcharse sin conseguir antes que llorara.

— ¿Dónde está «Péter»? — preguntó una voz excitada desde el lecho —. Por la mañana suele ladrar para que le saquen; hoy no le he oído aún.

— El pobrecillo estaba anoche verdaderamente agotado — dijo el doctor —. Apenas podía caminar. Le llevé yo mismo y le puse en la cama de la habitación contigua. Estaba allí todavía la chaqueta y le envolví en ella. Me lamió la mano y se acostó tan contento.

— Quisiera verle — dijo lady Ingleby —. Miguel le tenía mucho afecto. Parece como si «Péter» fuera lo único que me quedara de Miguel.

— Voy a traerlo — dijo el doctor.

Y se dirigió a la habitación cercana, dejando la puerta entreabierta. Myra le oyó como se acercaba al lecho. A esto siguió un largo silencio.

— ¿Qué ocurre? — dijo al fin Myra —. ¿No está ahí? ¿Por qué tarda usted tanto?

Entonces volvió el doctor. Llevaba algo en sus brazos, arropado en la vieja chaqueta de caza.

— Mi querida lady Ingleby — dijo —, el pequeño «Péter» ha muerto. Debe de haber muerto durante la noche, mientras dormía. Estaba descansando lo mismo que yo le dejé, acurrucado sobre la chaqueta; pero está completamente frío y rígido. ¡Pobrecillo, tan leal! — dijo el doctor con emoción, sosteniendo su carga afectuosamente.

— ¡Cómo! — exclamó Myra, extendiendo los brazos —. ¡«Péter» ha muerto porque ha muerto Miguel; y yo... yo no he derramado una lágrima! — Y se desplomó sobre las almohadas en un paroxismo de llanto.

El doctor permanecía silencioso, sin decidirse a obrar. Los sollozos de Myra se hacían cada vez más violentos, sacudiendo el lecho con su fuerza convulsiva. Luego comenzó a lanzar gritos inarticulados hablando de Miguel y de «Péter» y los sollozos renovaron su violencia.

En aquel momento oyó el doctor la bocina de un auto en la avenida; después, con brevísimo intervalo,

el sonido de una campana y el rumor de la llegada de alguien. El rostro del doctor expresaba tranquilidad.

Se dirigió a la meseta de la gran escalera y miró hacia abajo.

La honorable señora de Dalmain había llegado. El doctor entrevió su esbelta figura, vestida con un traje de viaje verde oscuro, cuando cruzaba rápidamente el *hall*.

— ¡Juana! — dijo el doctor —. ¡*Jeannette*! ¡Ah, ya sabía yo que no dejarías de venir! Sube pronto. Llegas en el momento oportuno.

Juana miró hacia arriba y vió al doctor en el rellano de la escalera. En sus brazos sostenía cuidadosamente algo que envolvía en una vieja chaqueta. Ella le dirigió una sonrisa de saludo y luego, sin gastar tiempo en palabras, rápidamente, se despojó del abrigo de viaje, del sombrero, de los guantes, y los lanzó, en rápida sucesión, al asombrado criado. El doctor seguía esperando hasta verla subir las escaleras. Después atravesó la habitación de lady Ingleby y depositó de nuevo aquel cuerpecillo, arropado todavía con la vieja chaqueta de lana, en el lecho de su difunto dueño.

Cuando volvió a la habitación de lady Ingleby, habiendo cerrado tras de sí la puerta, vió a Juana Dalmain arrodillada junto al lecho, recogiendo entre sus brazos a aquel cuerpo sollozante, con un gesto de inmensa, protectora ternura.

— ¡Oh Juana! — gimió lady Ingleby, descansando su rostro junto a la dulce tibieza de aquel generoso corazón —. ¡Oh Juana! Han matado a Miguel. Y el pequeño «Péter» murió porque Miguel ha muerto. ¡«Péter» murió y yo no he derramado una lágrima!

El doctor salió con presteza y cerró la puerta. No esperó a oír la respuesta. Sabía que sería una respuesta discreta, amable, honrada. Dejaba a la enferma en manos amigas. Al fin, estaba allí Juana. Y todo iría bien.

CAPITULO V

La cura de reposo de lady Ingleby

Cuando el exprés de Cornwall comenzó lentamente a deslizarse a lo largo del andén de Paddington; cuando por última vez contempló el rostro anhelante y afectuoso de Margarita O'Mara, con su modesta toca de viuda; cuando se dió cuenta de que aquella cura de reposo, un poco original, había comenzado ya de una manera efectiva, y que en aquel momento estaba dejando tras de sí no sólo sus preocupaciones, sino hasta su misma identidad, lady Ingleby se reclinó, con los ojos cerrados, en un ángulo de su departamento reservado, y se entregó a la tarea de rememorar los sucesos de los últimos días.

Había en su rostro una tristeza reposada, tranquila, una tristeza sin amargura. Sus mejillas, en las que las largas pestañas proyectaban su sombra, pálidas y delgadas ahora, habían perdido el color y el contorno de la buena salud. Mas a la magia de la evocación, el aire pensativo y marchito de sus bellos y expresivos labios se trueca en sonrisa y aparecen inesperadamente unos hoyuelos que dan una expresión juvenil a aquel rostro cansado.

Cuando el tren dejó atrás Londres y sus suburbios, y el sol estival resplandeció a través de las ventanillas bajo el limpio azul de un cielo radiante de junio, lady Ingleby se reclinó, contemplando el rápido desfile de setos y senderos, campos lejanos, con la nota amarilla de la flor de la aliaga; bosques de abetos tapizados de azules campanillas; riberas musgosas sobre las que penden rosales silvestres, madreselvas y clemátides; el verdor indescriptible y la suave fragancia de Inglaterra en los primeros días del verano; y a medida que contemplaba todo esto, una mirada de simpatía brillaba en sus dulces ojos grises. La melancólica tristeza del otoño, el invierno, que todo lo cubre con su sudario de muerte, la incierta y voluble primavera, todo había pasado ya. «Las flores cubren la tierra. El tiempo en que los pájaros cantan ha llegado», murmura el más amoroso de los cantares; y en el triste corazón de Myra Ingleby, tímidamente, florecía la esperanza; una vaga promesa de goces futuros, que quizá la vida le tuviese reservados. Un mirlo sobre un espino lanza alegre sus gorjeos, y Myra canta dulcemente, en voz baja, una melodía de Garth Dalmain, «La canción del mirlo»:

Despierta, despierta,
triste corazón;
levántate y canta,
y canta tú, amor.

En los campos de Dios brota perenne,
bella y azul, la flor de la esperanza,
que no cabe el dolor ni la tristeza
donde palpita el divinal amor.

Después, a medida que el tren se deslizaba a través de Wiltshire, Somerset y Devon, lady Ingleby parecía libertarse del manto de tristeza que la envolvía, y contempló su pasado, como contempla el prisionero su estrecha y obscura celda cuando, a la clara luz del sol y bajo los anchos cielos, pisa por fin los umbrales de la libertad.

Siete meses habían transcurrido desde aquella desapacible noche de noviembre en que llegó a Shenstone la triste nueva de la muerte de lord Ingleby. Myra recordaba los acontecimientos de las semanas siguientes con la vaguedad de una cosa soñada; sólo unos cuantos luceros se destacaban claramente en los días sombríos de su desventura. Recordaba la firme energía del doctor, tan merecedora de confianza; el desinteresado afecto de Margarita O'Mara; el inefable consuelo de la saludable y comprensiva ternura de Juana. Luego, la triste llegada de su madre, seguida inmediatamente — que así lo había prometido — de la verida de Georgina, la duquesa de Meldrum, en funciones de protectora; y después de esto, tragedia y comedia que caminaban ya de la mano, y el fúnebre silencio de la casa,

interrumpido con el «¡hola!» afectuoso y alegre de la duquesa y los murmullos de indignación de la señora Collier-Cray.

Más tarde llegaron detalles de la muerte de lord Ingleby, y su viuda supo que había caído, como se había dicho, en el asalto de Targai, pero víctima de un accidente; que había perdido la vida, no a manos de un encarnizado enemigo, sino a causa del desgraciado error de un camarada. Myra no llegó nunca a saberlo con todo detalle: un muro que había que minar; el terrible explosivo inventado por él, el formidable entusiasmo con que insistió para que se le permitiese colocarlo, de manera que se pudiese provocar la explosión con el aparato eléctrico, invención suya también. Después, una señal mal interpretada; un botón que la fatalidad oprime demasiado pronto, una chispa eléctrica en la mina, una explosión tremenda y la muerte instantánea de un hombre cuya habilidad y cuyo valor habían abierto la brecha a través de la cual un gozoso tropel de soldados ingleses, que brotaba de entre las sombras silenciosas, se lanzaba en busca de la anhelada victoria.

Cuando en las oficinas de Guerra se recibieron los detalles completos, una persona que ocupaba un cargo muy elevado llamó personalmente a lady Ingleby a su casa de Park Lane para explicarle la necesidad de guardar silencio sobre algunos de aquellos hechos tan

deplorables. Aquel desgraciado suceso tenía el carácter de un experimento. El explosivo, el nuevo método de señales, el aparato eléctrico transportable, todo ello lo usaban lord Ingleby y los jóvenes oficiales que le ayudaban de una manera experimental y en cierto modo extraoficial. La persona cuyo infortunado error ocasionó el accidente desempeñaba una importante misión cerca de aquella elevada personalidad. Convenía que su nombre se mantuviese en secreto. Sería lamentable que un porvenir lleno de promesas se truncase a causa de un accidente fortuito. Las pocas personas que conocían su nombre habían prometido inmediatamente guardar el secreto. Claro está que si lady Ingleby deseaba conocerlo le sería revelado confidencialmente, pero...

Entonces, Myra adoptó rápidamente su decisión. Se levantó al instante; su pálido rostro se cubrió de rubor, y la mirada patética de sus ojos grises brilló con repentina animación.

— Perdóneme, señor, que le interrumpa — dijo —, pero yo no he deseado nunca conocer ese nombre. Mi esposo hubiera sido el primero en desear que se mantuviese en secreto. Yo, por mi parte, sentiría que hubiese un hombre en la tierra cuya mano no pudiese estrechar como la de un amigo. La mano que me ha dejado sola en el mundo lo hizo sin intención. Vale más que continúe siendo siempre para mí como un misterioso ins-

trumento de los designios de la Providencia. Yo no intentaré nunca averiguar a cuál de los camaradas de Miguel pertenecía esa mano.

Lady Ingleby era sincera al formar esta decisión; y el elevado personaje montaba en su coche, cinco minutos después, muy tranquilizado y lleno de admiración hacia la bella y discreta viuda de lord Ingleby. Aquella mujer poseía, en verdad, todo lo que hay de más encantador en este mundo. Ahora añadía a su encanto personal una prueba de un sólido buen sentido. ¡Excelente! ¡Incomparable! ¡Pobre lord Ingleby! Pobre... ¡Ah! El nombre de *él* no debe mencionarse ni aun en pensamiento.

Sí: lady era absolutamente sincera al formular tal decisión. Y sin embargo, desde aquel momento dos nombres se barajaban constantemente en su memoria, suscitados por una perenne interrogación: los de las dos únicas personas a quienes Miguel mencionaba habitualmente en sus cartas como infatigables compañeros en sus experimentos. Ronald Ingram y Billy Cathcart, dos muchachos excelentes que participaban en sus peligros y tenían gran interés por sus trabajos; ambos, devotos adoradores de Myra; casi sus más queridos amigos, que le profesaban una amistad probada, leal, merecedora de confianza. Y he aquí la pregunta obsesionante: «¿Fué Ronald? ¿O fué Billy? ¿Cuál? ¿Billy o Ronald? ¿Ronald o Billy?» Myra había dicho:

«Yo no intentaré nunca averiguar...», y lo había dicho sinceramente. No intentaba averiguar, pero averiguaba, aun sin intentarlo, y la certidumbre y aun la incertidumbre de sus conjeturas obraban sobre sus nervios, convirtiéndose subconscientemente en la causa de una inquietud mental que la atormentaba día y noche.

Pasó el tiempo. La guerra había terminado. Inglaterra, como siempre, estaba decidida a vencer y había vencido. Simplemente había sido cuestión de paciencia; de adquirir prudencia merced a una serie de errores iniciales; de gastar generosamente el oro británico y la sangre británica. La supremacía de Inglaterra se había afirmado de una manera satisfactoria; aquellas de sus valientes tropas que habían sobrevivido a los errores iniciales volvieron al hogar nacional, y entre ellos Ronald Ingram y Billy Cathcart; el primero con un aspecto menos juvenil, un poco cansado, enflaquecido con una palidez que se transparentaba bajo el color bronceado de su rostro, mostrando las huellas inequívocas de una grave herida y de la fiebre que padeció después. «Extraordinariamente interesante», decía la duquesa de Meldrum a lady Ingleby, relatando su primer encuentro con él. «Si tuviese cincuenta años menos me casaría inmediatamente con este excelente muchacho, me lo llevaría a Overdene y le cuidaría hasta que recobrase la salud y las fuerzas. ¡Oh, no me mire usted con ese aire incrédulo, mi querida Myra! Yo no quiero

nunca dar a entender otra cosa que la que digo, como usted sabe muy bien.»

Pero lady Ingleby negó toda sospecha de incredulidad y simplemente indicó que — excepto el proyecto matrimonial — el programa de la duquesa era excelente y podía muy bien realizarse. El joven Ronald fué de la misma opinión, y muy pronto quedó instalado en Overdene, y gozó de la que luego solía describir como la mejor época de su vida: cuidado, mimado y agasajado por aquella excelente anciana que no sospechó nunca que uno de los principales atractivos de Overdene era que la distancia hasta el parque de Shenstone se podía recorrer fácilmente en automóvil. Billy regresó tan joven, tan inconsecuente y tan incorregible como siempre. Y sin embargo, Myra se daba cuenta de que también en él se había producido un cambio sutil, cuya causa era muy distinta de la que ella, con demasiada ligereza, suponía.

Los hechos eran estos. Ambos jóvenes, en su romántica inclinación hacia Myra, habíanse mantenido fieles a su propia fortaleza, y cordialmente leales hacia lord Ingleby. Pero su lealtad no se había sostenido sin esfuerzo. Por tanto, al encontrarse de nuevo con Myra, no siendo ya aquel esfuerzo necesario, se dieron cuenta del cambio de situación y de su actual libertad. Esto daba lugar a que se condujesen ambos con una reserva y una timidez, en presencia de Myra, que ésta interpre-

taba, naturalmente, como confirmación de sus sospechas. Como ella no había necesitado nunca hacer el más pequeño esfuerzo para recordar que había sido de Miguel y para guardarle fidelidad en todos sus pensamientos, no se daba aún cuenta de la libertad de que podía disfrutar, ya que no le costaba esfuerzo el permanecer fiel a los instintos de su propia naturaleza, pura, honesta y honrada.

Y así aconteció, naturalmente, que un día en que Ronald Ingram había estado largo rato con ella, contemplándose silenciosamente las puntas de las botas y dirigiéndole cada momento miradas furtivas, como si sus ojos buscasen la mirada tranquila y amistosa de los ojos de Myra para ir a posarse de nuevo en el suelo, ella reflexionaba: «¡Pobre Ronald, con su «importante misión» cerca de aquel señor! El fué, indudablemente, quien le mató. Y Billy lo sabe. Basta ver cuán inquieto se pone Billy cuando Ronald se sienta junto a mí.» Pero luego pensaba: «No; seguramente fué Billy, este buen muchacho, tan impulsivo y tan atolondrado, y Ronald, que lo sabe, se siente también culpable. ¡Pobrecito Billy a quien Miguel quería como a un hijo! No puede engañarme la emoción que se pinta ahora en su rostro sólo con que mi mano roce levemente la suya. ¡Ah, qué muchacho tan exaltado y tan fogoso...!»

Más tarde, en esta atmósfera de incomprensión e incertidumbre, se introdujo un nuevo elemento. Un pri-

mo hermano de lord Ingleby, que había heredado el título, pero no las tierras, llegó a la conclusión de que sería conveniente que fuesen juntos la tierra y el título. Con este fin se entrometió en la vida solitaria de la viuda en cuantas ocasiones le fué posible, y comenzó, con el pretexto de los negocios, a hacer la corte a lady Ingleby.

Así, Myra despertó rudamente a la conciencia de su nueva situación. De repente cambió por completo su manera de ver la vida. Todas las cosas adquirieron una significación nueva para ella. Ronald y Billy ya no le eran agradables. El estado nervioso de Ronald podía atribuirse a otra causa, y todo esto, añadido a sus anteriores sospechas, la llenó de horrible consternación. Halló explicación a las bromas veladas de la duquesa y se sintió lastimada. La invadió una sensación como de soledad absoluta. Cada hombre se convirtió, a sus ojos, en un futuro y temido pretendiente; las observaciones de cada mujer parecían contener una insinuación molesta. La idea de ver su nombre rodando por los periódicos la aturdió.

Se dió cuenta de que su estado de salud empeoraba cada día más, aunque se sentía incapaz de luchar contra él; y dejando Shenstone rápidamente, regresó a la ciudad y fué a consultar con sir Deryck Brand.

— Amigo mío—dijo —, ayúdeme usted; si no, creo que no tendré fuerzas para afrontar la vida de nuevo.

El doctor la escuchó pacientemente, animándola, con su actitud silenciosa y comprensiva, a continuar su relación.

— Mi querida lady — dijo al fin el doctor, lentamente —, el diagnóstico no es difícil. No hay más que un remedio posible.

Calló el doctor. Lady Ingleby, con mirada implorante e intensa ansiedad, parecía esperar su sentencia.

— Una cura de reposo — dijo al fin el doctor con decisión.

— ¡Horror! ¡No, por Dios! — exclamó Myra —. ¿Querría usted encerrarme entre cuatro paredes; atracarme de *puddings* de arroz y de todos los alimentos que me sean más desagradables; poner a mi lado una mujer terrible que guarde, vigile y golpee; impedir que lleguen a mí cartas, amigos, libros y noticias, y al cabo de mes y medio devolverme otra vez al mundo, habiendo perdido mi figura y sin tener una idea razonable acerca de ningún asunto? Mi querido doctor, piénselo usted bien. ¡Robusta e idiotizada! ¿Por qué no me da usted algo..., algo en una botellita para agitarlo y tomar tres veces al día..., y nada más?

El doctor sonrió. Era proverbial su paciencia.

— Esa descripción tan acertada, mi querida lady Ingleby, se refiere a una forma de cura de reposo que yo rara vez, o nunca, acostumbro recomendar. En el caso de usted, sería peor que inútil. No ganaríamos

nada encerrando a usted con la única persona causante de sus males. Por el contrario, tenemos que ingeniarnos para que usted huya de ella.

— ¿La única persona?... — inquirió Myra admirada.

— Una persona encantadora — continuó el doctor, sonriendo — para el resto de la humanidad; pero que ahora es muy mala para usted.

— Pero ¿a quién?—preguntó Myra de nuevo—, ¿a quién se refiere usted?

— Me refiero a lady Ingleby — replicó el doctor gravemente —. Cuando haya de ir usted afuera para su cura de reposo, lady Ingleby, con sus dudas y temores, sus ansiedades y desconfianzas, debe quedarse aquí. Irá usted a un pueblecito apartado del mundo, en la costa brava de Cornwall, en donde no conoce usted a nadie y nadie la conoce a usted. Debe ir usted de incógnito, con el nombre de «señora o señorita de...» o que usted quiera. Su cura de reposo consistirá, principalmente, en libertarse durante algún tiempo de la condición, de la posición social y de las perplejidades de lady Ingleby. Enviará dos letras a todos sus amigos íntimos diciéndoles que va a vivir retirada durante algunas semanas, y que no deben escribirle hasta que de nuevo reciban noticias de usted. Tiene usted permiso para escribir una carta semanal a una sola persona, y esta persona debe merecer mi aprobación. Comerá usted en abundancia de toda clase de alimentos; se dedicará

a vagar casi todo el día al aire libre; se levantará temprano, se retirará temprano; procurará vivir enteramente en un presente sencillo, hermoso y sano, evitando firmemente todo recuerdo de un pasado triste y toda anticipación de un porvenir incierto. Nadie ha de saber dónde está usted, excepto la persona a quien tendrá permiso para escribir y yo. Tomaremos nuestras medidas para que alguien, por ejemplo, Margarita O'Mara; que le es tan adicta, pueda inmediatamente acudir junto a usted si alguna vez se siente abrumada por la soledad. Sabiendo que en un momento dado puede tenerla a su lado, estará más tranquila. Podrá comunicarse conmigo diariamente, si lo desea, por carta o por telegrama; pero el lugar de su residencia, repito, no debe conocerlo nadie. Mi deseo es que cesen de perseguirla todas esas ideas de ansiedad y de inquietud. Mañana le diré el nombre del pueblecito que le recomiendo y el de un hotel confortable en el que podrá pedir que le reserven habitaciones. Debe ser un lugar que usted no haya visto nunca, y del que, probablemente, no haya oído nunca hablar. Estamos a fines de mayo. Quisiera que marchase usted a primeros de junio. Si desea reunir a sus amigos en Shenstone este verano, puede usted invitarlos para los primeros días de julio. Lady Ingleby volverá de nuevo a estar en su casa para entonces, en excelentes condiciones para mantener su reputación como señora que sabe recibir a sus huéspedes con un

encanto, una gracia y una simpatía incomparables. Esas preocupaciones constituyen un estado mental morboso, y hasta ahora se había visto usted libre de él: al presentarse ahora inesperadamente han enervado y debilitado su naturaleza; por tanto, es necesario que se tomen rápidamente medidas radicales... Sí; puede usted comunicarse con Juana Dalmain. No podía usted haber elegido mejor.

Esto fué lo que dictaminó y prescribió el doctor; y como sus pacientes no discutían nunca su dictamen, ni se negaban a seguir su prescripción, Myra se encontró, en «el glorioso comienzo de junio», volando hacia el sur en un expreso del Great Western, en dirección hacia la pequeña aldea de pescadores de Tregarth, donde tenía ya reservadas habitaciones en la «Posada del Moro», bajo el nombre de señora de O'Mara.

CAPITULO VI

La "Posada del Moro"

Cuando la viva luz rojiza del sol poniente iluminó los acantilados y la aldea, tiñendo el lejano océano con todos los matices de un resplandor de oro, Myra atravesó el caminito empedrado de menudos guijos que conducía al rústico porche de la «Posada del Moro», contemplando todo cuanto veía a su alrededor con un creciente sentimiento de alivio.

Había venido a pie desde la pequeña estación situada al lado del camino; detrás conducían su equipaje en unas angarillas. Esta manera de viajar, sin criado ni doncella, llevando ella misma su capa, su sombrilla y su maletín, era, en sí misma, una novedad encantadora.

A la puerta esperaba la dueña para recibirla: una señora de aspecto imponente, que llevaba un traje de satén negro con una doble hilera de grandes cuentas de azabache, y que inmediatamente hizo a Myra evocar el recuerdo de todas las tías solteras de lord Ingleby. Parecía como la personificación, acentuada, dignificada y concentrada de todas ellas; y Myra pensó en lo que Billy hubiera bromeado y reído en aquel caso.

La «tía Ingleby» invitó a la señora O'Mara a que entrase, y expresó su satisfacción porque el viaje había sido feliz. Después hizo sonar dos veces una gran campana para ordenar a una doncella que indicase a la señora sus habitaciones; y como la doncella tardaba en aparecer, rogó a la señora O'Mara que, entretanto, escribiese su nombre en el registro de viajeros.

Lady Ingleby atravesó el vestíbulo. A su izquierda estaba el salón de fumar; en el lado opuesto, junto a un pequeño pasillo, un letrero sobre una puerta decía, en letras doradas: «Café-Bar». En el centro del vestíbulo arrancaba hacia la derecha una amplia escalera de estilo antiguo. En el lado opuesto, junto a la pared, entre el salón de fumar y una puerta rotulada «Salón de recepción», había una mesa de mármol. Un voluminoso registro de viajeros descansaba abierto sobre la mesa. Recientemente se había comenzado a escribir en una de las páginas, que no contenía aún más que cuatro nombres. Los tres primeros llevaban la fecha del 8 de mayo, y decían así, con carácter de letra duro y preciso:

<i>Srta. Amelia Murgatroyd</i>	}	<i>Lawn View, Putney.</i>
<i>Srta. Elisa Murgatroyd</i>		
<i>Srta. Susana Murgatroyd</i>		

Debajo de éstos, escrito ocho días más tarde, con

letra menuda, firme, de carácter y limpieza inconfundibles, había un nombre:

Jim Airth..... Londres.

Junto al libro estaban la tinta y la pluma, con la cual, sin molestarse siquiera en quitarse el guante, lady Ingleby escribió debajo, con letra grande, algo inclinada:

Sra. de O'Mara El Lodge, Shenstone.

Apareció entonces una doncella que, recogiendo su capa y su maleta, se dispuso a acompañarla al piso.

Cuando llegó al descansillo de la escalera, lady Ingleby se detuvo y volvióse a mirar hacia el vestíbulo.

Se abrió la puerta del salón de fumar y salió un hombre de gran estatura, que sacaba una pipa del bolsillo de una holgada cazadora de Norfolk. Viéndolo atravesar el vestíbulo, su rostro trajo a la memoria de Myra el semblante intensamente bronceado y fino de Ronald, aunque el del desconocido era un rostro más maduro, fuerte, enérgico y lleno de resolución. El abundante bigote castaño no encubría la profunda hendidura entre la barba y las mejillas.

Habiendo advertido un nuevo nombre en el libro, el hombre se detuvo; luego, apoyando una de sus grandes manos en la mesa, se inclinó hacia delante y lo leyó.

Myra, que aun permanecía en la escalera, contempló aquel torso gigantesco y la enorme longitud de aquellas piernas calzadas con polainas de cuero.

El hombre parecía detenerse en el examen de aquella página más tiempo del necesario para la simple lectura de un nombre. Luego, sin mirar a su alrededor, se incorporó, y cogiendo un sombrero colgado en el asta de una cabeza de ciervo, colocada en lo alto de la pared, echóselo sobre la nuca, y atravesó el vestíbulo silbando como un mirlo.

— Jim Airth — se dijo Myra, mientras, lentamente continuaba subiendo —. Jim Airth, *de Londres*. ¡Vaya unas señas! Lo mismo pudiera haber puesto «del mundo»! Parece un tipo intermedio entre guardabosque y *cowboy*; o quizás resulte ser un viajante de comercio.

Luego, al llegar al rellano y ver a la doncella de mejillas coloradas, que mantenía abierta la puerta de un espacioso y alegre dormitorio, añadió con una sonrisa singular:

— ¡A pesar de todo, me gustaría haber escrito mi nombre más primorosamente!

CAPITULO VII

La correspondencia de la señora O'Mara

Carta de lady Ingleby a la «honorable» Juana Dalmain.

POSADA DEL MORO

TREGARTH, CORNWALL.

Mi querida Juana: Llevo aquí una semana y ya es hora de que empiece a escribir mi primera carta para usted.

¿Cómo se sentirá una persona a la que se considera como la más adecuada para asistir a un espíritu enfermo? ¿No le produce a usted la sensación de ser algo así como un *pudding* de arroz, o esencia de brand, o maltina; algo perfectamente salutífero y merecedor de confianza? ¡Si hubiera usted oído cómo se apresuró sir Deryck a aceptar su nombre en cuanto yo la propuse para mi corresponsal! Escasamente lo había pronunciado, cuando él me interrumpió, aceptándolo sin reservas. Yo creo que «saludable» fué una de las palabras que usamos. Temo que usted no lo pueda entender,

mi querida Juana. He de confesar que yo preferiría ser semejante a los macarrones o a la empanada de ostras, aun a riesgo de ocasionar a mis amigos una indigestión. Pero entonces no podría desempeñar ese papel tutelar tan excelentemente como usted... Y si bien se considera, no es un «papel» que hay que desempeñar: es más bien una característica esencial de mi querida Juana. Llega usted y se encuentra con un embrollo desesperante; recoge los cabos con sus manos firmes y capaces; los ordena y sujeta diestramente, y ¡ya está!: el embrollo ha desaparecido; la madeja de la vida está dispuesta de nuevo para que nos pongamos a devanarla.

Afortunadamente, no hay en este momento muchos embrollos en mi espíritu gracias a las excelentes prescripciones de nuestro querido doctor. Es una idea verdaderamente genial esta de libertarme de mí misma. Desde el primer día gozo de un indescriptible sentimiento de emancipación. Me encanta que se dirijan a mí llamándome «señora» en lugar de «lady»; me divierte pasarme sin doncella, aunque tardo años en arreglarme el cabello, y me preocupa seriamente pensar si llevaré algún mechoncito colgando sobre la nuca. Cuando recuerdo la personalidad que he dejado tras de mí, pobre, fatigada, agotada, siento deseos de comprar una pala de madera y un cubo, y lanzarme, yo sola, a construir castillos de arena en esta deliciosa playa.

No tengo a nadie con quien jugar, pues estoy segura de que las señoritas Murgatroyd — ahora le contaré quiénes son — no han hecho nunca castillos de arena, no, ¡ni siquiera cuando eran niñas, hace un siglo! Han debido de ser siempre como esos niños que llevan un trajecito blanco con una chorrera escarolada, una blusa de popelina y un gran sombrero de paja con cintas que se anudan debajo de la barba, que pasean llenos de modestia con su niñera y miran con aire de disgusto a los otros niños que gritan y corren. Yo me siento ahora inclinada a gritar y correr, y las señoritas de Murgatroyd me parece que están dispuestas a mirarme con sobresalto y disgusto.

¡Qué hermosa es la libertad de no ser nadie y de no tener nada que hacer ni en que pensar! Todo lo que oigo y veo me produce placer: una alondra que se levanta gorjeando desde el césped y sube hasta perderse en lo azul; las grandes rompientes del Atlántico batiendo sobre la costa; los pescadores, a la puerta de sus pintorescas cabañas, de techos bordados... Todas las cosas me parece que viven con una vitalidad exuberante, a la cual he sido extraña durante mucho tiempo.

¿Conoce usted esta costa, con sus altos brezales, sus acantilados espléndidos y, abajo, sus cuevas de arena, y el mar de un verde profundo, en eterno movimiento? ¡Hermoso! ¡Maravilloso! ¡Infinito!

La fonda es encantadora; un poco primitiva, pero confortable. Tenemos un café excelente, pescado frito a la perfección, manteca de la granja, pan casero... Si se completa esto con mermelada y compota de moras, no creo que pueda apetecerse nada más.

Viajeros descarriados, que van y vienen en autos, se detienen solamente a comer, o pasan aquí una noche; pero sólo hay conmigo cuatro huéspedes estables. Todos ellos me proporcionan sin cesar motivos de distracción. Las tres señoritas de Murgatroyd... ¡Oh Juana, son tan antediluvianas y tan raras! Son tres hermanas ancianas que se llaman Amelia, Elisa y Susana. La «villa» que tienen en Putney lleva el nombre regocijante de «Mira-al-prado», muy característico y apropiado, porque, para estas buenas señoras, más allá de césped de su propio jardincillo no hay panorama que valga la pena de ser contemplado. Ellas no salen nunca fuera, «excepto a la isla de Wight», porque «no les gustan los extranjeros». El otro día, poco antes de comer, llegó en automóvil un grupo de americanos muy simpáticos, que nos entretuvieron animadamente durante su rápida visita. Nos hablaban cordialmente a la hora del consomé; amistosamente al sernes servido el pescado, y en tono completamente confidencial cuando llegamos al tercer plato. Pero, ¡ay!, estos deliciosos primos nuestros del otro lado del Atlántico eran «extranjeros» para las señoritas de Murgatroyd, las cuales

se encerraron, por tanto, en la fría coraza de sus remilgos, y pasaban a sus vecinos el tarro de la mostaza sin una sonrisa. Me sentí obligada, más tarde, a hacer la apología de las mujeres de nuestro país; pero los americanos, con un exceso de amabilidad, nos explicaron que habían venido expresamente para ver toda clase de viejas reliquias británicas. Me preguntaron si no creía yo que las señoritas de Murgatroyd podían proceder «directamente de Dickens». Yo estaba totalmente confusa, porque creí que iban a decir «directamente del Arca de Noé» — ya sabe usted que a veces completa uno mentalmente una frase en cuanto se ha comenzado—, y me atreví a confesar simplemente que no había leído a Dickens. ¡Qué ignorantes de nuestras grandes creaciones literarias nos reconocemos al hablar con estos americanos y ver que este conocimiento forma en ellos parte de la vida diaria!

Pero he de contar a usted algo más acerca de las señoritas Murgatroyd, Amelia, Elisa y Susana. Cuando reina paz completa entre ellas, cosa no muy frecuente, se llaman Amelita, Elisín y Susie; mas si hay un pequeño rozamiento se nota en seguida porque usan el nombre de pila completo. La pobre Susana, como es la más joven — una juventud sexagenaria — y algo retozona y traviesa, es muy rara vez «Susie». La señorita Amelia es severa e inflexible. Lleva un prendedor con un camafeo del tamaño de una cuchara, y dicta

sus leyes en un inglés preciso y elegante, hasta para pedir a Susie que le acerque los bollos en la mesa. La señorita Elisa, la segunda hermana, es humilde e inofensiva. Su actitud hacia la señorita Amelia es de constante apología. Cuando se dirige a Susie la llama «cariño mío», excepto en aquellos casos en que la conducta de Susie ha traspasado el límite de lo conveniente. Entonces la llama «mi *querida* Susana», y lanza un suspiro. Me inclino a creer que la señorita Elisa sufre porque su naturaleza, tan expresiva, no ha podido nunca expansionarse.

Pero Susie es la más animada de todas. Susie sería propicia al *flirt* si se atreviese y si hubiese algún hombre bastante audaz para *flirtear* con ella bajo la mirada vigilante de la señorita Amelia. Susie tiene escasamente cincuenta y cinco años, y sus hermanas mayores, que la consideran como una verdadera niña, están siempre dispuestas a censurarla y corregirla. Susie tiene una complexión fresca y sana, una carita gruesa y dulce y unas manos regordetas con hoyuelos; además, Susie es un poco propensa a la vanidad. Jim Airth mantuvo abierta una vez la puerta del Café-Bar para que ella pasara, y desde entonces Susie — debiera decir más bien «Susana» — está toda agitada y confusa. ¡Qué picarueta es esta Susie! La señorita Murgatroyd mayor la ha hecho cambiar de sitio en el comedor — su mesa está en el centro del salón — y la obliga ahora a que se

siente dando la espalda a Jim Airth, que tiene una mesita redonda para él sólo, junto a la ventana.

Ya es hora de que le cuente a usted algo acerca de Jim Airth y de una curiosa coincidencia referente a él, pero le ruego que no se lo diga al doctor, porque temo que me obligue a marchar de aquí.

He de confesar a usted, ante todo, que Jim Airth me interesa extraordinariamente; y es hermosa y generosa esta confesión mía, puesto que Jim Airth no se interesa por mí lo más mínimo. Rara vez se digna concederme una mirada o una palabra. Es un oso y un salvaje, ¡pero un oso muy elegante y bien parecido; un salvaje sumamente interesante! Seguramente es el hombre más alto que he visto en mi vida; tiene unas piernas interminables, es enjuto y huesudo; pero, sin embargo, se mueve con la ligereza grácil y airosa de un indio de raza. Estuvo en la guerra el año pasado, y padeció una terrible insolación y una violenta fiebre, durante la cual hubieron de afeitarse la cabeza. Por tanto, su espeso cabello castaño nace ahora, erecto y rígido, como el de los cepillos de limpiar botellas. Ya sé que Susie los alisaría y puliría infatigablemente, hasta que se abatiesen y adoptasen una posición más conveniente, pero esta tarea sería superior a los esfuerzos de Susie. Sus cejas son una línea severa y firme, y debajo de ellas brillan unos ojos hundidos, con ese azul de la flor de la genciana que hace pensar en las cum-

bres alpinas. Unas veces brillan y relampaguean; otras, toman un tono casi púrpura. Su espeso bigote castaño, su barbilla y sus mandíbulas son aterradores por su poderosa fortaleza. Pero fuma en una vieja pipa de raíz de brezo, silba como un mirlo, y le divierte mucho la esquivéz de la picaruela de Susie cuando el prendedor con el camafeo se descompone y cambia de posición. Yo he visto chispear maliciosamente sus ojos cuando la señorita Susana dejaba, de intento, caer su pañolito, y él, extendiendo su largo brazo, lo recogía y se lo entregaba. Después de esto, Susie apresura el paso, a la llamada de sus hermanas, ruborosa y agitada, y la señorita Elisa vuelve a murmurar: «¡Oh cariño mío! ¡Oh Susana!» Cuando estas cosas pasan, intento sorprender la alegre mirada de Jim Airth y participar del buen humor que ello le produce; pero le veo que mira estólidamente, a través de mí, hacia la pared, y creo que pisotearía pesadamente mi pobre pañuelo si alguna vez lo dejase caer. La señorita Murgatroyd me ha dicho que es aborrecedor inveterado de la belleza femenina; después de lo cual, la pobre señorita Susana se contonea disimuladamente ante el espejo de dorado marco que hay sobre la chimenea del salón de recepción y dice con tono dolorido: «¡Por Dios, Amelia, no digas eso!»; pero Amelia dice *eso* y otras muchas cosas más.

La primera vez que vi a Jim Airth me pareció un

tipo intermedio entre guardabosque y *cowboy*, y todavía pienso lo mismo. ¿A que no se imagina usted lo que ha resultado ser? Pues... ¡escritor!... Y lo más curioso es que está escribiendo un libro muy importante titulado *El nuevo arte de guerrear; sus métodos y sus necesidades*, en el cual explica y desarrolla muchas de las ideas y de los experimentos de Miguel. Ha estado en el frente, y ha tomado parte en el asalto de Targai. Debe de haber conocido íntimamente a Miguel.

Todos estos informes los he recibido de la señorita Murgatroyd. Algunas veces me quedo con ellas en el salón de recepción después de comer, mientras devanan la lana y hacen punto de media: un devanar perpetuo y un punto de media inacabable. Cuando faltan cinco minutos para las diez, la señorita Murgatroyd dice: «Vamos, mi querida Elisa; vamos, Susana»; y esta es la señal para recoger los bártulos y guardarlos en la bolsa de labor de satén negro. Entonces, a las diez en punto precisamente, la señorita Murgatroyd se levanta y se dirigen todas al lecho... ¡Ah, no! ¡Perdón! Las señoritas de Murgatroyd nunca «se van a la cama»: todas ellas «se retiran a descansar».

Jim Airth y todo lo que él haga constituye el tema favorito de la conversación. Le llaman siempre el «señor Airth», lo cual me hace mucha gracia. No pertenece, en verdad, a esa clase de personas a quienes llama una siempre «señor». Para mí ha sido «Jim Airth» desde

que vi su nombre por vez primera, con una letra menuda y limpia, en el registro de viajeros. Escribí el mío exactamente debajo, y puse, naturalmente, «señora O'Mara»; y después, pareciéndome que hacía falta una dirección, añadí: «El Lodge, Shenstone.» En cuanto concluí de escribirlo, Jim Airth entró en el vestíbulo, y permaneció completamente inmóvil, como si lo examinase. Yo le vi desde las escaleras, mientras subía. Al principio creí que se maravillaba de mi extraña caligrafía, pero ahora creo que lo que le sorprendió fué la palabra «Shenstone». Sin duda sabía que era éste el nombre de la casa solar de Miguel Ingleby.

Otra cosa extraña he de contar a usted. La otra noche, la señorita Murgatroyd habló, en el salón, de la muerte de Miguel. Explicó que había sido «el primero en lanzarse a las trincheras» y que «cayó de cara al enemigo». Añadió también que ella trataba íntimamente a «su pobre amiga lady Ingleby». Esto era interesante, y me pareció que valía la pena de enterarse detalladamente. Manifestó que ella era prima lejana de una fantástica persona a quien se dirigía mamá todos los años para una subscripción de una cierta sociedad dedicada a fomentar el ahorro entre los habitantes de las islas del océano Antártico. Mi madre acostumbraba lanzarse todos los años sobre aquellas buenas gentes, hasta que les vaciaba la bolsa; el procedimiento era peligroso, pero anualmente volvía a la carga. En una

de estas ocasiones, poco antes de mi matrimonio, la señorita Murgatroyd acompañaba a su amiga. De aquí venía su intimidad con su «pobre amiga lady Ingleby». Tenía también un amigo que había visto, hacía poco tiempo, a lady Ingleby paseando en el Parque, «y la pobre no tenía buen aspecto». Me sentí inclinada a acicalarme ante el espejo de marco dorado, a la manera de Susie, y exclamar: «¡Por Dios, Amelia, no diga usted eso!»

¿No encuentra usted extraño el que personas tan respetables como estas damas deseen darse tono diciendo que nos conocen, cuando, en el fondo, somos tan poco dignos de ser conocidos? Yo preferiría conocer a un *cowboy* cosmopolita, como ese Jim Airth, que no a media docena de personas con título, de mi lista de visitas.

Verdaderamente, Juana, no debo volver a mencionarlo, no vaya usted a pensar que también yo estoy inficcionada de las inquietudes de Susie. ¡No, querida mía! El *cowboy* no ha tenido conmigo la menor cortesía; no ha dado prueba alguna de haberse fijado siquiera en mi presencia; apenas me devuelve mi saludo matinal, aunque la solitaria mesita en que almuerzo está enfrente de la suya, junto el gran mirador.

Mas en esta nueva fase de mi vida todas las cosas parecen gozar de un interés absorbente, y la individualidad de las pocas personas que veo toma unas pro-

porciones exageradas. (En realidad, esta frase parece casi de sir Deryck.) Igualmente creo que este particular atractivo de Jim Airth proviene de que me doy cuenta de su desaprobación. Si piensa en mí, no es con admiración, ni aun con simpatía. Y esto para mí es una experiencia nueva, puesto que siempre he estado mimada con la general aprobación y abrumada con una adulación insensata e innecesaria.

Juana: cuando paseo a lo largo de los acantilados y oigo las rompientes del Atlántico que baten contra su base, allá muy abajo; cuando contemplo las gaviotas, con sus fuertes alas blancas, describiendo amplios círculos; cuando percibo la energía, la fuerza, la libertad que hay en la naturaleza, el crecimiento y el progreso que acompaña toda vida, siento que yo nunca he vivido realmente. No ha habido nada que me haya hecho sentir su fuerza debajo de mí, o a mi alrededor, o contra mí. Si yo hubiera sido dominada y sometida alguna vez, si se me hubiese obligado a seguir la voluntad de otro, habría llegado a sentir el amor como una realidad, y la vida hubiera llegado a ser para mí una cosa digna de ser vivida. Pero durante largos años he ido perdiendo el tiempo, haciendo únicamente lo que era de mi gusto; cometiendo errores, sin que nadie se tomase la molestia de corregirlos; fracasando, sin que nadie se sintiese defraudado por mi fracaso.

Me doy cuenta ahora de que hay en la vida una

clave, y una clave en el amor que no ha sido puesta nunca en mis manos. Yo no sé qué clave será ésta. Pero si alguna vez he de llegar a aprenderlo, será precisamente de un hombre como Jim Airth. En verdad, yo no he hablado nunca con él, pero, no obstante, estoy tan convencida de su fuerza y de su virilidad, que se presenta ante mi espíritu como el símbolo de todo lo que hay de más fuerte en la humanidad y de más vital en la vida.

De él proceden, aunque no se haya dado cuenta, algunos de los más beneficiosos resultados que me ha producido mi estancia aquí. Cuando pasea por la casa, silbando como un mirlo; cuando descuelga su sombrero del asta de ciervo, a dos pies más de la altura a que alcanzaría otro hombre cualquiera; cuando se enfrasca, sin vacilar, durante la comida, con un libro o un periódico delante; cuando deja caer ruidosamente sus grandes botas en el pasillo, mucho después de que en nuestra tranquila casa reine el silencio, mientras sonrío en la oscuridad al pensar cómo aquel ruido habrá molestado a la señorita Murgatroyd, habrá asustado a Elisa y habrá hecho vibrar el pícaro corazón de Susie; cuando todas estas cosas suceden día tras día, me doy cuenta de que amanece en mí una más clara comprensión del pasado, una fuerza nueva para el futuro y una visión más pura de la vida; simplemente por el hecho de que él es él y está aquí. Jim Airth quizá no sea un santo; pero es *un hombre*.

Querida Juana: seguramente no me atrevería a enviar a usted esta epístola si no me animasen a ello todos esos adjetivos: «saludable», «comprensiva», etc., que tan adecuadamente se aplican a usted... Usted sabrá comprenderme. De esto estoy segura. Pero no diga usted al doctor sino que estoy muy bien, en excelente estado de espíritu y tan feliz como no lo había sido nunca en mi vida.

Diga usted a Garth cuánto me gusta su última canción. ¡Cuántas veces la canto para mí sola, mientras paseo al sol junto al mar y la brisa hace ondear las campánulas a mis pies!

«En los campos de Dios brota perenne,
bella y azul, la flor de la esperanza.»

Me parece que lo canto con afinación, pero ya sé que no tengo muy buen oído.

¿Y cómo sigue su pequeño Alfredo? ¿Tiene todavía aquellos ojos tan hermosos, tan radiantes? Muchas veces me sonrío al recordar lo que usted me contaba de su estancia en Overdene y de cómo la pícara de la duquesa le excitaba a rebelarse contra su *nurse*. Al regresar de América habrán venido ustedes con las manos llenas para el pequeñín. ¡Ay, Juana, cuán distinta hubiera sido mi vida si hubiese tenido un hijito! Pero

«no caben el dolor ni la tristeza
donde palpita el divinal amor.»

Diga usted a Garth que me ha gustado mucho; pero que preferiría que escribiese un acompañamiento más sencillo. ¡Este es superior a mis fuerzas!

Afectuosamente la saluda su agradecida amiga

Myra Ingleby

Carta de la honorable señora Dalmain a lady Ingleby

Castillo de Gleneesh, N. B.

Mi querida Myra: No; no tengo ningún inconveniente en hacer el papel de *pudding* de arroz o de cualquiera otra cosa buena y saludable que me permita estar de acuerdo con usted y satisfacer la necesidad del momento.

Estoy muy contenta de tener tan buenas noticias tuyas. Ello prueba que Deryck acertó en su diagnóstico y en sus prescripciones. Cumpla usted estas últimas fielmente, en todos sus detalles.

Me ha interesado mucho la descripción que me hace de sus compañeros de hospedaje en la Posada del Moro. No tema usted: he comprendido bien su carta; no le atribuiré un necio sentimentalismo ni una agitación semejante a la de Susie. Jim Airth aparece ante usted como una cosa abstracta, una virilidad inflexible, firme y segura; muy atractiva, después de esa soledad y de ese navegar sin rumbo de estos últimos meses.

Pero conviene que recuerde usted que, en lo que respecta a los hombres y a las mujeres de carne y hueso, lo que parece inofensivamente abstracto puede rápidamente convertirse en peligrosamente personal, y puede quedar seriamente comprometida su futura felicidad antes de que se dé usted cuenta del peligro. Confieso que no puedo comprender por qué huye de usted Jim Airth. Me lo imagino como uno de esos compañeros que son amables y agradables con todas las mujeres y apasionadamente leales para con una. Quizá usted, con su dulce belleza — y éste es un hecho cierto, querida mía, a pesar de la observación que hizo en el Parque el amigo de la señorita Amelia—, le recuerde alguna página largo tiempo olvidada de su pasada historia, y retrocede ante el temor de reavivar sus recuerdos. Sin duda, la señorita Susana le recuerda a alguna tía suya, alguna vieja solterona muy remilgada y circunspecta, y encuentra por eso manera de responder a sus zalamerías.

Lo que dice usted respecto del conocimiento que los norteamericanos tienen de nuestros grandes autores me recuerda a una compañera de pasaje a bordo del *Baltic* en nuestro viaje al extranjero, una mujer encantadora, de Hartford, en Connecticut, que se sentaba a nuestro lado en el comedor. Había pasado cinco meses en Europa, viajando sin cesar, yendo, al fin, a Londres — la primera visita que hacía a nuestra capi-

tal — con la idea de que no gozaría gran cosa con la visita por hallarse demasiado fatigada; pero se encontró con una ciudad tan deliciosa y tan rebotante de interés, que olvidó toda fatiga. Cada calle — decía — nos es familiar. No las habíamos visto nunca hasta ahora, y sin embargo, nos son tan conocidas como las calles de nuestra ciudad natal. Es el Londres de Dickens y de Thackeray. Lo conocemos bien, y reconocemos las calles cuando vamos por ellas. Todos los lugares nos son familiares. *Los conocemos desde siempre.* Me ha complacido este tributo rendido a nuestra literatura inglesa. Pero, mi querida Myra, ¿cuántas calles de nuestro viejo Londres nos son familiares a nosotras?

Garth desea que envíe a usted en seguida una selección de las obras que él prefiere entre todas las de Dickens. Así, pues, recibirá usted dentro de poco un voluminoso paquete. Puede leérselas en voz alta a las señoritas de Murgatroyd, mientras hacen media y devanan la lana.

Garth ha venido encantado de nuestra excursión por Norteamérica. ¿Sabe usted por qué fuimos? Desde que perdió la vista, parece que los sonidos han adquirido una nueva significación para él. Tiene una infantil ansiedad por oír todo lo que pueda ser oído en el mundo. La posibilidad de oír alguna cosa nueva le llena de una entusiástica expectación, y allá vamos, a acrecentar sus experiencias de sonoridad. Su corazón palpitaba

de alegría al oír el rugido estruendoso del Niágara, a donde fuimos por la línea «White Star». Pero su goce supremo fué cuando pudo, al fin, acercarse a la catarata de la Herradura, en la orilla norte, perteneciente al Canadá, y apoyó sus manos en la barandilla, en aquel sitio en que la lluvia de espuma por arriba y el agua que se precipita rugiente parece todo una misma cosa. Cuando estábamos allí los dos juntos, un pajarillo, en una rama, comenzó a cantar. Garth desea hacer con todo esto una sinfonía.

¡Cuán exacto es todo lo que usted dice de esa genial aptitud para la amistad que tienen los norteamericanos! Iba pensando en ello durante nuestro viaje de regreso. Me parece que, en general, son mucho más despreocupados que nosotros. Su espíritu parece estar en libertad completa para mostrar interés y para apreciar agudamente las cosas, lo mismo que para afrontar bravamente toda nueva situación. Nuestro saludo británico, tan desprovisto de sentido: «¿Cómo está usted?», esta sempiterna pregunta que ni aguarda ni espera respuesta, sólo puede conducirnos a unas triviales observaciones acerca del tiempo; mientras que el americano «He tenido mucho gusto en haber conocido a usted, señora Dalmain», es como una puerta abierta a través de la cual llegamos en seguida a la más completa amistad. Además, con frecuencia, en el momento de la presentación, el inglés, que es de suyo reservado, se

encierra en sí mismo, preocupado por la impresión que podrá producir; temeroso de ser demasiado expansivo, asustado ante la idea de entregarse a los demás. En cambio, el americano se acerca a saludarnos lleno de interés y de buenos deseos; y así, en esta tierra fácil a la simpatía, llegamos a adquirir más amigos en media hora que en medio año con nuestras rígidas y estiradas costumbres sociales. Quizá no conceda usted mucho valor a mi opinión por considerarme un poco parcial; pero es el caso que a Garth y a mí nos ha ido admirablemente bien con ellos y sólo concedemos valor a lo que dice la gente, cuando dice cosas razonables y en el momento oportuno. Cuando no puede contemplarse un rostro amigo se hacen más necesarias las palabras discretas.

Sí: el pequeño Alfredo tiene los ojos brillantes y luminosos, de un color castaño con reflejos de oro. En muchas otras cosas se parece bastante a su padre.

Garth le envía sus afectos, y le promete un acompañamiento especial para «El canto del mirlo», que pueda tocarse fácilmente con un dedo.

¡Me parece tan extraño dirigir esta carta a la señora O'Mara! Me recuerda esto una ocasión en que abandoné mi personalidad y usé otro nombre de mujer (1). Sólo le deseo que su ensayo pueda ser tan feliz como el

(1) Aquí Juana Dalmain hace referencia a la novela *El Rosario*, que trata de su hermosa y conmovedora historia de amor y de dolor.

mío. Querida mía, siempre hay algo *mejor* en toda vida. A veces sólo puede alcanzarse por una senda pedregosa o por un camino de espinas; mas los que temen el dolor no lo alcanzarán nunca. Los que hemos conseguido ya lo *mejor* de la vida podemos atestiguar que vale la pena de esforzarse. Por todo lo que usted me ha contado, deduzco que lo *mejor* no ha aparecido aún en su camino. Siga usted esperando. Es lo menos que puede hacer.

Efectivamente, debemos evitar que Deryck se entere de que Jim Airth—es un nombre muy lindo, ¿verdad? — estuvo en Targai. Si lo supiera, obligaría a usted a salir de ahí en seguida.

Escríbame la semana próxima, y si fuese necesario, permanezca usted bajo la mirada vigilante de la señorita del prendedor con camafeo. Podrá acaso necesitarla como señora de compañía.

Su fiel amiga

Juana Dalmain

CAPITULO VIII

En la Ensenada de la Herradura

Lady Ingleby, sentada en el cenador de madreselvas, vertía su té desde una pequeña tetera de barro y embadurnaba unas sabrosas rebanadas de pan casero, con la mejor manteca de la granja, cuando el anciano cartero abrió la puertecita del jardín de la posada, llevando una carta para la señora O'Mara.

Por un momento pareció ésta dudar antes de abrir aquel sobre que llevaba escrito un nombre distinto del suyo. Luego, sonriendo de su propia momentánea vacilación, rasgó el sobre y desdobló el pliego con la viva satisfacción del que, estando acostumbrado a recibir diariamente una docena de cartas, ha pasado una semana sin recibir ninguna.

Leyó rápidamente la carta entera de la señora Dalmain; luego se dejó oír su risa argentina, pero en seguida sus mejillas se encendieron de rubor.

Dejó caer la carta y se sirvió miel, verdadera miel de matas olorosas, de un fino color dorado en el panal.

Tomó de nuevo la carta y la leyó cuidadosamente, palabra por palabra.

— ¡Mi buena Juana! — dijo entonces —. Esto está dicho muy lindamente: lo inofensivamente abstracto puede convertirse en «peligrosamente personal». Por su larga amistad con el doctor ha adquirido la habilidad de hacer frases tersas y vigorosas. También yo puedo hacerlas, si me lo propongo; pero las frases de nuestro sir Deryck son las únicas que suenan bien, sin que en el fondo quieran decir nada. Y después de todo, esta de Juana ¿significa algo que merezca la pena? ¿Podría convertirse en *peligrosamente personal* una abstracción de seis pies y medio de estatura, que despacha su desayuno sin enterarse para nada de mi presencia, que responde a mi tímido «buenos días» con una cortesía superficial y que indudablemente se olvida de mí mientras aventuro alguna observación acerca del tiempo?

Lady Ingleby sonrió de nuevo, volvió a colocar el pliego en el sobre y comenzó a cortar una rebanada de un pastel de pasas hecho en casa. Cuando lo concluyó, acompañado de una última taza de te, se divertía pensando en la diferencia que había entre aquella substanciosa merienda tomada al aire en el cenador de madreselvas del jardín de la vieja posada y los aristocráticos tes, en los concurridos salones de la ciudad, donde la gente corre presurosa, toma un bollito, un delgado emparedado, un sorbo de te tibio — que hace ya tiempo que fué hervido y deja un duradero sabor

a tanino—, escucha o refiere unos cuantos hechos más o menos perjudiciales para nuestros amigos y corre luego apresuradamente a otra parte para tomar más *sandwichs* de pepinillos, más te frío — que aun hace más tiempo que fué hervido — y más chismografía.

— ¿Por qué haremos esto? — se preguntó lady Ingleby. Y luego, tomando su sombrilla escarlata, cruzó el césped y se detuvo a la puerta del jardín, bajo la luz del atardecer, sin saber qué dirección tomar.

Generalmente solía dirigirse hacia la cima de los acantilados, donde las alondras, brotando del menudo césped o desde los grupos ondeantes de campanillas, se elevaban cantando hasta el cielo. Le gustaba dominar el mar desde aquella altura, oyendo el lejano rumor de las rompientes que chocaban allá abajo contra las rocas. Pero hoy parecía atraerla el estrecho camino escarpado que, a través del pueblecito de pescadores, se dirigía hacia la ensenada. La marea había bajado; y las arenas de la playa tenían un reflejo dorado.

Además, desde su asiento, en el cenador, había visto a Jim Airth que se dirigía hacia el borde del acantilado; su silueta se destacaba sobre el claro azul del cielo. Y una de las frases de la carta que acababa de recibir contribuyó a que encaminase sus pasos hacia la playa.

Aquellas buenas gentes de Cornish, sentadas al sol en las puertas de sus casas, saludaban sonrientes a la

hermosa dama vestida de sarga blanca, que atravesaba, grácil y airosa, las calles de la aldea, protegiéndose con su sombrilla escarlata. Una de las prescripciones del doctor había sido que se despojase de sus lutos de viuda; a Myra le pareció perfectamente natural presentarse el primer día, en Cornish, a la hora del desayuno, con un vestido de sarga color crema.

Al llegar a la playa siguió la senda que ordinariamente tomaba para subir a los acantilados y caminó rápidamente sobre la firme y suave arena, deteniéndose, a veces, para recoger alguna piedra caprichosamente formada, o para examinar alguna brillante anémona de mar o alguna medusa que la marea había dejado sobre la arena y a la que el sol arrancaba vivos reflejos.

Pronto llegó a un sitio en que el acantilado avanzaba sobre el mar, y trepando sobre las resbaladizas rocas, cubiertas de pequeños charcos brillantes en los que se mecían las rojas algas marinas, se deslizaban de lado rápidamente los cangrejos, cuando su sombra pasaba, y se lanzaban como saetas los camarones para enterrarse aáceleradamente en la arena, Myra llegó a una ensenada encantadora. La línea del acantilado, de menos de media milla de larga, describía una herradura. La pequeña bahía que quedaba dentro de esta curva era un rincón de una belleza fantástica; la arena, de un tono suavemente blanquecino, estaba engalanada

con un largo festón de rojas algas marinas. El acantilado, elevándose verticalmente, daba una grata sombra a la playa; pero el sol, por encima de él, aun centelleaba sobre el ancho mar.

Myra se dirigió hacia el centro de la herradura, y tomando uno de esos trozos de madera que el mar arroja a las playas, excavó una cómoda oquedad en la arena a una docena de metros de la base del acantilado; clavó cerca de sí la sombrilla para que la resguardase contra posibles miradas curiosas de cualquier persona que pasase por arriba, y acomodándose en aquella blanda oquedad, se tendió hacia atrás, contemplando, con los párpados medio cerrados, las nubes fugaces, el cielo azul, el mar eternamente inquieto. Unas pequeñas nubes blancas se teñían de rojo. Un tono de ópalo brillaba en las aguas. El movimiento de las ondas parecía demasiado lejano para interrumpir aquel silencio reposado.

Los párpados de lady Ingleby se iban cerrando lentamente.

— Sí, mi querida Juana — murmuraba, mientras contemplaba con mirada ensoñadora una nívea vela que desapareció en seguida al remontar el cabo —, indudablemente es una... una frase bien dicha; pero está muy lejos de... de... ser exacta. El inofensivamente abstracto no es fácil que necesite... un... un... camafeo...

El largo paseo, la brisa marina, el lejano arrullo del mar; todo ello combinado, había realizado su confortante trabajo.

Lady Ingleby dormía pacíficamente en la Ensenada de la Herradura; y entretanto comenzaba a subir la marea.

CAPITULO IX

El socorro de Jim Airth

Una hora más tarde, un hombre se dirigía por la senda que conduce a la cresta del acantilado, silbando como un mirlo.

El sol comenzaba a ponerse, y a medida que declinaba, el cielo se teñía de oro y de púrpura y un matiz opalino se extendía sobre las olas.

A la hora del ocaso el viento se había levantado, y las rompientes comenzaban a batir contra la costa. De pronto, su mirada sorprendió algo interesante, allá abajo, en la playa.

— ¡Por Júpiter! — dijo —. ¡Una sombrilla escarlata sobre la arena!

Siguió caminando, hasta que sus rápidas zancadas le llevaron al centro del acantilado que estaba sobre la Ensenada de la Herradura.

Luego exclamó:

— ¡Dios mío! — y permaneció inmóvil.

Había visto la blanca falda de lady Ingleby descansando sobre la arena; debajo de la sombrilla escarlata,

— ¡Dios mío! — repitió Jim Airth.

Después escudriñó el horizonte. Ni un bote a la vista.

Con rápida mirada recorrió a lo largo del acantilado el camino que había traído. No se veía un ser viviente.

Miró hacia el pueblecito de pescadores. Tenues columnas ascendentes de humo indicaban el lugar del pueblo.

— Dos millas largas — murmuró Jim Airth —. Tardaría tres cuartos de hora, por lo menos, en ir y venir con un bote.

Entonces miró hacia el fondo de la ensenada.

— Cortado el camino por los dos lados. Dentro de diez minutos el agua llegará a sus pies; dentro de veinte, batirá contra la base del acantilado.

Exactamente debajo de donde él estaba, a menos de la mitad de la altura del acantilado, había un reborde o excavación de unos seis pies de largo por cuatro de ancho.

Inclinándose sobre la arista del acantilado, asiéndose a las matas, a los pequeños arbustos, a las quiebras y resaltes de las peñas, resquebrajando las areniscas; consiguió alcanzar aquella estrecha excavación, recorriendo los últimos tres metros que le faltaban para descansar en ella, gracias a un esfuerzo casi sobrehumano de equilibrio.

Se detuvo un momento; cuidadosamente examinó

sus dimensiones; después, asomándose un poco, miró hacia abajo. Faltaban sesenta pies, en un declive escarpado en el que no había nada para apoyar los pies o a donde asirse con la mano.

Jim Airth se abotonó la cazadora y se apretó el cinturón. Luego, tumbándose en el suelo, con los pies hacia la playa, se deslizó sobre la espalda, doblando las rodillas en el preciso momento en que sus pies chocaban pesadamente contra la arena.

El choque le dejó aturdido durante un segundo. En seguida se levantó y miró a su alrededor.

Estaba a unos metros de la sombrilla escarlata, sobre la estrecha faja de arena que aun no había cubierto la marea que rápidamente subía.

CAPITULO X

“¡Ea, vamos adelante!”

— ...un camafeo... y una señora de compañía—murmuró lady Ingleby, y de repente sus ojos se abrieron.

El cielo y el mar estaban todavía allí, pero entre ambos, bastante más cerca que el mar o el cielo, estaba Jim Airth, mirándola con un brillo intenso en sus ojos azules.

— ¡Cómo! ¡Me he quedado dormida! — dijo lady Ingleby.

— Sí — dijo Jim Airth —, y entretanto el sol se ha puesto y... ha empezado a subir la marea. Permítame que la ayude a levantarse.

Tomó entre las suyas la mano de lady Ingleby y ayudó a la joven a ponerse en pie. Una vez levantada, quedó a su lado contemplando con ojos de asombro el mar que iba invadiendo la playa, la olas impetuosas, la estrecha faja de arena.

— Parece muy alta la marea — dijo lady Ingleby.

— Muy alta — confirmó Jim Airth.

Permanecía junto a ella, pero sus ojos exploraban

aún ansiosamente el horizonte. Si por acaso apareciese alguna barca, todavía sería tiempo de llamarla.

— Parece que estamos aislados—dijo lady Ingleby.

— *Estamos* aislados — replicó lacónicamente Jim Airth.

— Entonces... supongo que usted tendrá alguna barca — dijo lady Ingleby.

— Es una buena idea — replicó secamente Jim Airth — si fuera posible encontrarla. Pero, desgraciadamente, estamos a dos millas de la aldea, y en este tiempo no navegan las barcas, y si navegan no siguen este rumbo. Cuando la vi a usted desde lo alto del acantilado calculé las probabilidades que habría, si iba en busca de una barca, de regresar aquí a tiempo. Pero antes de que hubiese podido volver con un bote hubiera estado usted... *muy mojada* — concluyó, bastante lamentablemente; Jim Airth.

Contempló, después, aquel bello rostro que apenas le llegaba al hombro. Ella estaba pálida y seria, pero no mostraba signo alguno de temor.

Lanzó una mirada al saliente del acantilado. Veinte pies más arriba de su pétrea base se estrellaban las rompientes, mas a aquella altura debían estar seguros.

— ¿Sabe usted nadar? — preguntó Jim Airth ansiosamente.

Los serenos ojos grises de Myra le miraron con fijeza. Una chispa de alegría apuntó en ellos.

— Si pone usted la mano bajo mi barbilla y cuenta ¡uno... dos! ¡uno... dos! muy fuerte y de prisa, podré nadar casi diez metros — dijo.

Jim Airth sonrió. Sus ojos la miraron como si ambos fuesen antiguos amigos. «¡Por Júpiter, es^t usted muy animosa!», parecía decir su mirada. Pero, en realidad, dijo:

— Entonces, no podemos nadar.

— Yo no — instó Myra —, pero usted, si no tiene que ayudarme, sí. No podríamos salir nunca de este remolino. Esto quiere decir, sencillamente, que nos ahogaríamos los dos. Pero usted solo saldrá fácilmente. ¡Oh, vaya de prisa, vaya en seguida! Y... no mire usted hacia atrás. Yo haré lo que pueda. Me sentaré bajo el acantilado y esperaré. He sido siempre muy amiga del mar.

Jim Airth la miró de nuevo; ahora su mirada era de admiración.

— ¡Bravo! — dijo —. ¡Una madre de soldados! Mujeres así son las que hacen de nosotros una raza de luchadores.

Myra puso una mano sobre el brazo de Jim.

— Amigo mío — dijo —, no he tenido la dicha de ser madre. Pero soy hija de un soldado y viuda de otro soldado, y... no me amedrenta la muerte. Yo se lo ruego: un apretón de manos... y váyase.

Jim Airth tomó la mano que le tendían y la retuvo firmemente entre las suyas.

— Usted no morirá — dijo entre dientes —. ¿Cree usted que yo podría dejar a una mujer sola, frente a la muerte? Y usted... ¡usted sobre todas las mujeres! Por Dios — repitió tenazmente —, usted no morirá. ¿Creyó usted que podría irme, que la dejaría...? — y se interrumpió precipitadamente.

Myra sonrió. Sus manos eran muy fuertes, y su corazón sintió un extraño sosiego. ¿No había dicho él «usted sobre todas las mujeres»? Pero aun en aquellos, que parecían sus últimos momentos, tenía Myra el certero instinto de la discreción.

— Estoy segura de que no hubiera abandonado a ninguna mujer frente al peligro — dijo —, y algunas, ¡ay!, quizá se hubieran salvado más fácilmente que yo. Susie, tan pequeña y regordeta, hubiera flotado fácilmente. — Jim Airth lanzó una gran carcajada. — Y la señorita Murgatroyd se hubiera embarcado en su camafeo — dijo.

Entonces, como si aquella risa hubiera roto el hechizo que le tenía inactivo, conduciéndola hacia la base del acantilado, exclamó:

— Vamos; no tenemos un momento que perder. ¡Mire! ¿Ve usted el camino por donde he bajado? ¿Ve usted aquella larga huella en la arena? Me he deslizado sobre la espalda. Bonito precipicio, y sin nada a donde agarrarse, ya lo sé; pero, después de todo, no está muy alto. Y allá, ¡en el punto desde donde he

comenzado a deslizarme, hay, felizmente, una oquedad de cuatro pies por seis.

Sacó una enorme navaja, abrió la más grande de las hojas y comenzó a tallar en la superficie del acantilado unos agujeros para poder escalarlo.

— Tenemos que trepar — dijo Jim Airth.

— Yo no he trepado nunca — murmuró la voz de Myra desde detrás de él.

— Tiene usted que trepar hoy — dijo Jim Airth.

— Yo no he trepado nunca, ni aun a los árboles — insistió Myra.

— Pues tiene usted que trepar por un acantilado esta noche. Es nuestra única esperanza de salvación.

Y siguió excavando rápidamente.

De pronto se detuvo.

— Veamos la mayor altura que puede usted alcanzar — dijo —. La mía no serviría. Ponga la mano izquierda aquí; así. Ahora levante la derecha; todo lo que pueda, sin violentarse... ¡Ah! Unos tres pies y pico. Ahora el pie izquierdo en el suelo; levante el derecho todo lo que pueda, con comodidad. Dos pies, nueve pulgadas. ¡Bien! Todo consistirá en labrar un escalón más o menos. Ahora escúcheme, mientras voy trabajando. Es providencial para nosotros el haber encontrado esta capa de arena blanda. Si hubiera sido mármol o serpentina no hubiéramos podido hacer nada. Debe usted elegir entre estos dos planes. Puedo escarbar

un agujero más grande que los otros, casi una pequeña cueva, fuera del alcance de las olas, y dejar a usted allí, mientras siga subiendo hasta acabar la escalera. Después volvería a recoger a usted. Treparía usted de frente y yo le ayudaría desde abajo. Se sentiría usted más segura. O... puede usted seguirme como ahora, escalón tras escalón, según los voy escarbando.

— No me gustaría esperar yo sola en un agujero — dijo Myra —. Prefiero seguirle escalón tras escalón.

— Bien — dijo Jim Airth —; esto nos ahorrará tiempo. Me parece que tendrá usted que desprenderse de los zapatos y de las medias. Para trepar por aquí hay que hacerlo con los pies desnudos. Necesitaremos hincarlos en la arena y que los dedos de los pies se claven en ella, como los de las manos.

Se despojó del calzado. Luego soltó el cinturón de su cazadora de Norfolk y lo ató fuertemente alrededor de su tobillo izquierdo, de manera que la otra punta quedaba colgando a medida que subía.

— ¿Ve usted esto? — dijo —. Cuando se coloque usted en los escalones que están debajo de mí, la punta estará suspendida a la altura de su mano. Si se resbala y siente que necesita agarrarse a algo, cójase de ahí. Si le es posible, gríteme primero, y me pegaré a la roca como una lapa y procuraré resistir el tirón. Pero no se coja usted más que cuando realmente sea preciso.

Recogió el calzado de Myra y lo colocó en sus grandes bolsillos.

En aquel momento una ola que avanzó más que las otras envolvió sus pies desnudos.

—¡Oh, Jim Airth— exclamó Myra —, vaya usted solo! Yo no tengo la cabeza muy segura. No puedo trepar.

Jim puso sus manos sobre los hombros de Myra y clavó sus ojos en los ojos de ella.

— Usted *puede* trepar —dijo—. Usted *debe* trepar. Usted *trepará*. Treparemos los dos... o nos ahogaremos. Recuerde usted esto: si usted cae, yo caeré también. No podrá usted salvarme a mí, pereciendo usted.

Myra le miró a los ojos desesperadamente. Le pareció que aquellos ojos incendiaban los suyos bajo la curva de las cejas. Sintió el tremendo poder de aquella voluntad, pero la suya quiso aún reñir la última batalla.

— No hay nada en la vida que me retenga en ella, Jim Airth — dijo —. Estoy sola en el mundo.

— También yo — exclamó él —. Y durante algunos años he estado peor que solo. Pero la vida es para vivirla. ¿Va usted a arrojar el más alto de todos los dones? ¡Yo necesito vivir, Dios mío! Yo *debo* vivir, y usted también. Viviremos o moriremos juntos.

Dejó sus hombros y la tomó de las muñecas. Después soltó sus manos temblorosas y la estrechó contra

su pecho. Permanecieron así un momento, en un silencio absoluto. Myra, entonces, se sintió completamente dominada. Perdió todo temor; pero aquella tranquilidad que ahora sentía venía del valor de él, no del de ella, y Myra lo sabía. Levantó la cabeza y en sus pálidos labios floreció una sonrisa.

— No caeré — dijo.

Otra ola bañó sus pies y ya no retrocedió.

— Bien — dijo Jim Airth soltando sus manos —. Nos deberemos la vida el uno al otro. La próxima vez que vuelva a contemplar su rostro, quiera el Señor que estemos ya en seguridad. ¡Vamos!

Subió por la superficie del acantilado, hasta el más alto de los escalones que había escarbado.

— Ahora, sígame con cuidado — dijo —: despacio y con cuidado. No estamos en condiciones de precipitarnos. Que las manos y los pies se apoyen siempre con firmeza en los escalones. ¿Está usted ya? ¡Bien!... Ahora no mire usted ni arriba ni abajo: los ojos siempre fijos en mis talones. En cuanto yo me mueva, colóquese en el escalón vacío. ¿Ve usted?... Ahora, pues... ¿Se las arregla usted bien?... ¡Buene! Vamos subiendo. ¡Después de todo, no es mucho lo que hay que subir! ¡Estaría gracioso que se asomasen las señoritas Murgatroyd por encima del acantilado! A Amelia le parecería de mal gusto el que estuviésemos descalzos. Elisa gritaría: «¡Oh cariño mío!» Y Susie caería en seguida sobre nos-

otros... ¡Eh! ¡Sosténgase firme! No se ría usted demasiado... ¡Buena navaja! La compré en Méjico. Y si se estropea la hoja grande, aun quedan otras dos, y una sierrcita, y un sacacorchos. Cuide usted de que la arena no le caiga en los ojos.

...Dígame si son bastante profundos los escalones y recuerde que no tenemos ninguna prisa; que no vamos a tomar un tren... ¡Firme! ¡No se ría usted...! ¡Vamos subiendo! ¡Oh, muy bien! Ya hemos recorrido un tercio del camino! No mire hacia abajo ni hacia arriba. Contemple mis talones —bien quisiera yo que fuesen más dignos de ser contemplados—, y recuerde que el cinturón está siempre al alcance de su mano, y que yo estoy aquí, firme como una roca. Usted y todas las señoritas Murgatroyd juntas pueden colgarse de él. ¡Apóyese firme!

...Muy bien; creo que no necesito recordarle... A propósito: el agua ha debido de alcanzar bastante profundidad ahí abajo. Si se cae usted, no será más que un chapuzón; me dejaré deslizar hasta abajo, la cogeré y volveremos a comenzar de nuevo. ¡Dios mío!... ¡Oh, no haga usted caso! Nada. Que se me escapaba la navaja; pero ya la he recogido. Ahora debemos de estar a la mitad. ¡Qué suerte la nuestra al podernos guiar por la señal que ha quedado al descender yo! Desde aquí no puedo ver el saliente. Vamos a cantar *Nancy Lee*. Creo que lo conocerá usted. Con una tonada alegre podré trabajar mejor.

Entonces, mientras volvía a clavar su hoja en el acantilado, resonó la voz jovial de Jim Airth:

— *Entre todas las mujeres que conozco,
¡ea, muchachos, ea!,
no hay ninguna como Nancy Lee.
¡Ea, muchachos, ea!
Mírala donde queda, ¡ea!*

¡Un contratiempo! ¡He encontrado roca! Pero no es grande. Acuérdesse de que este escalón estará un poco más a la derecha.

*Y agita su pañuelo
desde el muelle, ¡ea!
Todos los días, cuando salgo,
me viene a despedir,
y reza en voz muy baja
si sopla la tormenta.*

¡Oh, estas malditas piedras! ¡Ya se me ha estropeado la hoja grande!

*Su Jack está embarcado.
¡Ea, muchachos, ea!*

Ahora el coro.

*La esposa del marino
será siempre su estrella.*

¡Vamos! ¡Cante usted también!

— ¡Eh, vamos avante,
cruzando el ancho mar!

—decía, desde abajo, lady Ingleby, con su trémula voz desfallecida.

— ¡Esto va bien! — exclamó Jim Airth —. ¡Siga usted firme! Ahora veo ya la cuevecita encima de nosotros.

¡Ea, muchachos, ea!
Contentos y felices, vamos, vamos a proa.
¡Ea, muchachos, ea!
Pidamos larga vida para mi dulce esposa,
¡oh fieles compañeros!

¡Manténgase firme! Ya llego con la mano al saliente.

*De Davy Jones libranos,
cruzando el ancho mar.*

*—De Davy Jones libranos,
cruzando el ancho mar*

—repetía con voz temblorosa lady Ingleby, haciendo un último esfuerzo para colocarse en los escalones vacíos, aunque se veía con las manos y los pies tan entumecidos que no se daba cuenta cuando se asía a la arena.

Entonces el cuerpo de Jim Airth desapareció rápidamente al colocarse dentro del pequeño nicho.

—¡Ea, vamos *avante*!

— cantaba desde arriba con su voz alegre.

—¡Ea! ¡Ea!

—repetía lady Ingleby, con una voz que era como un tímido murmullo.

Ella no podía encaramarse hasta la oquedad. Sólo podía permanecer donde estaba, colgando adherida a la superficie del acantilado.

Pensó entonces en una mosca parada sobre una pared, y se acordó de una ocasión, cuando era niña, en que iba siguiendo con el dedo, vivamente interesada, el movimiento ascendente de la mosca. Llegó entonces la niñera, y dijo: «¡Eso es una cosa sucia!», y la sacudió cruelmente con el plumero que llevaba en la mano. La mosca cayó muerta sobre la alfombra... Lady Ingleby pensó que también ella iba a caer. Lanzó una mirada angustiosa hacia arriba, hacia la cima del acantilado y hacia el cielo. Le pareció que todo oscilaba y se tambaleaba. «Una madre de soldados —pensó con firmeza— debe caer sin una queja.» Luego... un largo brazo salió rápidamente desde arriba y una mano robusta la cogió enérgicamente.

— Un paso más — decía la voz de Jim Airth, cerca de su cabeza — y podré sostenerla.

Hizo un esfuerzo y Jim la atrajo a su lado en el saliente.

— Muchas gracias — dijo lady Ingleby —. ¿Y quién era Davy Jones?

El rostro de Jim Airth estaba surcado de sudor; tenía la boca llena de arena; su corazón palpitaba con extraordinaria violencia. Pero le gustaba seguir la broma y ver que los demás la seguían. Rióse y rodeó fuertemente con su brazo a Myra, de manera que ella no se dió cuenta de su temblor.

— Davy Jones — dijo — es un caballero que tiene un cajón en el fondo del mar, al que van a parar todas las cosas que se hunden. Temo que su linda sombrilla y mi calzado estén allá. Pero no vale la pena de que se los disputemos... ¡Oh, escuche usted cómo ruge!... Sí; tiene una gran voz. Pero ahora no hace caso de nosotros. ¿No cree usted que debiéramos recordar alguna oración?... Porque si alguna vez dos personas han afrontado juntas la muerte, no estuvieron tan cerca de ella como nosotros. Y gracias a Dios, estamos aquí... vivos.

CAPITULO XI

Entre el mar y el cielo

Myra no olvidó nunca aquella plegaria de Jim Airth. Comprendió intuitivamente que era la primera vez que su alma expresaba su agradecimiento o sus anhelos en presencia de otro. Y se dió cuenta también de que, por primera vez en su vida, la plegaria se había convertido, para ella, en una realidad. Cuando se vió acurrucada en el saliente junto a él, estremecida con un temblor tan irreprimible que, si su brazo no la sostuviera, perdería el equilibrio y se caería; cuando oyó a aquella alma robusta expresar en un lenguaje simple y sin fórmulas vanas su gratitud porque sus vidas se habían salvado, junto con el anhelante deseo de poder permanecer alejados del peligro durante la noche y quedar completamente libres cuando viniese el día, le pareció a Myra que los cielos se abrían, y en su extraño aislamiento le pareció que el sentimiento de la presencia de Dios envolvía su alma.

Se sentía henchida de una inmensa paz. Cuando aquellas frases inconexas y vacilantes concluyeron,

Myra había dejado de temblar; y cuando Jim Airth, interrumpiéndose de pronto, sin saber cómo terminar su plegaria, comenzó: «Padre nuestro, que estás en los cielos...», la dulce voz de Myra se unió a la suya en una ansiosa y ferviente imploración.

Al llegar a las palabras finales, Jim Airth retiró su brazo, y un silencio lleno de timidez se interpuso entre ambos. La emoción del espíritu había despertado cierta torpeza y desmaña del cuerpo. En aquel «Padre nuestro» sus almas habían ido más allá de donde sus cuerpos podían llegar.

Lady Ingleby salvó la situación. Se volvió a Jim Airth con aquella impulsiva dulzura a la que nadie sabía resistir. La última luz del crepúsculo permitía apenas entrever sus ávidos ojos grises y el pálido óvalo del rostro.

— Mire usted — dijo —. Realmente yo no podría pasar toda la noche sentada en un saliente que tiene el tamaño de un sofá de Chesterfield, con una persona a la que tengo que llamar «señor». Yo sólo podría estar sentada aquí con un viejo amigo íntimo, el cual me llamaría, naturalmente, «Myra» y a quien yo, a mi vez, llamaría «Jim». Si yo no he de poder llamar a usted Jim, volveré a bajar esos escalones y me iré nadando a casa. Y si se dirige usted a mí, llamándome «señora O'Mara», me volveré histérica y me lanzaré allá abajo.

— Tiene usted razón — dijo Jim Airth —. Abo-

rezco los títulos de toda clase. Desciendo de una antigua familia de cuáqueros y siempre me ha parecido lo mejor un nombre liso y llano, sin aditamentos. ¿Y no cree usted que nosotros somos dos amigos antiguos y de confianza? ¿No vale por un año cada uno de los minutos que hemos pasado en la superficie del acantilado? ¡Pues y el segundo que ha transcurrido desde que la navaja se me escapó de la mano derecha hasta que la atrapé de nuevo contra mi rodilla con la izquierda... bien valdrá por diez años! ¡Ah, imagine usted si llegamos a perderla! No, no lo piense usted. Estábamos escasamente a mitad de camino. Ahora debe usted buscar la manera de ponerse los zapatos y las medias — dijo sacándolos de su bolsillo —. Después tendremos que ingeniarnos para colocarnos de la manera más cómoda y segura. Durante las próximas siete horas, sólo tendremos que luchar contra un enemigo: el entumecimiento. Debe usted decírmelo inmediatamente en cuanto sienta su amenaza por alguna parte. En mis buenos tiempos hice alguna vez vida de campo y conozco un recurso o dos para el caso. Y también sé lo que es permanecer en una misma posición durante horas y horas, sin atreverse a mover un músculo, mientras las angustias del entumecimiento cubren el rostro de un sudor frío. Tenemos que guardarnos de esto.

— Jim — dijo Myra —, ¿cuánto tiempo estaremos sentados aquí?

Hizo un rápido movimiento, como si el oír que los labios de ella pronunciaban por vez primera su nombre tuviese para él una importancia grande; en su voz había un gozo intenso cuando respondió:

— Sería imposible trepar desde aquí hasta la cima del acantilado. Al descender, encontré una escarpadura casi vertical de unos diez pies. Puede usted ver el acantilado que sobresale ligeramente por encima de nosotros. En cuanto a la marea, dentro de tres horas podríamos descender; pero no hay luna y, por tanto, estará muy oscuro. Necesitamos luz para nuestro descenso, si ha de llegar usted a la playa sin tropiezos. Empezará a amanecer poco después de las tres. Mañana sale el sol a las tres y cuarenta y cuatro minutos, pero hará luz bastante mucho antes. Creo que podremos llegar a la «Posada del Moro» a las cuatro. Espero que la señorita Murgatroyd no estará detrás de los cristales mirándonos cuando vayamos caminando por el sendero.

— ¿Qué estarán pensando todas ellas ahora? — preguntó lady Ingleby.

— No lo sé ni me preocupa — dijo Jim Airth jovialmente —. Usted está viva, yo estoy vivo, y hemos hecho los dos una ascensión memorable. Lo demás no importa.

— No; seriamente, Jim: ¿qué cree usted que pensarán?

— Pues bien: seriamente, es difícil que me equivoque;

yo suelo cenar en cualquiera parte y me retiro bastante tarde, o me quedo a dormir en otro sitio. ¿Y en cuanto a usted?

— Da la casualidad — dijo Myra — de que antes de venir he cerrado la puerta de mi dormitorio. Tengo la llave aquí. He dejado algunos papeles tirados por allá — no soy una persona muy ordenada —. La otra vez que dejé cerrada mi puerta dejé de cenar también, y me fuí al lecho al regresar de mi paseo de la tarde.. Ya saben que estoy haciendo aquí una «cura de reposo». La doncella intentó abrir la puerta, se marchó y no volvió hasta la mañana siguiente. Probablemente habrá hecho lo mismo esta noche.

— Entonces, supongo que no enviarán gente a buscarnos — dijo Jim Airth.

— No. Estamos solos aquí abajo. Nadie se interesa por nosotros más que nosotros mismos — dijo Myra.

— Y cada uno de nosotros, por el otro — dijo Jim Airth lentamente.

El corazón de Myra se detuvo.

Aquellas ocho palabras, dichas con tanta sencillez, con voz profunda y tierna, tenían para ella mayor valor que el que habían tenido hasta entonces cualesquiera otras palabras. Significaban tanto, que produjeron por sí mismas un silencio que era como un maravilloso templo sagrado en el que resonaban de nuevo una y otra vez. Sentados los dos en el saliente, parecían escuchar.

Aquel canto de mutua posesión tan acordadamente entonado era una cosa demasiado bella para ser interrumpida con palabras.

Ni aun lady Ingleby, acostumbrada a encontrar siempre la expresión discreta, se atrevía a despojar a aquella situación inesperada de su profunda dulzura. El corazón de Myra estaba excitado, y cuando el corazón se agita se olvida a veces la razón de ser discreta.

— ¿No recuerda usted — dijo él en voz muy baja — lo que le dije antes de que comenzásemos a ascender? ¿No le dije a usted que si lográbamos alcanzar este saliente sin peligro nos deberíamos la vida el uno al otro? Pues bien: hemos subido... y nos debemos la vida.

— ¡Ah, no! — exclamó Myra impetuosamente —. ¡No, Jim Airth! Usted..., alegre, tranquilo, libre..., iba paseando por la cima de estos acantilados. Yo, en mi insensata locura, dormía allá abajo sobre la arena, mientras la marea, a mi alrededor, iba subiendo. Descendió usted en medio del peligro para salvarme, arriesgando su vida al hacerlo. Yo le debo la vida, Jim Airth; usted no me debe nada.

El se volvió hacia ella y la miró con sonrisa singular.

— No estoy acostumbrado a que corrijan mis afirmaciones — dijo secamente.

Había obscurecido ya tanto que apenas se veían los rostros. Lady Ingleby se rió. Estaba tan poco acos-

tumbrada a aquella clase de observaciones que, de momento, no encontró respuesta adecuada.

— Yo creo que, en realidad, debo la vida a mi sombrilla escarlata — dijo —. Si ella no hubiera atraído su atención, usted no me hubiera visto.

— ¿Que no? — preguntó Jim Airth clavando sus ojos en la pálida belleza de su rostro —. Desde que vi a usted por primera vez la tarde de su llegada, no ha estado ni una sola vez dentro del alcance de mi vista sin que la haya contemplado con todo detalle.

— ¿La tarde de mi llegada? — preguntó lady Ingleby, asombrada.

— Sí — replicó Jim Airth —. El primero de junio, a las siete de la tarde. Estaba yo en la ventana del salón de fumar, hastiado de todo, descontento de mí mismo, disgustado de mi manuscrito, aburrido del pescado frito..., no se ría usted: cosas pequeñas y cosas grandes que juntas ocasionan la depresión de un hombre. Entonces giró la puerta sobre sus goznes, y USTED — con áureas mayúsculas —, trayendo la luz del sol en sus ojos, apareció en el sendero del jardín. Creí que sería usted una mujer formal, de una edad poco menor que la mía; supuse que sería una mujer de mundo, de posición elevada y con conocimiento de los hombres y de las cosas. Y sin embargo, la vi a usted como a un niño encantador que penetra en el país de las hadas; en sus ojos radiantes brillaba la gozosa sorpresa de un día de fiesta

inesperado. Y desde entonces ha sido usted, USTED — con letras de oro —, el horizonte luminoso de mi vida.

Jim Airth se detuvo y permaneció silencioso.

La noche había cerrado ya.

Myra deslizó sus manos entre las de él, que las opri-
mieron sin vacilación.

— Siga usted, Jim — dijo con ternura.

— Salí del vestíbulo y vi su nombre en el registro de viajeros. Aun estaba húmeda la tinta. La letra era como la de un niño en vacaciones... ¡Me gustaría que se pusiese usted a hacer palotes!... El nombre me sorprendió... agradablemente. Me pareció que había estado acertado al imaginar la posición de aquella dama que caminaba por el sendero del jardín. En cierto modo, era una sorpresa y un consuelo el encontrar que mi Princesa de cuento de hadas no era una dama elegante o una belleza conocida en sociedad, sino que tenía un simple nombre irlandés y vivía en un Lodge (1).

— Siga usted, Jim — dijo lady Ingleby un poco trémula.

— Después, el nombre de «Shenstone» me interesó, porque conozco a los Inglebys..., o por lo menos, conocía bastante a lord Ingleby, y he de conocer en breve a lady Ingleby. Precisamente hoy le he escrito una carta

(1) *Lodge*. Pabellón aislado de la residencia señorial; pequeña casita destinada a la servidumbre.

rogándole que me permita visitarla. Necesito verla para un asunto relacionado con ciertas notas que tenía su esposo y que, si ella me autoriza, añadiré a mi libro. Supongo que, si usted vive cerca del Parque de Shens-tone, conocerá a los Ingleby...

— Sí — dijo Myra —. Pero, dígame, Jim. Si... si usted se fijó en tantas cosas aquel primer día; si se había usted interesado; si deseaba que hiciese palotes para perfeccionar este tipo de letra tan extravagante..., ¿por qué no me miraba usted nunca? ¿Por qué era usted tan serio y tan poco amigo mío? ¿Por qué no se portaba conmigo tan amablemente como con Susie, por ejemplo?

Jim Airth permaneció largo rato en silencio, con los ojos muy abiertos clavados en la sombra. Al fin dijo:

— Voy a decírselo a usted, o mejor, *debo* decírselo. Pero... ¿puedo hacer antes unas cuantas preguntas?

Lady Ingleby miraba también hacia las sombras; miraba sin ver. Inclínose un poco más sobre los amplios hombros de él y dijo:

— Pregúnteme lo que quiera. No hay nada en mi vida que yo no pueda confesarle, Jim.

Su mejilla estaba tan cerca de la áspera cazadora de Norfolk, que le bastaba acercarse un poco más para apoyarse en él. Pero no se movió; sólo su mano se estrechó más.

— ¿Se casó usted muy joven?— preguntó Jim Airth.

— Aun no tenía diez y ocho años: hace diez.

— ¿Se casó usted por amor?

Siguió un largo silencio, mientras ambos clavaban fijamente su mirada en las sombras.

Después, Myra respondió, hablando muy despacio:

— Si he de decir la verdad, yo creo que me casé, principalmente, para huir de un hogar poco feliz. Además, yo era muy joven y no sabía nada..., nada del amor y de la vida, y... ¿cómo me explicaré, Jim?... creo que tampoco lo he aprendido durante estos diez largos años.

— ¿Ha sido usted desgraciada? — preguntó él en voz muy baja.

— No precisamente desgraciada. Mi esposo era un hombre excelente; tenía conmigo una amabilidad y una paciencia superiores a todo elogio. Pero a veces me parecía sentir vagamente como si me faltara lo *mejor* de la vida. Y ahora... veo, verdaderamente, que me faltaba.

— ¿Cuánto tiempo han estado ustedes...? ¿Cuánto tiempo hace que murió?

Había tal vibración de ternura en su voz, que la pregunta no podía causar dolor.

— Siete meses — contestó lady Ingleby —. Mi esposo cayó muerto en el asalto a Targai.

— ¡A Targai! — exclamó Jim Airth con un tono que traicionaba su sorpresa. Y luego, dominándose

en seguida: — ¡Ah, sí, claro! Siete meses. Estaba yo allí, como usted sabe.

Pero, en su interior, iba pensando rápidamente y se aclaraban muchas cosas.

¡El sargento O'Mara! ¿Era posible? ¿Una mujer tan exquisita y refinada como ésta, que mostraba en toda su persona los signos inconfundibles de una elevada cuna y una educación perfecta? El sargento era un excelente compañero..., pero, ¡Señor!, ¿su marido? Mas las muchachas de diez y ocho años cometen locuras de las que se arrepienten más tarde. Una huída de un hogar desgraciado, o un rapto seguido de un casamiento; después, abandonada por todas sus relaciones; y ahora, sola y sin amigos. Pero... ¡el sargento O'Mara! Y sin embargo, ningún otro O'Mara murió en Targai; y entre él y lord Ingleby había algún lazo.

Luego, en medio de sus meditaciones, oyó la dulce voz de Myra, muy cerca de él, en la sombra:

— Mi esposo fué siempre bueno conmigo, pero...

Y Jim Airth, poniendo su otra mano sobre la mano de Myra, dijo dulcemente:

— Estoy seguro de que lo era. Pero si hubiera tenido usted más años y hubiese sabido algo más del amor y de la vida, habría obrado usted de otro modo. No intente usted explicarse. Ya lo comprendo.

Y Myra, satisfecha, dejó que las cosas quedasen así. ¡Hubiera sido tan difícil explicarse un poco mejor,

sin destacar claramente la figura de Miguel! Y además, lo importante era que Jim comprendiese... con explicación o sin ella.

— Y ahora... hable usted — indicó ella suavemente.

— ¡Ah, sí! — dijo, acercándola a sí con un esfuerzo—. También a mí me ha faltado lo *mejor*, y como la de usted, mi experiencia ha durado diez largos años. Pero es bastante más dura que la suya. Me casé, siendo un muchacho de veintiún años, con una mujer mayor que yo, pero soberbiamente hermosa. Su belleza me enloqueció. Parecía que nada me importaba sino esto. Yo sabía que no era una mujer buena, pero creí que podría llegar a serlo. Y si no llegaba a serlo, tampoco me importaba. Necesitaba que fuese mía. Después he visto que se ha estado burlando de mí siempre. Además, había otra persona — un hombre mayor que yo — que la ayudaba a burlarse de mí, y que cuando yo me casé no tenía posición para casarse con ella. Dos años después, él llegó a tener dinero. Y entonces ella... me dejó.

Jim Airth se detuvo. Su voz se endureció con el dolor. La noche estaba muy oscura. En la silenciosa negrura se oía el rítmico estruendo de las olas que batían monótonamente contra la base del acantilado.

— Naturalmente, me divorcié, y ella se casó con el otro. Me marché al extranjero y allá he permanecido. Para mí seguía siendo mi esposa. Yo no podía nunca considerarla de otro modo. Ha hecho de mi vida un

infierno: me ha robado todas mis ilusiones; ha arruinado mis ideales; ha amargado mi juventud. Mas yo había dicho ante Dios que la tomaba por esposa hasta que la muerte nos separase, y mientras ambos vivamos ¿quién podría libertarme de este solemne juramento? Me parecía como si, al marcharme a otro hemisferio, hiciera menos pecaminoso su segundo matrimonio. Al principio he sentido a veces la tentación de matarme, como un medio de redimirla de esta culpa. Pero con el tiempo vencí esta idea malsana, y pensé que aunque el Amor es grande, la Vida es el más grande de todos los dones. Abandonar la vida voluntariamente es un pecado imperdonable. El castigo del suicida será la pérdida de la inmortalidad. De todos modos, busqué trabajos en qué ocuparme, en América y en otras partes. Y hace un año... murió. Hubiera regresado inmediatamente a mi país, pero me había alistado para ese embrollo de fronteras que llaman una guerra. Caí enfermo de fiebres después de Targai; volví a casa como inútil para el servicio, y aquí estoy rehaciendo y terminando mi libro. Ahora comprenderá usted por qué la belleza de una mujer me produce una especie de pánico, aunque hay todavía algo en mí que instintivamente se siente inclinado a adorarla. Me he dicho muchas veces que, si alguna vez me aventuro de nuevo a casarme, será con una mujer de rostro vulgar y corazón noble, aunque en todo el tiempo transcurrido

nunca he llegado realmente a desear tener junto a mí un rostro vulgar. Y sin embargo, así como el niño que se ha quemado tiene miedo del fuego, también yo he intentado siempre huir de la belleza. Pero — ¿puedo decirlo, mi Princesa de cuento de hadas? — hace días que empecé a adquirir la certeza de que en usted — USTED, en áureas mayúsculas — iban unidos la belleza y el noble corazón. Mas desde el momento aquel en que, al caer la tarde, vino usted por la senda del jardín hasta introducirse en mi corazón, USTED, siendo lo que es, y estando aquí, representaba tanto para mí, que no me atreví a permitir que representase aún más. Yo no había pensado nunca que pudiese usted ser viuda, y hasta esta tarde, que me ha dicho en la playa: «¡Soy la viuda de un soldado!», no imaginé que fuese libre... ¡Vaya! Ahora ya ha oído usted todo lo que había que oír. Cometí un error al principio, pero espero que no me tomará usted por uno de esos tipos que hay que llamar «señor»: puede usted llamarme «Jim».

Por toda respuesta, la mejilla de Myra se apoyó confiadamente sobre la manga de áspera lana.

— Jim — dijo —; ¡oh Jim!

.....

— ¿De manera que conoce usted a los Ingleby?— observó Jim.

— Sí — dijo Myra.

— El Lodge ¿está cerca del Parque de Shenstone?

— El Logde está en el Parque. Pero no está en una de las puertas... ¡Yo no soy una portera, Jim!... Es una linda casita, que está aislada, en la avenida norte.

— ¿La tiene usted arrendada?

Myra vaciló un segundo.

— No: es mía. Me la dió lord Ingleby.

— ¿*Lord* Ingleby o *lady* Ingleby? — dijo él frunciendo las cejas.

— Ella no podía dármelo porque no era suyo. Todo lo que ella tenía era de lord Ingleby.

— Ya comprendo. ¿A cuál de ellos conoció usted primero?

— Conozco a lady Ingleby desde toda la vida — dijo Myra sin faltar a la verdad — y a lord Ingleby desde que se casó.

— ¡Ah! Entonces ha entrado en amistad con usted a causa de su matrimonio.

Myra se rió.

— Sí — dijo —. Creo que sí.

— ¿Por qué se ríe usted?

— Es que me choca la manera de decirlo, pero es indudablemente cierto.

— ¿Tenían hijos?

La voz de Myra se estremeció ligeramente.

— No, ninguno. ¿Por qué lo pregunta usted?

— Pues porque a veces, en campaña, he compartido

la tienda de lord Ingleby y tenía la costumbre de soñar en voz alta.

— ¿Sí?

— Había un nombre que repetía con frecuencia.

El corazón de lady Ingleby detuvo sus latidos.

— ¿Sí? — dijo respirando con dificultad.

— Era Péter — continuó Jim —. La noche antes de su muerte parece que soñaba con él y decía: «Péter, ¡hola!, mi pequeño Péter, ven aquí!» Creí que tendría algún hijo pequeño que se llamase Péter.

— No tenía hijo ninguno — dijo lady Ingleby, esforzándose en dominar su voz—. «Péter» era un perro al que tenía mucho cariño. ¿Era éste el único nombre que pronunciaba?

— Es el único que he oído — replicó Jim Airth.

Entonces lady Ingleby rodeó con ambas manos su brazo.

— Jim — murmuró interrumpiéndose a veces —. Nunca ha pronunciado usted mi nombre... Quiero que esto que voy a decirle sea como un contrato. Tenemos que ser como unos viejos amigos íntimos. ¡Me parece que le he estado llamando a usted «Jim» toda mi vida! Pero usted no me ha llamado aún «Myra». ¡Déjeme que lo oiga una vez...!

Jim Airth puso su robusta mano sobre las dos de ella.

— No puedo — dijo —. ¡Calle usted, no puedo!

Aquí arriba, no...; significa demasiado para mí. Espere usted a que bajemos a la playa. Entonces... Escúcheme: ¿me ayudará usted?

Lady Ingleby sentía una emoción de una intensidad extraordinaria. Su corazón palpitaba con inusitada violencia. Pero sabía que era necesario, en aquella situación, portarse con prudencia. ¿No poseía ella una habilidad especial para pronunciar siempre la palabra oportuna?

— Jim — dijo —, ¿no tiene usted un hambre horrosa? También yo la tendría si no fuera por el te tan succulento que he tomado antes de venir. ¿Quiere que le cuente lo que he comido a la hora del te? No; temo que si se lo cuento se sienta usted peor. Supongo que en la fonda habrán terminado de comer hace tiempo. ¿De qué nueva manera presentarán el pescado frito? ¿Se acuerda usted de aquella noche en que a la señorita Susana se le atragantó una espina y se vió obligada a salir del comedor? Cuando la vió usted tan consternada y tan alarmada, creí que iría usted a socorrerla... ¿Qué hora es?

— Pronto lo sabremos — dijo Jim alegremente. Hundió su mano en el bolsillo, sacó una caja de cerillas que hacía tiempo que estaba revolviendo con su pipa y su petaca, encendió un fósforo y miró al reloj. Myra vió su enjuto rostro bronceado a la luz irregular del fósforo. Y vió también, a sus pies, el horrible precipicio,

del que casi se había olvidado. Una sensación de vértigo la invadía. Quiso de nuevo cogerse del brazo de su compañero, pero se había separado demasiado.

— Las diez y media — dijo Jim —. La señorita Murgatroyd habrá bebido ya su vaso de agua antes de acostarse. Elisa ha dicho, con un dulce suspiro: «Buenas noches, verano, buenas noches, buenas noches», mirando a través de las abiertas celosías; y Susie, enlazando sus manos regordetas, habrá dicho también: «Voy a acostarme.»

— Y todas ellas estarán esperando a que usted deje caer sus botas — dijo Myra riendo —. Estas suelen ser las «buenas noches» que usted nos da, en medio del silencio de la casa.

— ¿Sí? ¿Hacen mucho ruido? — dijo Jim Airth como apesadumbrado —. Nunca volveré...

— ¡Oh, hágalo usted! — dijo Myra —. Me gusta... Quiero decir que a Susie le gusta este ruido y parece que lo espera. Jim, ese fósforo me ha recordado una cosa: ¿por qué no fuma usted? Seguramente le ayudaría a disimular el hambre; parece que consuela y anima un poco.

En un instante sacó Jim de su bolsillo la petaca y la pipa.

— Seguramente usted no querrá fumar. ¿Le produce a usted náuseas o dolor de cabeza?

— No; creo que me gusta — dijo Myra —; estoy

segura de que me gusta. Es decir, me gusta estar junto a alguien que fume, pero no me gusta fumar.

Se encendió otra cerilla, y de nuevo vió el precipicio debajo del saliente. Aguardó hasta que la pipa comenzó a tirar bien.

— ¡Oh, Jim! — dijo entonces —. ¡Cuánto lo siento, pero creo que empiezo a marearme! Me parece como si me fuera a caer — y lanzó un suspiro.

Jim Airth se volvió instantáneamente para vigilar.

— ¡Qué disparate! — dijo; pero su dura palabra sonó tiernamente —. Una anchura de cuatro pies es tan segura como una anchura de cuarenta. Cambie usted un poco de posición. — Colocó su brazo alrededor del cuerpo de Myra e hizo que su espalda se apoyase completamente contra el acantilado. — Ahora olvídense del borde y escúcheme. Le voy a contar a usted historias fantásticas de la vida de campaña y cuentos del salvaje Oeste.

Mientras ella seguía sentada en la sombra, Jim Airth fumaba y charlaba haciendo animadas descripciones de la vida y costumbres de otras tierras. Myra escuchaba absorta y encantada; cada vez advertía más claramente cómo se revelaba en él, inconscientemente, la varonil fortaleza y la honrada sencillez de su naturaleza, con su humor alegre y su ardor apasionado, con su capacidad para gozar y también para padecer.

Y a medida que escuchaba, iba diciendo así su

corazón: «¡Oh mi *cowboy* cosmopolita! Gracias a Dios, no has encontrado en el registro de viajeros un título que te hubiera alejado de mí. Gracias a Dios, no has encontrado un nombre que tú habrías colocado en otra clase social y que hubiera relegado a su pobre poseedora a la condición de «figura de la buena sociedad», en la que tú no puedes entrar. Y sobre todo, doy gracias a Dios por el prudente consejo del doctor: «Deje usted tras de sí su propia identidad.»

CAPÍTULO XII

Bajo el lucero matutino

La noche se deslizaba lentamente.

Las estrellas brillaban en el azul profundo del cielo, como luminosos ojos vigilantes que contemplasen infatigables la tierra dormida.

El mar modulaba todos los tonos de su eterna canción: el bramido estruendoso y el suave murmullo que se pierde a lo lejos.

Era una cálida y serena noche de junio.

Jim Airth se deslizó hasta el extremo mismo del saliente y se sentó con las piernas colgando sobre el precipicio. Su alegría era tan completa y profunda, que no podía ser dicha con palabras; el silencio era una placentera necesidad. Aquella oquedad en que se guarecían era demasiado pequeña para contener las esperanzas que ponía en lo que el futuro le tenía reservado. Buscó un alivio en el movimiento, y se entretuvo en hacer oscilar sus piernas en la sombra.

No se le ocurrió extrañarse del silencio de su compañera; la razón de su propio silencio le bastaba para explicarse el silencio de Myra.

Al fin encendió un fósforo para ver la hora; luego volvi6se sonriente e ilumin6 el rostro de Myra.

Estaba 6sta arrodillada, con las manos apoyadas contra el saliente del acantilado y la cabeza vuelta hacia atr6s, como dominada por el terror. Su rostro estaba blanco y grandes l6grimas descendían por sus mejillas.

Jim tir6 el f6sforo con una exclamaci6n y se dirigi6 a tientas hacia ella en la obscuridad.

— ¡Amiga mía! — exclam6 —. ¡Amiga mía! ¿Qu6 ocurre? ¡Soy un necio egoísta! Yo creía que estaba usted descansando, tranquila y contenta.

Sus manos encontraron a tientas las de ella.

— ¡Oh Jim! — solloz6 lady Ingleby —. ¡Siento tanto que usted!... Ya sé que debiera ser más valiente. Pero tengo miedo y me siento abatida. Todo el acantilado me parece que se mueve. A cada momento me parece que va a caer sobre mí. Y me parece como si estuviera usted muchas millas alejado de mí.

— Está usted agotada y no es extraño. No tiene que acusarse de ello. Hasta ahora ha sido usted muy valiente. Yo soy quien se ha portado como un asno. No puede ser que siga ahí, desfallecida. Va usted a descansar en seguida. ¿Si me siento en el saliente de espaldas a usted, podr6 tenderse a lo largo y descansar apoyada contra el acantilado?

— No, no, ¡no podría! — murmur6 Myra —. Me

asusté tan horriblemente cuando usted balanceaba sus piernas desde el saliente, que no puedo ni tocar el acantilado. Me parece peor que el vacío y su negrura, que tanto me aterran. Me parece que se bambolea y que me va a aplastar. ¡Oh Jim! ¿Qué debo hacer? ¡Ayúdeme, ayúdeme!

— Debe usted descansar — dijo Jim entre dientes —. Espere un minuto. Un poco más hacia acá. No tema usted. Yo la sostengo. Déjeme que me ponga detrás... Muy bien. Ahora no toca usted en el acantilado. Ahora apoyaré fuertemente la espalda en este extremo de la oquedad y los pies en el otro. ¡Ah! Con mi espalda tan apretada contra la roca, ni un temblor de tierra me desalojará de aquí. Ahora, amiga mía, vuélvase de espaldas a mí y de cara al mar, y esté usted tranquila. Ya no se caerá. No tema nada.

Muy suave, pero muy firmemente, la tomó en sus brazos.

Fatigada, desfallecida, aterrorizada, lady Ingleby no se daba cuenta de nada, sino del inmenso consuelo que le proporcionaba el sentirse protegida por la gran fortaleza de su amigo. Le parecía que había estado luchando en el acantilado y resistiendo la atracción del vacío tenebroso hasta quedar completamente agotada. Ahora había accedido a su amable insistencia y se encontraba en seguridad. Su mejilla se apoyaba en el áspero chaquetón, que le parecía tan confortante

como la más suave almohada. Con un suspiro de satisfacción cruzó sobre su pecho las manos, y sobre ellas puso Jim la suya, robusta y fuerte. Myra se sentía segura y protegida.

Entonces oyó la voz de Jim Airth muy cerca de su oído.

— No estamos solos — decía —. Procure usted dormir, querida mía; quiero que piense que no estamos solos. ¿Entiende usted lo que quiero decir? *Dios está aquí*. Cuando yo era muy pequeño, asistía a una escuela que dirigía una maestra de niñas en Highlands; la buena señora me hizo aprender de memoria el Salmo ciento treinta y nueve. Algunos trozos de él los he repetido en momentos difíciles y lugares peligrosos. Voy a repetir los versículos que más me gustan. Escuche: «¿Cómo ocultarse a Tu espíritu? ¿A dónde huir de Tu presencia? Si en alas de la mañana voy a morar en los más lejanos límites del mar, aun allí Tu mano es la que me guía y la que me sostiene. Si pienso: seguramente las tinieblas me ocultarán, aun la noche será luminosa para mí. Verdaderamente, las tinieblas no me ocultarán de Ti, pues la noche brilla como el día; luz y tinieblas son una misma cosa para Ti... Cuán preciosos son para mí Tus pensamientos, ¡oh Señor!, y cuán numerosos. Si yo los contase, serían más que las arenas; cuando despierto estoy aún Contigo.»

La voz profunda de Jim cesó. Lady Ingleby abrió sus ojos.

— Estaba casi dormida — dijo —. ¡Qué bueno es usted, Jim!

— No, no soy bueno — respondió él —. Soy un muchacho vulgar, lleno de defectos y rodeado de culpas. Mas si usted confía en mí y el Señor me ayuda, nunca la abandonaré. Pero ahora necesito que duerma; no quiero que piense en mí. Yo soy simplemente una cosa que, por permisión de Dios, ha podido poner a usted en seguridad. ¿Ve usted aquel maravilloso planeta suspendido como una lámpara en el cielo? Contémplole, mientras yo voy recitando unas líneas escritas por una mujer americana, glosando el último versículo.

Rozando con su mejilla sus suaves cabellos y sosteniéndola con sus fuertes brazos, Jim Airth repetía lentamente el incomparable poema de la señora Beecher Stowe:

Siempre, siempre Contigo, cuando el alba se tiñe de púrpura,
cuando las aves despiertan y las sombras huyen;
más pura que la mañana, más hermosa que la luz del día
alborea en mi alma la dulzura de estar Contigo.

A solas Contigo, rodeada de místicas sombras,
en el silencio solemne de la naturaleza recién nacida;
a solas Contigo, adorándote, suspenso el aliento,
en el sereno rocío y en la frescura matinal.

Como el alba, sobre el tranquilo océano
brilla, solitaria, la estrella de la mañana;
así, en esta quietud, contemplas Tú sola Tu imagen
en las aguas de mi seno.

Cuando el alma se abate, vencida por la pena,
los ojos somnolientos se elevan a Ti en una plegaria;
es dulce el reposo bajo la sombra protectora de Tus alas;
más dulce todavía es despertar y hallarte a Ti.

Que sea así nuestro día postrero, en aquella mañana radiante
en que el alma despierte y huyan las sombras de la vida.
¡Oh, en aquella hora, más bella que la clara luz del alba,
brotará en mí este pensamiento glorioso: Ya estoy Contigo!

Dejó de oírse la voz de Jim Airth. Aguardó en silencio un momento.

Y entonces... — ¿Le gusta? — preguntó suavemente.

No obtuvo respuesta. Myra dormía con el sueño tranquilo de un niño pequeño. Jim sentía en sus manos el ritmo reposado de su respiración.

— ¡Gracias, Señor! — dijo Jim Airth, puestos los ojos en la estrella de la mañana.

CAPÍTULO XIII

El despertar

Cuando lady Ingleby abrió los ojos, tardó un momento en reconocer el lugar en que estaba.

Comenzaba a apuntar la aurora sobre el mar. Donde antes brillaba la estrella de la mañana se destacaba ahora una cinta de plata sobre el cielo purpúreo. Myra veía su fulgor argénteo reflejado en el mar.

— ¿Por qué estaré durmiendo tan cerca de un ventanal? — se preguntaba, entorpecida aún la razón por el sueño —. ¿O será un balcón? ¿Cómo será que me siento tan fuerte y tan descansada? — se decía mientras su cuerpo iba lentamente despertando. Permaneció inmóvil y meditó un instante.

Entonces, al bajar los ojos, vió una fuerte mano bronceada posada sobre las suyas. Su cabeza descansaba en el brazo a que aquella mano pertenecía. Otro robusto brazo rodeaba su cuerpo. Todas sus preguntas quedaron resueltas con otras dos breves palabras: «Jim Airth.»

Lady Ingleby siguió aún inmóvil. Temía romper

el encanto de aquel profundo sosiego en que estaba. No se atrevía a dejar caer a tierra aquel divino sentimiento que inundaba su alma.

Cuando amaneció sobre el mar, una maravillosa luz alboreó también en su mirada, una radiación que no había brillado nunca hasta entonces en aquellos ojos tan dulces.

— ¡Dios mío! — murmuró —. ¿Llegaré a conocer lo *mejor* de la vida?

Después, suavemente, retiró una de sus manos y la puso sobre aquella robusta mano que oprimía las suyas.

— Jim — dijo —, Jim. ¡Mire! Es ya de día.

— ¿Sí? — decía desde detrás de ella la voz de Jim —. ¿Sí? ¡Ya llega! ¡Oh, mire!

Iluminado el rostro por la primera luz de la mañana, Myra sonreía. Ella había pasado ya por aquel primer momento de admiración. Pero Jim, al despertarse, se dió cuenta de la situación más rápidamente que ella.

— ¡Hola! — dijo —. Pensaba haber vigilado toda la noche, pero me he debido de dormir. ¿Está usted bien? ¿Se siente usted fuerte, sin entumecimientos? Bien. Yo tengo un calambre en la pierna izquierda que me va a lanzar fuera del acantilado dentro de un minuto si no la muevo. Permítame que la ayude... Así. Ahora siéntese donde esté bien segura, mientras yo esté sin apoyo... ¡Por Júpiter! Me parece como si hubiera estado

siempre dentro del acantilado como un ictiosauro fosilizado. ¿No ha visto usted nunca un ictiosauro? ¿No le parece que han pasado muchos años desde que usted preguntaba: «¿Y quién es Davy Jones?» ¿Desea usted desayunar? Supongo que ya es hora de regresar a casa.

Mientras hablaba alegremente, Jim sacó afuera las piernas, frotándolas con energía; extendió sus brazos por encima de la cabeza, y se pasó la mano por los revueltos cabellos.

— ¡Qué peluca! — dijo —. ¡Y qué hermosa mañana! ¡Y qué alegría la de estar vivos!

Myra lanzóle una mirada furtiva. Jim estaba con los ojos vueltos hacia el mar, y en ellos brillaba aquella misma luz de alborada que lucía en los ojos de Myra.

— ¿Quiere usted desayunar? — repitió Jim Airth sacando el reloj.

— Sí — dijo Myra alegremente —. Ahora puedo atreverme a hablarle del delicioso pan casero que he comido con el te. ¿Qué hora es, Jim?

— Las tres y media. Dentro de pocos minutos saldrá el sol. ¡Mire! ¿No había visto usted nunca amanecer? ¿Verdad que es maravilloso? Hay en él unos tonos de perla y plata que no hay en el ocaso. Vea usted cómo aquella fina arista luminosa se extiende y se dilata por todo el cielo. ¡Ya llega el Monarca del Día! Ya están sus heraldos — aquellas nubecillas — con librea de rosa y oro. Ahora mire hacia aquel punto en que el

mar parece más brillante. ¡Ah!... Es el extremo de su rojo borde que surge del océano. Y ¡cuán rápidamente se eleva el globo entero! Vea ahora la rizada senda de rojo y oro, como un camino real sobre las aguas, que desde la playa, a nuestros pies, va derechamente hasta el escabel de su brillante Majestad... Ha nacido un nuevo día... y no nos hemos dicho «buenos días». ¿Y por qué habíamos de decirlo? Tampoco nos dijimos «buenas noches». Sería una cosa ideal no tener que decir nunca buenas noches ni buenos días. La noche y el día serían siempre buenos. Toda la vida sería como un gran *crescendo* de lo bueno a lo mejor y a lo óptimo. ¿Qué? ¿Que ya hemos encontrado lo Mejor? ¡Ah! ¡Chitón! Yo no quiero decir eso todavía... ¿Está usted preparada para bajar? No, no le permito ni una mirada, ni una observación sobre esto. Si realmente tiene miedo, volveré a Tregarth lo más de prisa posible, despertaré al pueblo dormido, traeré cuerdas y hombres y la subiremos hasta la cima del acantilado.

— Renuncio en absoluto a que me eleven hasta la cima o a que me dejen aquí sola — dijo lady Ingleby.

— Entonces, cuanto antes comencemos a bajar, mejor — dijo Jim Airth —. Yo voy delante. — Antes de que Myra hubiese abierto los labios para contradecirle, ya estaba él sobre el borde del saliente—. Vuélvase usted. Cuélguese fuertemente del borde con las

manos y deme el pie. ¿Me oye usted? Haga lo que le digo. No vacile. Hay muchos menos escalones de los que parecía ayer. Estamos en completa seguridad. Siga usted avanzando... ¡Esto va bien!

Entonces, lady Ingleby pasó cinco minutos terribles, mientras cedía con ciega obediencia a las robustas manos que desde abajo la sujetaban y a la voz que alternativamente la animaba y la asustaba.

Pero cuando el descenso concluyó y se vió sobre la playa, junto a Jim Airth; cuando, juntos los dos, se volvieron a contemplar en silencio la senda gloriosa sobre las aguas rizadas y la belleza resplandeciente del sol recién nacido, de los ojos de lady Ingleby brotaron lágrimas de gratitud.

— ¡Oh Jim! — exclamó. — ¡Qué bueno es Dios! ¡Y qué cosa tan maravillosa el estar vivos!

Entonces Jim se volvió, con el rostro transfigurado, con luz de sol en los ojos, abriendo sus brazos.

— Myra — dijo —. Ya hemos encontrado lo *mejor*.
.....

Iban caminando a lo largo de la playa y subiendo por las empinadas calles de la aldea dormida, juntas las manos como unos niños felices.

Al llegar a la Posada del Moro empujaron la puerta del jardín y caminaron, sin hacer ruido, por el césped iluminado por el sol.

La puerta principal estaba cerrada con llave. Jim

Airth se deslizó hacia la parte trasera de la casa, pero retrocedió al instante moviendo la cabeza. Entonces buscó en el bolsillo aquella navaja que tan útil le había sido; empujó hacia adentro el pestillo de la ventana del Café-Bar; levantó el bastidor y, a horcajadas sobre el marco, ayudó a Myra para que entrase. Una vez en el salón familiar, con sus tarros de mostaza, sus saleros y manteles preparados para el desayuno, cayeron ambos en un incontenible acceso de risa, una risa irresistible, puesto que tenía que ser silenciosa.

Jim, dominándose pronto, se fué a la despensa en busca de algo que comer.

Lady Ingleby corrió silenciosamente a su habitación para lavarse las manos y alisarse los cabellos. Volvió a los pocos minutos junto a Jim, a quien encontró muy satisfecho del resultado de sus pesquisas, mostrando una áspera hogaza de pan casero, un gran queso y un espumoso tanque de cerveza.

Lady Ingleby hubiera preferido te, y nunca en su vida había bebido cerveza en un pote de hoja de lata. Pero por nada del mundo amargaría el placer infantil que Jim Airth sentía por el éxito de su excursión a la despensa.

Sentáronse en la mesa del centro, Myra en el sitio de la señorita Murgatroyd mayor y Jim en el de Susie; comieron el pan y el queso y bebieron su cerveza con un tremendo apetito y un placer inmenso. Jim usaba

la servilleta de Susana, y adoptaba, al hacerlo, una actitud sentimental. Myra se lo reprobó, imitando la manera con que la señorita Murgatroyd reprobaba a Susie. Después de lo cual, ambos a una exclamaron: «¡Oh cariño mío!» con el tono afectado de la señorita Elisa; después, con las manos en actitud de elevar una plegaria, abstraídos, ninguno de ellos se ocupaba del otro. Cuando concluyeron y retiraron los restos eran las cinco y media. Pasaron juntos al vestíbulo.

— Debe usted ir a dormir un poco más — dijo Jim Airth en tono imperativo.

— Iré, si usted lo quiere — murmuró Myra —; pero en mi vida me he sentido tan fuerte y tan descansada. Jim, me sentaré a su mesa y le serviré el café del desayuno. Lo tomaremos a las nueve, como siempre. Será muy divertido contemplar a las señoritas Murgatroyd y recordar nuestro queso y nuestra cerveza. Si baja usted el primero, disponga que nos sirvan en la misma mesa.

— Muy bien — dijo Jim Airth.

Myra comenzó a subir la escalera, pero volviéndose al quinto escalón, inclinóse sobre la baranda, sonriéndole. Jim Airth alcanzó su mano.

— ¿Cómo dejarla a usted marchar? — exclamó de pronto.

Myra se inclinó hacia él sonriendo a aquellos ojos adorados.

— ¿Y cómo marcharme? — murmuró tiernamente.

Jim Airth estrechó con las suyas las dos manos de Myra. Sus ojos resplandecían.

— Myra — dijo —, ¿cuándo nos casaremos?

El rostro de Myra se encendió, como se encendieron las menudas nubes blancas al levantarse el sol. Pero sostuvo la mirada ardiente de Jim sin vacilar.

— Cuando usted quiera, Jim — respondió dulcemente.

— Entonces, lo antes posible — dijo Jim Airth con expresión anhelante.

Myra retiró sus manos y subió dos escalones más; volvióse entonces, e inclinándose, murmuró:

— ¿Por qué?

— Porque — replicó Jim Airth — no sé cómo soportar el que llegue un día, o una hora, o un minuto en que no podamos estar juntos.

— ¡Ah, lo siente usted así también! — murmuró Myra.

— ¿También? — exclamó Jim Airth —. ¡Myra! Ven, ven.

Pero lady Ingleby huyó, escaleras arriba, como una liebre. No había corrido tan de prisa desde que era una niña de diez años. Jim oyó su risa al cerrarse la puerta tras de ella.

Entonces abrió la puerta principal y comenzó a pasear al sol, en el sendero por donde había llegado su Princesa de cuento de hadas.

Extendía sus brazos sobre su cabeza y decía: «¡Mía! Para siempre mía! ¡Oh Dios mío! ¡Al fin he conquistado LO MÁS ALTO!»

Luego, corrió calle abajo, hacia la playa, y unos minutos más tarde, con toda la fortaleza de su virilidad, iba nadando, por el sendero de oro, hacia el sol naciente...

CAPITULO XIV

Días áureos

La semana que siguió fué como un día de fiesta deliciosamente alegre. Ambos comprendían instintivamente que los días venideros no podrían igualar a estos primeros días. Era un momento de su vida que no había de repetirse, y tenían que vivirlo y gozarlo con absoluta sinceridad.

Al principio, Jim Airth hablaba con decisión de solicitar una licencia especial, y pedía a Myra que no se demorase su matrimonio. Pero lady Ingleby, generalmente poco enterada de cuestiones legales y asuntos de negocios, sentía, afortunadamente, alguna duda acerca de si sería discreto contraer matrimonio usando un nombre distinto del suyo; y aunque podía haber resuelto fácilmente esta dificultad revelando su personalidad a Jim Airth, deseaba, no obstante, elegir la ocasión y el lugar adecuado para esta revelación; y se había encariñado con la idea de hacerlo en las cercanías de su hermoso *home* de Shenstone.

— Ya ves, Jim — argüía Myra —, tengo algunos

amigos en la ciudad y en Shenstone que se interesan por mí, y sería un poco violento reaparecer entre ellos casada. ¿Puedo yo hacer esto, Jim? ¿Parecería tan insólita y tan inesperada esta manera de terminar una cura de reposo! ¿No te parece así, Jim?

La risa de Jim Airth atrajo a Susie a la ventana, haciéndole perder lamentablemente el tiempo, puesto que su ventana no daba sobre el cenador de madre-selva.

— Podría ser quizá una continuación de la cura de reposo — dijo Jim Airth.

— ¡Ah, pero es posible que no todos estén de acuerdo contigo! — dijo Myra, y la mirada que sus dulces ojos dirigieron a Jim parecía estar a tono con la vaga imprecisión de la respuesta. Convinieron, al fin, seguir durante una semana viviendo aquella vida libre y sin trabas antes de retornar al mundo de sus amistades, y Jim prometió ir a verla en su propia casa antes de comenzar las últimas diligencias que la harían suya para siempre.

Daban alegres paseos a lo largo de los acantilados, recibiendo las caricias de la brisa soleada, y Myra, colgada del brazo de Jim, se asomaba al borde sobre el precipicio.

Volvieron a visitar, en la bajamar, la Ensenada de la Herradura, y Jim Airth empleó algunas horas en convertir aquellos agujeros, apresuradamente hechos,

en una verdadera escalera que llegaba hasta la oquedad en que se guarecieron, para que en lo futuro, si alguien se veía cercado por la marea, pudiese trepar para ponerse en salvo.

Myra, sentada en la playa, le contemplaba con los ojos iluminados por tiernas remembranzas; pero se negó en absoluto a subir de nuevo.

— No, Jim — dijo —; hasta que volvamos en nuestra luna de miel. Entonces volverás a llevar a tu esposa, si así lo deseas, al lugar en que pasamos aquellas horas maravillosas. Pero ahora, no.

Jim, que acostumbraba persistir en sus propósitos hasta realizarlos, a menos que se le diesen claras y buenas razones, se disponía a insistir, cuando unas lágrimas que se deslizaban por las mejillas de Myra y un suspiro de sus dulces labios sonrientes le obligaron a dejar inmediatamente la cuestión.

Alquilaron una tienda y la plantaron en la playa de Tregarth; Myra telegrafió pidiendo un traje de baño, y Jim, con su traje de franela de jugar al *cricket*, entraba en el mar e intentaba enseñarle a nadar sosteniéndola por debajo de la barbilla y diciendo: «¡Uno, dos! ¡Uno, dos!», tan estentóreamente, que Myra en su vida había oído gritos semejantes. Así, entre chapoteos y risas, lady Ingleby llegaba a nadar sus diez metros.

La señorita Murgatroyd estaba extrañada, y aun más que extrañada, ¡la señorita Murgatroyd estaba

escandalizada!, y tomó la determinación de irse a acostar inmediatamente después de la cena, con la esperanza de que Elisa y Susana siguiesen su ejemplo, si no en cuanto a la letra, por lo menos en cuanto al espíritu. Pero, libre de la personal vigilancia de Amelia, la pequeña Susie, siempre romántica, sedujo a Elisa, y ambas buscaron el placer furtivo y temeroso de curiosear todo lo posible acerca de las idas y venidas de aquella pareja que había convertido descaradamente aquella prosaica posada de Cornish en un lugar de novela.

Desde que, en la mañana que siguió a su aventura, Myra, con unas rosas amarillas en el cinturón de su vestido blanco, entró rápidamente en el salón, unos minutos después de las nueve, diciendo:

— Mi querido Jim, ¿hace mucho que me esperas? Supongo que el café no se habrá enfriado.

Desde entonces, toda la vida parecía transformada para Susie. Volviéndose rápidamente, había percibido la mirada que Jim dirigía a aquella hermosa mujer, que se sentó en el lugar frontero al suyo en aquella mesa hasta entonces solitaria, y con ojos sonrientes, alzó la cafetera.

Un severo murmullo de Amelia le recordó que debía ser prudente, y le prohibió volver a mirar a su alrededor; pero ella había oído decir a Myra: «Te olvidas del azúcar, Jim. ¿Un terrón o dos?»; y la respuesta de Jim: «Como siempre; gracias, querida mía», aunque no pudo ver

cómo Jim, haciendo un gesto de broma, colocaba un sobre encima de la copa, para indicar silenciosamente a Myra, quien balanceaba ya las pinzas sobre la azucarera, que «como siempre» quería decir sin azúcar.

Más tarde, en una ocasión en que se encontró sola a Myra en un pasillo, Susana se aventuró a hacer atropelladamente un par de preguntas.

— ¡Oh, dígame, querida mía! ¿Es realmente cierto que se va usted a casar con el señor Airth? ¿Y hace mucho que le conoce usted?

Myra, sonriendo ante aquella ansiosa cara regordeta, explicó:

— Sí, en efecto, señorita Susana: Jim Airth se va a casar *conmigo*. No sabría decir a usted desde cuándo le conozco. Me parece que le conozco de toda mi vida.

— ¡Ah! — murmuró Susana, con una sonrisa llena de perspicacia—. Elisa y yo estábamos seguras de que se trataba de un *disgusto*.

Esta observación resultaba absolutamente incomprendible para lady Ingleby, y hasta que se la repitió a Jim Airth y éste, lanzando una carcajada, llamó a Myra descarada seductora, no se dió cuenta de que el «disgusto» suponían que había existido durante los días en que ella y Jim se habían sentado en mesas separadas y no mostraban indicio alguno de que entre ellos existiese ninguna relación.

Sin embargo, Myra, en el momento de la interpela-

ción, sonrió amablemente con su rostro maliciosamente inclinado. Luego; consciente de su gran felicidad, envió a Susie en sus hermosos brazos y la besó.

La señorita Susana no olvidó nunca aquel abrazo. Era para ella como un reflejo de lo que significaría el ser amada por Jim. Y desde entonces; siempre que la señorita Murgatroyd comenzaba a usar calificativos tales como «indecente»; «discutible» o «verdaderamente impropio»; Susie, muy decidida, recogía su labor de media o de ganchillo y abandonaba la habitación. Así iban transcurriendo aquellos días áureos; cuando llegó una carta que el secretario de lady Ingleby dirigía a Jim Airth. La señora se encontraba ausente; pero regresaría a Shenstone el próximo lunes y tendría mucho gusto en recibirle el martes por la tarde. Ordenaría que le esperasen en la estación de Shenstone a la llegada del expreso que sale a las dos de Londres, por la estación de Charing Cross; a menos que él indicase otra cosa.

— Es muy amable — dijo Jim a Myra entregándole la carta —. ¡Y qué bien se ajusta esto a nuestros planes! Ya lo teníamos todo dispuesto para ir, el lunes, tú a Shenstone y yo a Londres. De modo que podré tomar el martes el tren de las dos, celebrar mi entrevista con lady Ingleby lo más de prisa posible, y luego correré a buscar a mi amor en el Lodge. ¡Espero de la amabilidad de las señoras de Shenstone que no dejarán de ofrecerme un te!

— ¿*Cuál* de las dos? — preguntó sonriente Myra —. Por mi parte, *yo* sí te lo ofreceré.

— Entonces, declinaré la invitación de lady Ingleby — dijo Jim con resolución.

Aun en aquellos días maravillosos continuaba trabajando firmemente en su libro. Myra, sentada a su lado, en el salón de fumar, escribía cartas o leía mientras él trabajaba. «Trabajo mejor si estás cerca de mí, o por lo menos, donde yo pueda verte», había dicho Jim; y era inevitable que Myra estableciese una comparación entre la viva emoción de placer que esto le producía y el sentimiento que antiguamente la dominaba al darse cuenta de que servía de estorbo cuando había que trabajar o cuando se le impedía participar de los intereses fundamentales de la vida de Miguel. Y ahora ¡cuán diferente todo! Jim la había convertido en una parte de sí mismo, haciéndole compartir con él todo lo que tenía algún interés en su vida. Escribió llena de felicidad a la señora Dalmain refiriéndole detalladamente los inesperados acontecimientos que tan rápidamente se habían producido. Envió también unas líneas a su antigua amiga la duquesa de Meldrum, anunciándole simplemente su próximo matrimonio y la fecha de su regreso a Shenstone; prometiéndole para más tarde noticias detalladas. Esta carta contenía también una nota para Billy y Ronald, si por acaso se encontraban en Overdene.

La noche del domingo, la última de su estancia en Tregarth, llegó demasiado pronto. Se dirigieron juntos a la pequeña iglesia, a la hora de la plegaria nocturna, y sentáronse entre los sencillos pescadores. Al mirar al libro de los himnos y cantar el «Padre Eterno, Tú puedes salvarnos», pensaron ambos en «Davy Jones», y sin interrumpir el canto cambiaron una sonrisa, aunque al instante siguieron reverentes su plegaria y su acción de gracias.

«Y eternamente se elevarán hacia Ti
himnos alegres de alabanza desde la tierra y desde el mar.»

La voz de bajo de Jim Airth retumbaba en la pequeña iglesia; Myra, a su lado, cantaba con la faz radiante. Al verla, nadie hubiera dudado de la sinceridad de su plegaria. Luego se dirigieron a la Posada del Moro, y después de una ligera cena se encaminaron paseando hacia el cenador de madreselva, donde Jim fumaba su pipa de la noche, mientras conversaban reposadamente.

Fué entonces cuando, de pronto, dijo Jim Airth:

— A propósito: me gustaría que me hablastes algo acerca de lady Ingleby. ¿Qué clase de mujer es? ¿Se puede hablar fácilmente con ella?

Por un momento, Myra quedó como sorprendida.

— ¡Oh Jim!... Yo no lo sé. ¿Si se le puede hablar? Sí; creo que *tú* la encontrarás bien dispuesta a hablar contigo.

— ¿Suele hablar de la muerte de su esposo o es éste un tema prohibido?

— Suele hablar de ello — dijo Myra en voz baja — a aquellos que saben comprender.

— ¡Ah! ¿Crees que le gustará saber detalles de sus últimos días?

— Probablemente, si alguien se muestra propicio a dárselos. Jim... ¿sabes quién le mató?

Un silencio sorprendente reinaba en el cenador. Jim quitóse la pipa de la boca y contempló a Myra.

— ¿Si sé... si yo sé... quién mató...? ¿A quién? — preguntó lentamente.

— ¿Conoces el nombre de la persona que cometió el error que causó la muerte de lord Ingleby?

Jim volvió a colocar la pipa en la boca.

— Sí, querida mía, lo conozco — dijo reposadamente —. Pero ¿cómo ha podido ella enterarse de la existencia de ese error? Yo creía que este asunto era un secreto en Inglaterra.

— Lo era — dijo Myra —, pero se lo dijeron a lady Ingleby y yo lo oí entonces. Jim, si ella te preguntase este nombre, ¿se lo dirías?

— Seguramente — dijo Jim Airth —. Yo me opuse fuertemente, desde el principio, a que se rodease de misterio este asunto. Aborrezco la política del silencio. Pero había que pensar en el porvenir del compañero. Una cosa así, la gente no la perdona fácilmente. Se le

señalaría siempre como «el muchacho que mató a Ingleby», lo mismo que si lo hubiese hecho intencionadamente, y todos sabemos que esto sería una barrera invencible en su carrera. Además, todo el asunto se llevó de una manera un poco irregular: la pólvora que iba a ser ensayada nos abría el camino para llegar al «kudos» si el experimento tenía éxito, o para armar un alboroto y echar por tierra todos nuestros sueños si fracasaba. El servicio era, por tanto, un verdadero atolladero. Nadie se atrevía a tener una iniciativa. El riesgo era demasiado grande y, además, asombrosamente desigual. Si se lograba un éxito se recibía un D. S. O. (nombromiento de Miembro de la Orden de Distinguidos en el Servicio) de un Gobierno agradecido y una corona de laurel de la nación reconocida. Si fracasaba, la plebe, indignada, escarnecería nuestro nombre, y el Gobierno, sorprendido y apenado, nos arrojaría a un calabozo. No es este el mejor camino para fomentar el progreso ni para hacer que cada uno de nosotros estuviese pronto a tener iniciativas. Lo bueno o lo malo de una acción no debiera medirse por su éxito o por su fracaso.

La atención de lady Ingleby se había detenido en las primeras palabras de Jim.

— No debían haber ensayado el *kudos* de Miguel — dijo Myra —. Creo que está patentado. Miguel tenía siempre mucho cuidado en patentar todas sus invenciones.

— ¿Eh, qué? — dijo Jim —. ¡Oh, sí! *Kudos*, querida mía, es una palabra griega que significa gloria; no se trata de un nuevo explosivo. ¿Por qué llamas Miguel a lord Ingleby?

— Le traté íntimamente — dijo lady Ingleby.

— Comprendo. Pues bien: como decía, protesté contra el propósito de guardar secreto; pero discutimos el caso, y los pocos que lo conocían comprometieron su palabra de guardar silencio. Únicamente se podría comunicar el nombre a lady Ingleby, en el caso de que ella mostrase deseos de conocerlo, y alguno de nosotros pensó que decírselo a una mujer era lo mismo que publicarlo en *The Times*. Entonces supimos que lady Ingleby había preferido no saberlo.

— ¿Y qué piensas tú de su decisión? — preguntó Myra

— Creo que ha demostrado ser una mujer muy discreta, y si se mantiene en su decisión, lo será excepcionalmente. Pero me parece propio de una mujer el tomar una decisión tan noble como ésta bajo la tensión del momento supremo y consentir más tarde en averiguaciones privadas.

— ¿Oíste sus razones, Jim? Decía ella que deseaba, que no hubiese un hombre en la tierra cuya mano no pudiese estrechar como la de un amigo.

— ¡Pobre alma leal! — dijo Jim Airth, muy conmovido —. Myra, si yo alguna vez pereziese en un accidente como Ingleby... ¿sentirías tú por mí de la misma manera?

— ¡No! — exclamó apasionadamente Myra —. Si yo perdiese a mi bien amado, no estrecharía jamás la mano de ningún otro hombre; mientras viviese, ni como amigo ni de ninguna otra manera.

— ¡Ah! — meditó Jim Airth —. ¿Crees entonces que las razones que tuvo lady Ingleby para adoptar su decisión no demostraban un amor como el nuestro?

Myra apoyó su hermosa cabeza en el hombro de Jim.

— Jim — dijo, interrumpiéndose a veces —, no me siento competente para discutir ningún otro amor. Sólo una cosa es perfectamente clara para mí: yo no supe nunca lo que quería decir amor hasta que te conocí.

Hubo un largo silencio en el cenador de madre-selva. Entonces Jim exclamó, casi con fiereza, dirigiéndose a Myra:

— ¿Y crees realmente que has obrado bien haciéndome esperar, aunque sólo hubiese sido un día?

Ella, que le amaba con un amor superior a toda expresión, no hallaba palabras para responder a esta pregunta. Y en los días que siguieron la pregunta continuaba sin respuesta; siempre presta a repetirse, latiendo en su interior con cruel insistencia: «¿He obrado bien haciéndole esperar, aunque fuese sólo un día?»

.....

En el vestíbulo, junto a la mesa de mármol en que estaba el registro de viajeros, se detuvieron los dos para despedirse. Desde el principio, Myra no le había permitido nunca que subiese las escaleras hasta que ella hubiera cerrado su puerta.

— Si faltas a las reglas, ya sé lo que debo hacer para defenderme, Jim —le había dicho con su tierna sonrisa —: tendré que tomar como señora de compañía a la mayor de las hermanas Murgatroyd, ¿y qué tiempo tendrás entonces para hablarme?

Así Jim se había comprometido a permanecer abajo hasta cinco minutos después de que su puerta se hubiese cerrado. Después de lo cual, acostumbraba subir las escaleras silbando:

*Pidamos larga vida para mi dulce esposa,
¡oh fieles compañeros!
De Davy Jones libranos,
cruzando el ancho mar.*

Entonces se oía el ruido de la puerta de Jim, y Myra se atrevía a desahogar su risa contenida, cantando en voz muy baja:

*¡Ea; vamos adelante!
¡Hala; vamos adelante!*

con una completa y superabundante felicidad.

Pero aquella era la última noche. El instante de la partida se acercaba. Además, había habido momentos de intenso sentimiento en el cenador de madreSelva.

Había una cierta turbulencia en los azules ojos de Jim. Tenía contra su pecho las manos de Myra, como en la Ensenada de la Herradura; cuando las olas rodeaban sus pies y exclamó: «¡*Debe* usted trepar!»

— Así, pues, mañana por la noche — dijo —, tú estarás en el Lodge de Shenstone y yo en mi club de Londres. ¿Sabes lo duro que es para mí alejarme de ti, aunque sólo sea por una hora? ¿Te das cuenta de que, si no hubieses sido tan obstinada, no habiéramos necesitado nunca separarnos? Hubiéramos salido de aquí juntos, como marido y mujer. Si hubieras tenido verdadero interés, no sería preciso ahora esperar.

Myra, ante sus ojos enojados, sonreía.

— Jim — murmuró —, es tonto decir que «si me hubiera interesado»; porque sabes perfectamente bien que me interesas, como jamás hombre alguno interesó a ninguna mujer; y puedo asegurarte, Jim, que no podríamos habernos casado legalmente aquí... Y piensa qué horroroso sería, amándonos como nos amamos; no estar *válidamente* unidos. Cuando vengas a mi casa y nos encontremos libres de estos obstáculos, reconocerás, estoy segura de ello, que he obrado bien. Y entonces me elogiarás humildemente por haberme negado tantas veces. Jim, querido mío, mira el reloj! *Debo* subir a mi cuarto.

La pobre señorita Murgatroyd estará aburrida de oírnos. Siempre suele dejar su puerta ligeramente abierta. Y también la señorita Susana. Todas ellas se van a dormir con la puerta entreabierta. Ayer, cuando me quedé a solas con ellas durante unos minutos, dejé intencionadamente que la conversación fuese a recaer sobre colmos y adivinanzas, y les pregunté muy seria: ¿Cuándo puede decirse que una puerta no es puerta? «¡Cuando está entreabierta!» (1), respondieron todas con gran desparpajo. ¡Y la señorita Elisa quería aún más adivinanzas! Yo creo que Susie está detrás de la rendija, en la obscuridad, esperando que pases... No, no hablo maliciosamente. Las quiero mucho a las tres; mañana las echaré mucho de menos. ¡Oh Jim, se me ocurre una gran idea! Las invitaré a formar parte de mi corte de amor. Sería peor aún que la que la duquesa destinó a Juana. ¿No conoces esa historia? Ya te la contaré algún día. Jim, di «buenas noches» en seguida y déjame subir.

— En otra ocasión — dijo Jim, cogiéndola de las manos —, en otra ocasión, Myra, no nos dijimos «buenas noches» ni «buenos días».

— Jim, amado mío — dijo Myra dulcemente —, aquella noche; antes de que me durmiese, me dijiste: «No estamos solos. *Dios está aquí.*» Jim, yo te creo el

(1) Aquí hay un juego de vocablos intraducibles: «cuando *is a jar*» (es un jarro); «*is ajar*» (está entreabierta).

mejor y el más fuerte de los hombres, y espero que durante toda mi vida podré confiar en ti, como confío en Dios.

Jim besó aquellas manos que había estrechado tan fuertemente y las dejó.

— Buenas noches, corazón mío — dijo —; que Dios te bendiga. — Y se volvió hacia la mesa de mármol.

Myra subió rápidamente las escaleras y cerró la puerta. Arrodillóse junto al lecho y no pudo contener sus sollozos. Aquella pregunta seguía todavía esperando su respuesta: «¡Ah! ¿Había obrado bien haciéndole esperar?»

Alzó la cabeza y conteniendo el aliento miró fijamente en las sombras. Creyó ver como si una aparición cruzase el cuarto. Era un hombre alto, con una larga barba, en traje de noche. En sus brazos llevaba un perrito pequeño que la miraba a través de sus rizos, como si dijese: «Yo ocupo el mejor lugar: no hay sitio para ti.» El hombre cerraba la puerta, diciendo amablemente: «Buenas noches, mi querida Myra.»

La aparición se esfumó.

Lady Ingleby hundió el rostro en el lecho. «Y esto... durante diez largos años», dijo. Luego, en la obscuridad, vió la encendida expresión de los azules ojos de Jim Airth y le pareció sentir sobre las suyas la presión de aquellas robustas manos. «¿Cómo podré decir «buenas noches?», protestaba su voz apasionada. Y con un

torrente de lágrimas de felicidad, Myra estrechaba sus manos; murmurando: «Dios mío, al fin ¿llegaré a conocer lo MEJOR?»

Jim Airth subía las escaleras silbando como un mirlo. Pero, como una concesión a las ideas de la señorita Murgatroyd respecto a la música apropiada a los domingos, descartó «Nancy Lee» y silbó:

Padre Eterno, el que puede salvarnos,
aquel cuyo brazo sujeta a las olas inquietas,
a cuyas órdenes el potente océano profundo
se encierra en los linderos que Tú le señalaste:
óyenos cuando te imploramos...

Arrodillada junto a su lecho, en la obscuridad,
Myra hizo de este canto su plegaria nocturna.

CAPITULO XV

¿Dónde está lady Ingleby?

Cuando Jim Airth saltó del tren el martes siguiente por la tarde, miró ansiosamente a uno y otro lado del andén con la esperanza de ver a Myra. Verdad era que habían convenido en no verse hasta después de su entrevista con lady Ingleby. Pero Myra ¡era tan encantadoramente inconsecuente y tan impulsiva en sus acciones! Sería muy agradable para ella alterar el plan que habían formado, y si el deseo que tenía de verle a él se asemejaba al inmenso anhelo que él tenía de verla a ella, sería fácilmente comprensible tal alteración del plan primitivo.

Sin embargo, Myra no estaba allí, y con una desazón poco razonable, Jim Airth entregó su billete al mozo que aguardaba; atravesó la pequeña estación y encontró un elegante carruaje de lujo tirado por unos caballitos pequeños enganchados en *tandem* que le esperaba afuera.

El cochero que estaba a la cabeza del caballo delantero se llevó la mano al sombrero.

— ¿Va usted al Parque de Shenstone, señor?

— Sí — dijo Jim Airth, y subió al carruaje.

El cochero se llevó de nuevo la mano al sombrero.

— Señor, ha dicho la señora que quizá le guste a usted guiar los caballos.

— No, gracias — dijo Jim brevemente —. Yo no guío nunca los caballos de los demás.

La sonrisa comprensiva del cochero desapareció inmediatamente. Se llevó una vez más la mano al sombrero, recogió las riendas, subió al pescante, arreó al caballo delantero y aquel tiro de caballitos perfectamente iguales se balanceó en seguida con un trote ligero.

Jim Airth, que era inteligente en caballos, los contempló con aprobación. Volaban a lo largo de los estrechos caminos de Surrey, bordeados de masas de clemátides y rosales silvestres. Los labradores trabajaban en los pajares, voceando alegremente entre ellos, mientras volteaban el heno. Era un incomparable día de junio, en un verano excelente.

El disgusto de Jim Airth por no haber visto a Myra dejaba ahora lugar al goce intenso del paseo. Después de todo, era mejor seguir el plan que se habían formado, y cada uno de los pasos de aquel alegre golpear de cascos le llevaba más cerca del Lodge. Quizá estaría ella a la ventana. ¡Y eso que él había dicho insistentemente que no se asomara!

— Estos caballos están bien amaestrados — dijo con satisfacción al cochero cuando tomaban una curva.

— Sí, señor — dijo el cochero con el inevitable movimiento hacia el sombrero, elevando la mano y la fusta —. La señora suele siempre guiar ella misma. Es una buena fusta la de la señora, señor.

Este detalle de información sorprendió a Jim. Juzgando por la edad y el aspecto de lord Ingleby, esperaba encontrar a lady Ingleby como una sosegada y majestuosa matrona de sesenta años. Era algo sorprendente el oír que se la calificaba guiando como una buena fusta. Sin embargo, no tenía tiempo para meditar el asunto. Después de pasar junto a una iglesia vestida de hiedra en la verde aldea, giró el coche y entraron; por unas amplias puertas de hierro de muy bellas líneas; en la majestuosa avenida del Parque de Shenstone. A la izquierda, en un grupo de árboles, había una linda casita con un tejado de dos vertientes.

— ¿Qué casa es esta? — preguntó Jim rápidamente.

— El Lodge, señor.

— ¿Quién vive ahí?

— La señora O'Mara, señor.

— ¿Ha regresado la señora O'Mara?

— No lo sé, señor. Ha subido esta mañana a la casa, junto a la señora.

— Entonces ha regresado — dijo Jim.

El cochero le miró con aire perplejo, pero no hizo ningún comentario.

Jim Airth se volvió en el asiento y dirigió la vista hacia el Lodge que quedaba a su espalda. Era una casita mucho más pequeña de lo que él suponía. Pero este hecho no pareció contrariarle. Se sonrió, como si se le presentase alguna idea divertida que le produjese placer. Mientras seguía mirando se abrió una puerta lateral; una mujer elegantemente vestida de negro, con aspecto de ama de llaves, apareció en el umbral, sacudió un blanco mantel y volvió a entrar en la casa. El coche seguía corriendo por la avenida, y Jim Airth contemplaba cada uno de sus árboles con mirada apreciativa y complacida. Un momento después descendía a la puerta de la antigua y elegante mansión que acababa de aparecer ante su vista.

— Muy bien guiado — observó Jim mientras daba unas monedas al pequeño cochero. Después se volvió, encontrando ya abiertas las grandes puertas y un majestuoso criado, con unas enormes cejas negras, que esperaba para recibirle.

— ¿Quiere usted venir al saloncito de la señora, señor? — dijo el criado, indicándole el camino.

Jim Airth entró en un salón encantadoramente amueblado y miró a su alrededor.

Estaba vacío.

— Tenga la bondad de esperar aquí, señor, mien-

tras anuncio a la señora su llegada — dijo el pomposo personaje de las espesas cejas, saliendo silenciosamente y cerrando la puerta al salir.

Una vez solo, Jim comenzó a observar rápidamente el salón, esperando sacar de ello alguna noticia acerca de los gustos y carácter de su dueña. Pero casi inmediatamente se detuvo su atención en un retrato de tamaño natural de lord Ingleby, colocado sobre la chimenea.

Jim se dirigió hacia él caminando por la alfombra de la chimenea y permaneció largo tiempo mirando con silenciosa admiración el cuadro.

— Excelente — dijo al fin para sí —. Extraordinariamente hábil. Ese muchacho, si puedo echarle la mano encima, hará un retrato de Myra. ¡Qué perrito tan lindo! ¡Y qué afecto! Mutuo y absorbente. No hay que dudar: es Péter. Es extraño que yo haya sido el último que le ha oído llamar a Péter. ¿Le tendrá cariño también a Péter lady Ingleby? En caso negativo, dudo que tenga con él muchos cuidados. Y además, si alguno de los dos se vió alguna vez en mala situación; respecto a su señor, seguramente no fué Péter.

Estaba aún absorto ante el retrato, cuando regresó el criado con un largo mensaje que recitó solemnemente.

— La señora está en el jardín, señor. Como hace tanto calor en la casa, señor, la señora le ruega que vaya junto a ella al jardín. Si usted me lo permite, señor, le indicaré el camino.

Jim Airth reprimió el deseo de decirle: «Váyase usted y déjeme», y siguió al criado a lo largo de un corredor, descendiendo después por una amplia escalera a un vestíbulo del piso bajo. Salieron a una terraza que corría a todo lo largo de la fachada de la casa, debajo de la cual había un jardín de estilo antiguo, con arriates de boj, brillantes macizos de flores y una fuente en el centro. Más allá se veía un prado liso, que descendía suavemente hasta un hermoso lago, en el que se reflejaba el sol de la tarde. En este prado, enfrente, a mitad de camino, entre la casa y el lago, había un grupo de hayas. Bajo sus anchas ramas, en aquella fresca sombra acogedora, había unas sillas rústicas. En una de ellas, Jim Airth pudo distinguir una figura de mujer, vestida de blanco, que se cubría con una sombrilla escarlata.

El criado señaló aquel grupo de árboles.

— La señora ha dicho, señor, que le esperaba bajo aquellas hayas.

Se volvió hacia la casa, y Jim quedó solo para encaminarse hacia el sitio en que estaba lady Ingleby, guiándose por los reflejos de su brillante sombrilla entre los árboles. Aun en aquel momento le producía placer el pensar que lady Ingleby tenía el mismo gusto para las sombrillas que Myra.

Permaneció en la terraza durante un minuto, gozando de la incomparable belleza del lugar.

Después apareció en su rostro una expresión de tristeza.

— ¡Qué pena dejar una morada así — dijo — y dejarla quizá para no volver nunca a ella!

Todavía aparecía en su rostro un velo de tristeza cuando descendió hacia los macizos de flores, encaminándose, luego, por las estrechas sendas enarenadas y por el suave césped del prado, hacia el grupo de hayas.

Jim Airth — alto, marcial, de amplias espaldas; erguido — podía haber hecho una excelente impresión a lady Ingleby si le hubiese contemplado mientras avanzaba. Pero su sombrilla se interponía entre ella y su huésped, que se acercaba.

Había llegado ya muy cerca de ella, lo bastante cerca para distinguir el amplio y gracioso vuelo de su traje; mas aun no parecía haberse dado cuenta de su proximidad.

Caminó bajo las hayas y permaneció en pie detrás de ella. Aun entonces la sombrilla ocultaba su rostro. Pero Jim Airth no vacilaba nunca cuando estaba seguro de sí mismo.

— Lady Ingleby — dijo con tono grave y serio —: me habían dicho que...

Entonces la sombrilla cayó hacia un lado y pudo contemplar los bellos y rientes ojos de Myra.

Myra daba por bien empleado el largo esfuerzo de permanecer inmóvil en su asiento, por el gusto de ver

cómo el rostro de Jim Airth pasaba desde la expresión de una formal gravedad hasta aquel raptó de alegría. Se abalanzó hacia ella con infantil abandono y estrechó a Myra y a la silla con sus fuertes brazos.

— ¡Oh querida mía — dijo inclinándose hacia ella, mientras sus ojos azules chispeaban de alegría —. ¡Oh Myra, cuántos siglos desde ayer! ¡Cuánto he suspirado por ti! Casi había llegado a esperar que, al fin, te decidirías a ir a la estación. ¡Cuánto lamentaba tener que perder este tiempo en hablar con la vieja lady Ingleby! ¿Te ha parecido largo también el tiempo, Myra? ¿No comprendes que esto no puede seguir así, que no podremos vivir separados otras veinticuatro horas? ¡Pero te has complacido en atormentarme! Venía yo impaciente para no perder un segundo, y mientras tanto tú estabas aquí, sentada bajo los árboles, ocultando el rostro y queriendo hacerte pasar por lady Ingleby! Ese asombroso y asombrado individuo de las espesas cejas, al dejarme solo en mi peregrinación, te señaló confundiéndote, seguramente, con lady Ingleby. ¡Hola, qué hermosas vistas! ¡Qué ondulaciones tan suaves! Esto no sirve para trepar como por un acantilado, pero es magnífico para sentarse en el césped... ¡No puedo contenerme! ¡Voy a sentarme!

— Jim — dijo Myra, riéndose y retirando su mano —. ¿Qué te pasa, muchacho? Tienes que portarte bien. No estamos en el cenador de madreselva. Aquel

asombroso individuo de las espesas cejas estará, seguramente; observándonos desde una ventana y no le faltará motivo para asombrarse si te ve hacer travesuras. Jim, ¡qué elegante estás con tu traje ciudadano! Me gusta mucho un traje gris. Levántate y déjame que te vea... ¡Oh, mira esas briznas de hierba sobre el pantalón, antes tan limpio! ¡Qué lástima! ¿Quieres tener la bondad?...

— ¡Pues claro que sí! — dijo Jim, sacudiendo sobre sus rodillas vigorosamente —. Cuando yo te ayudaba a subir por el acantilado llevaba una vieja cazadora de Norfolk, y cuando te chapuzabas en el mar vestía mi traje de *cricket*. He creído que ésta sería la indumentaria más apropiada para hacer a lady Ingleby una visita; y además, antes de que esto haya podido impresionarla, me he destrozado las rodillas adorándola en su relicario. ¿Dónde está lady Ingleby? ¿Cómo no acude a recibir la visita?

— Jim — dijo Myra, contemplándole con ojos llenos de un afecto inefable, que temblaban con una deliciosa excitación —, ¿te gusta este lugar?

— ¿Este lugar? — exclamó Jim, retrocediendo un paso como para mejor contemplar el lago y el bosque en el fondo —. Es absolutamente perfecto. No tenemos nada semejante en Escocia. No se encuentra en toda Inglaterra; en el campo, una residencia señorial tan hermosa como ésta, y que además tenga un lago de

veinte acres, hasta con islas y patos y todo. Supongo que aquellos bosques, hasta donde alcanza la vista, pertenecerán también a los Ingleby o, mejor, a lady Ingleby. ¡Qué pena que no tenga un hijo!

— Jim — dijo Myra —. Quería que vieses esto antes de enseñarte mi casa.

El se acercó a ella y dijo:

— Entonces, sírreme de guía, querida. Preferiría estar solo contigo en tu propia casita — la he visto cuando veníamos — que seguir entre tanta hermosura esperando a lady Ingleby.

— Jim — dijo Myra — ¿recuerdas una cancioncilla que solía yo tararear en Cornwall, y que cuando preguntabas qué significaba te respondía yo que algún día entenderías mejor la letra?

Jim la miraba sin comprender.

— Verdaderamente, querida Myra, has tarareado tantas cancioncillas que...

— ¡Ah, ya recuerdo! — dijo Myra —. No tengo mucho oído, pero esta era muy interesante. Te la voy a cantar ahora. ¡Escucha!—Y con sus dulces ojos amorosos fijos en él, cantó Myra, alterándolos ligeramente, los últimos versos de la antigua balada escocesa «Huntingtower»:

Blair, en Athol, es mío, muchacho,
Fair Dunkeld es mío también;

la morada de Saint Johnstown
y Huntingtower;

todo esto es mío, muchacho..., y tuyo, mi bien.

— Muy bonito — dijo Jim —, pero lo has alterado, querida mía. Jamie regalaba todas sus posesiones a la muchacha. Lo has cantado al revés.

— No, no — exclamó Myra con ansiedad —. No está al revés. Cuando dos se aman no importa cuál de ellos sea el que da. Aquel que posee, puede dar. Si fueras un *cowboy*, Jim, y amases a una mujer rica, dueña de casas y tierras, al ser dueño de su corazón lo serías también de todo lo que ella poseyera.

— Me parece que me la llevaría a mi granja y le enseñaría a ordeñar las vacas — dijo riendo Jim Airth. Y luego, dando vueltas bajo los árboles y mirando en todas direcciones: —En serio, Myra. ¿Dónde está lady Ingleby? Debiera acudir a su cita. No podemos perder toda la tarde esperándola. Necesito estar con mi chiquilla; necesito estar a solas con ella en su casita... ¿No podremos encontrar a lady Ingleby?

Entonces Myra se levantó radiante y fué a colocarse junto a él. Unos rayos de sol que se filtraban entre las hojas de las hayas danzaban en sus ojos grises. Nunca su dulce belleza se había mostrado tan perfecta. Él la tomó en sus brazos y la gloria de poseerla parecía que iluminaba la varonil belleza de su rostro.

Se colocó junto a él, apoyando en su pecho las manos. Los brazos de Jim ceñían ligeramente su cuerpo. Parecía tener algo que decir. Jim esperó.

— Jim — dijo Myra —, Jim, lo más querido para mí en el mundo: hay un nombre único que yo deseo llevar más que ningún otro. Es la única cosa que ansío llegar a ser. Entonces quedaré contenta. Deseo tener el derecho de llamarme «la señora de Jim Airth». Deseo, más que nada en el mundo, ser tu esposa. Pero... mientras no lo sea, y ojalá lo sea pronto... hasta que me des tu nombre, querido mío... yo... soy lady Ingleby.

CAPITULO XVI

Bajo las hayas de Shenstone

Los brazos de Jim Airth cayeron lentamente a lo largo de su cuerpo. Seguía mirando todavía aquellos ojos bellos y radiantes; mas en los suyos el goce se había extinguido y sólo quedaba una mirada fría y acerada. Su rostro tornóse poco a poco pálido, endurecido, helado, con expresión de silencioso sufrimiento. Retrocedió un paso, y las manos de Myra que en él se apoyaban cayeron.

— *¿Usted... lady Ingleby?* — dijo.

Myra le contemplaba con una congoja inexpresable.

— Jim — exclamó —. ¡Jim, amado mío! ¿Por qué das tanta importancia?...

Se dirigió hacia él e intentó de nuevo coger sus manos.

— ¡No me toque usted! — dijo vivamente. Y luego: — *¿Usted, Myra? ¿Usted la viuda de lord Ingleby?*

Myra se sintió atormentada por la furiosa desesperación de su voz. ¿Por qué le ofendían aquel noble nombre que llevaba y aquel elevado rango a que per-

tenecía? Aunque esto la colocase socialmente por encima de él, ¿no acababa de declararse dispuesta, ansiosa de abandonarlo todo por él? ¿No lo había colocado ya en la cumbre de sus anhelos amorosos? ¿Era generoso, era digno de Jim Airth tomar de esta suerte su revelación? Se dirigió hacia las sillas con un aire de amable dignidad.

— Sentémonos, Jim, y hablemos — dijo lentamente —. No creo que sea una cosa tan abrumadora. Te diré todo lo que haya que decir acerca de ello, o mejor, pregúntame lo que quieras.

Jim Airth se dejó caer ciegamente sobre la silla que estaba más distante de Myra, apoyó los codos sobre las rodillas y hundió el rostro entre las manos.

Sin pronunciar palabra, Myra se levantó; acercó su silla hasta un punto desde el que podía, si lo deseaba, apoyar su mano en el brazo de Jim, y se sentó de nuevo, esperando en silencio.

Jim Airth no tenía más que una pregunta que hacer. La hizo, sin levantar la cabeza.

— ¿Quién es la señora O'Mara?

— Es la viuda del sargento O'Mara, muerto en Targai. Las dos perdimos a nuestros esposos en aquella desgracia, Jim. Había sido durante muchos años mi doncella. Cuando se casó con el sargento, un excelente soldado al que Miguel estimaba mucho, quise que siguiese a mi lado. Miguel me había dado el Lodge para

que lo emplease en lo que quisiera. Hice que viniesen a vivir ahí, y ahí sigue ella. ¡Oh Jim, amado mío! ¿Ves cómo no he dicho ni una sola palabra que no fuese absolutamente exacta? Te voy a explicar por qué estaba yo en Cornwall usando su nombre en lugar del mío. Si pudiera poner mis manos en las tuyas, Jim, te lo podría contar más fácilmente... ¿No? Pues bien: no me entenderás.

Después de recibir en noviembre último el telegrama en que se me comunicaba la muerte de mi esposo, comencé a sufrir un decaimiento nervioso bastante serio. Yo creo que era producido no tanto por la pérdida de mi esposo como por la prolongada tensión de espíritu que la había precedido. Cuando fuí a Londres y me iba ya encontrando mejor, llegaron noticias detalladas, según las cuales había muerto en un accidente. Tú estás enterado ya de la cuestión de si debía o no conocer yo el nombre del causante. Sabes también mi resolución. Esta zozobra me dejó aniquilada. Era muy cierto lo que decías aquel día en el cenador. Yo soy una mujer, Jim, y a veces, una mujer débil; y además, estaba muy sola. En aquel momento supremo, mi decisión fué noble y honrada — quizá conozcas a la persona que se encargó amablemente de traerme la noticia desde las oficinas de Guerra—; pero después... quise saber; comencé a hacer conjeturas. Regresaron a nuestro país los que estaban en el frente. Mis sospechas re-

caían incesantemente sobre dos, dos excelentes camaradas, por los que sentía un verdadero afecto. Al fin, por datos poco concretos, pero inequívocos, llegué a tener el convencimiento de que sabía quién era el que había cometido el error. Estaba completamente segura. Y entonces — yo no sé cómo decírtelo, Jim... — sucedió una cosa horrorosa e imposible: ¡el hombre que había matado a Miguel *quería casarse conmigo*! ¡Oh, que no te sienta yo sollozar así, querido mío, que me entristeces más! ¿No te parece inconcebible? El pobre muchacho me estimaba mucho; yo creo que pensaría que mientras yo lo ignorase no había que dar importancia *al hecho*. Parece una cosa difícil de entender, pero cuando un hombre se enamora pierde a veces todo sentido de proporción; al menos yo he oído alguna vez decir unas palabras parecidas. Evité siempre toda ocasión de que llegase a declarármeme; me pareció que debía huir de él. Además, había otros... y todo eso era terrible para mí. Yo no amaba a ninguno de ellos, y me había formado el propósito de no volverme a casar hasta que encontrase mi ideal. ¡Oh Jim!

Dejó caer su mano sobre las rodillas de Jim, mas éste continuó impasible, como si hubiese caído una hoja de un árbol. Myra siguió hablando.

— La gente murmuraba. Las notas de sociedad traían, con frecuencia, párrafos molestos. Hasta mis tocas de viuda se tomaban como figurín. Mis nervios

estaban cada vez peor; la vida me parecía insoportable. Al fin consulté con un célebre especialista, que es también un amigo de toda mi confianza. Me ordenó una cura de reposo. No que me encerrase entre cuatro paredes con mis propias zozobras e inquietudes, sino que me marchase afuera y sola; que dejase tras de mí mi propia identidad y cuanto me pertenece; que fuese a un lugar en el que no hubiese estado nunca, donde nadie me conociese a mí y donde yo no conociese a nadie; estar al aire libre; llevar una vida sencilla, levantarme temprano y acostarme temprano; pero sobre todo, como solía decir con su original manera de expresarse, me mandó «dejar a lady Ingleby en Shenstone».

Seguí sus consejos puntualmente. No es hombre a quien se le pueda desobedecer. No me gustaba la idea de adoptar un nombre ficticio, y decidí ser la «señora O'Mara». Y por esto puse su nombre y sus señas en el registro de viajeros.

¡Oh, aquel atardecer de mi llegada! Tenías razón, Jim. Me sentía exactamente como un niño feliz que entra en un mundo nuevo de bellezas y de delicias...; todo era para mí fiesta y reposo.

Y entonces... te vi, Jim. Yo creo, mi bien amado, que casi desde el primer momento mi alma voló hacia ti como hacia su indiscutible compañero. Tu vitalidad fué como el manantial de mi energía; tu vigor fortalecía y sostenía todo lo que había en mí de débil y de

vacilante. Te debía mucho, antes de que por primera vez hubiéramos hablado. Y después te debí mi vida misma, y el amor, y todo..., ¡TODO, Jim!

Myra se detuvo, dominando silenciosamente su emoción. Luego, inclinándose hacia adelante, puso sus labios sobre los revueltos cabellos de Jim. Él permaneció inmóvil, indiferente, como si sólo hubiese sentido el soplo de la brisa.

— Cuando me enteré de que habías estado en la guerra—prosiguió lady Ingleby—, cuando me dí cuenta de que quizá habrías conocido a Miguel, rogué al doctor; que es siempre tan prudente, que me permitiese descubrir mi verdadero nombre. Pero las Murgatroyd lo hubieran sabido en seguida y ya no habría habido tranquilidad para mí. Una vez, la señorita Murgatroyd, incidentalmente, habló en el salón de su «pobre amiga lady Ingleby», como dándonos a entender que la conocía íntimamente. Y entonces... ¡oh Jim! fué cuando yo conocí a mi *cowboy* cosmopolita; cuando me dijo que él odiaba los títulos y cuanto se relacionase con ellos; y entonces bendije el momento en que me inscribí con el sencillo nombre de «señora O'Mara», y resolví no hablarte de mi título hasta que me amases lo bastante para no importarte mi alcurnia; hasta que me quisieras lo bastante para dejar yo, en seguida, de ser lady Ingleby del Parque de Shenstone, y convertirme, por obra y gracia de tu amor, en la señora Airth de... de donde tú quieras.

Ahora comprenderás por qué creía yo que no podíamos casarnos válidamente en Cornwall; yo deseaba — ¿creíste que era egoísmo? — yo deseaba revelarte mi verdadera personalidad cuando al fin estuvieses conmigo en mi espléndido *home*. ¡Oh amado mío..., amado mío! ¿No podrá nuestro amor resistir una prueba tan ligera como ésta?

Cesó de hablar y esperó.

Estaba segura de su victoria; pero le parecía extraño, tratándose de una naturaleza tan delicada como la del hombre a quien amaba; que hubiese tenido que luchar tan duramente sobre un asunto que a ella le parecía despreciable. Mas ella sabía que, a veces, se levanta gigantesco un falso orgullo cerca de las cosas más nimias; y la pequeñez misma de la causa parece contribuir a que crezcan desproporcionadamente sus dimensiones.

Se sentía profundamente lastimada; pero era mujer y estaba enamorada. Esperó pacientemente para ver cómo su amor surgía victorioso sobre aquel necio orgullo.

Al fin, Jim Airth se levantó.

— No puedo contestar ahora — dijo lentamente —. Necesito estar solo. Debiera haber sabido desde el principio que era usted..., que es usted lady Ingleby. Sentiría mucho que tuviese usted que sufrir por una cosa de la cual no tiene usted la culpa. Necesito... necesito andar ahora. Dentro de veinticuatro horas volveré para que hablemos de esto.

Se volvió sin añadir una palabra, sin estrechar su mano, sin mirarla. Giró sobre sus talones y se fué atravesando el césped. Los ojos de Myra, que reflejaban la congoja de su corazón, apenas podían seguirle.

Subió a la terraza y entró en la casa. La puerta se cerró.

• ¡Jim Airth se había marchado!

CAPÍTULO XVII

“Usted sabrá seguramente...”

Myra Ingleby se levantó y encaminóse lentamente hacia la casa.

Un extraño que se hubiese cruzado con ella no hubiera hallado, probablemente, nada que le llamase la atención en la figura airosa y gentil de aquella mujer, cuya palidez pudiera deberse muy bien al extraordinario calor del día.

Pero su corazón se sentía desfallecer. Su alegría había recibido una herida mortal. El hombre a quien adoraba; el hombre a quien su amor había colocado en lo más alto, iba lentamente deslizándose desde su pedestal, y sus manos eran impotentes para retenerlo allí.

Una mujer puede arrastrar por el polvo su propio orgullo y sobrevivir a esta experiencia dolorosa; pero cuando el hombre a quien ama cae, entonces su corazón muere en el pecho.

Le había gustado llamar *cowboy* a Jim Airth. Le parecía que era evidentemente un cosmopolita. Pero

¿sería también un esclavo del más vulgar orgullo? Si fuese sincero, ¿podría sentir rencor contra los que por derecho poseen una noble cuna y un antiguo abolengo? Y sintiendo desprecio por los títulos, ¿les concedería realmente un valor tan exagerado, como para alejarse de la mujer con la que estaba próximo a casarse, por el simple motivo de que posee un título, mientras que él no tiene ninguno?

Myra entró en la casa y pasó a su saloncito. Verdes persianas de marquesina daban sombra a las ventanas. El hogar de la gran chimenea estaba cubierto de helechos y lirios; alrededor de ellos había unos jarrones con rosas, y acá y allá frondosas macetas floridas prestaban a la habitación su delicada fragancia. Myra atravesó la habitación hasta la alfombra que estaba delante del hogar y permaneció contemplando el retrato de lord Ingleby. El suave refinamiento de su rostro de sabio parecía acentuarse en aquella claridad penumbrosa. Lady Ingleby se detuvo a recordar la perenne cortesía del difunto lord, su actitud constantemente amistosa y ecuaníme para con todos: cortés con los hombres de su rango superior; considerado para los inferiores; genial para los pobres y para los ricos.

— ¡Oh Miguel! — murmuró —. ¿Te habré sido infiel? ¿Habré olvidado lo bueno que fuiste conmigo?

Pero todavía su corazón desfallecía dentro de ella.

El hombre que se había ido como huyendo a través del césped, dejándola sin una mirada, sin un saludo, se llevaba su alma en el hueco de las manos.

Resonó en el pórtico el ruido de un tílburí; unas voces masculinas se oyeron en el vestíbulo; unos pasos acelerados a lo largo del corredor. Luego, la voz juvenil y excitada de Billy exclamó: «¿Podemos entrar?», seguido de la voz más profunda de Ronnie: «¿...suponiendo que no estuviésemos ya en la puerta?» Un segundo después, Myra estrechaba las manos de los dos.

— ¿Son ustedes, mis queridos amigos? — dijo —. ¡Me alegro muchísimo de verles! Siéntense, o ¿han venido acaso a jugar al tennis?

— Hemos venido a ver a usted, querida reina nuestra — dijo Billy —. Estamos pasando unos días en Overdene. La duquesa ha recibido su carta. Nos ha comunicado la gran noticia, y además, que regresaría usted ayer. Y por tanto hemos venido a... a...

— A felicitar a usted — dijo Ronald Ingram, valiente y cordialmente.

— Gracias — dijo Myra sonriendo, aunque con voz dulce y trémula. Estas primeras felicitaciones, recibidas precisamente en aquel momento, eran casi más de lo que ella podía resistir. Luego, con su característica sencillez e integridad, confesó la verdad a sus amigos.

— Amigos míos, han sido ustedes muy amables al venir a verme; hace una hora me hubieran encontrado radiante de felicidad. No ha habido en el mundo entero una mujer más feliz que yo. Ya lo saben ustedes: me encontré con él y nos pusimos en relaciones cuando yo estaba practicando una original cura de reposo, que consistía principalmente en ser la señora O'Mara, en todos sentidos y para todas las cosas, en lugar de ser yo misma. Esta tarde ha sabido él por primera vez que soy lady Ingleby, de Shenstone. Verdaderamente, muchachos, el golpe ha sido demasiado rudo para él. Es un hombre magnífico; una especie de *cowboy* deliciosamente simpático. Ha vivido mucho tiempo en el extranjero, y ha sido todo lo que ustedes puedan imaginar de un hombre que monta a caballo sin mover un pie del suelo y que es muy valiente. Acababa de regresar de esa horrible guerra, y cayó enfermo de fiebre en Targai. Ustedes lo deben conocer. El suele llamar a la guerra «un embrollo o una confusión de fronteras» y ahora está escribiendo un libro acerca de eso, y acerca de otros embrollos y de la manera de evitarlos. Pero siente una antipatía completamente extravagante hacia los títulos y las grandes propiedades; por eso ha despreciado tan cruelmente el mío. Se ha marchado para «reflexionar» a solas. Y por esto me han encontrado ustedes triste y no alegre como suponían.

Billy miró a Ronnie, telegrafiándole con los ojos: «¿Será él? ¡Debe ser! ¿Se lo decimos?»

Ronnie telegrafió, en respuesta: «Es él. No puede ser otro. Dígaselo usted.»

Lady Ingleby sorprendió estas miradas de inteligencia.

— ¿Qué es ello, muchachos? — dijo.

— Amada reina nuestra — exclamó Billy con una excitación difícilmente dominada —, ¿podemos saber el nombre de ese *cowboy*?

— Jim Airth — replicó lady Ingleby, a la vez que una oleada de rubor cubría sus antes pálidas mejillas.

— En ese caso — dijo Billy — es el muchacho a quien hemos visto recorriendo de un lado a otro la estación del ferrocarril, como si llevase todas las furias pegadas a los talones. No miraba ni a la derecha ni a la izquierda ni, desde luego, hacia adelante; y nuestro tílburí estaba allí para emprender la marcha. Así es que no ha visto a dos antiguos camaradas, ni ha oído sus saludos. Pero probablemente no ha huído ante el conocimiento de su título y difícilmente de sus propiedades, querida lady; ya que su propio título es uno de los más antiguos que se conocen en la historia de Escocia, y millas y más millas de marjales, arroyos y bosques le pertenecen. Usted sabrá seguramente que este compañero que se llamaba a sí mismo «Jim Airth»

cuando vivía en las praderas de América — nombre que todavía usa como *nom-de-plume*—se llama, cuando está en su casa, Jaime, conde de Airth y de Monteith, y otros cuantos nombres que se me han olvidado... ¡el más bello de los antiguos títulos de Escocia!

CAPITULO XVIII

Lo que Billy tenía que decir

— Muchachos, ¿han traído ustedes sus raquetas? — dijo lady Ingleby con un admirable dominio de sí misma; y luego, cuando respondieron que las habían dejado en el *hall*, añadió —: Me alegro de que no sepan resistir la atracción del campo de tennis. Hace siglos que no he visto a ustedes jugar solos, frente a frente. Vayan allá y comiencen la partida. Dispondré que nos sirvan el te fuera, dentro de media hora; soy en seguida con ustedes.

Entonces huyó hacia la terraza, cruzó con paso ligero el jardín y el prado de césped, buscando el refugio de las hayas. Al llegar allí, dejóse caer abatida en la silla en que Jim Airth había permanecido tan inmóvil, cubriéndose el rostro con sus dedos temblorosos.

— ¡Oh Jim, Jim! — sollozaba —. ¡Amor mío, cuán lastimosamente te he engañado! Lo más querido para mí en el mundo, ¡qué mal te he juzgado! Te he atribuído pensamientos que tú, con tu gran corazón, apenas podrías imaginar. ¡Amado mío, perdóname! Y ven a

sacarme de estas tinieblas, y explícame en qué he obrado mal; explícame eso que tienes que reflexionar; dime qué es esto que se ha interpuesto entre nosotros. Porque si tú me dejas, no podré vivir.

Myra estaba ahora segura de que la falta había sido suya, y sufría menos que cuando pensaba que era de él. Sin embargo, se veía sumida en una penosa perplejidad. Porque si el conde de Airth y de Monteith podía inscribirse bajo el nombre de «Jim Airth» en el registro de viajeros de la Posada del Moro, sin que nadie pudiera censurárselo, ¿por qué lady Ingleby, de Shens-tone, no podía tomar un nombre igualmente vulgar sin cometer una falta imperdonable?

Myra meditaba, dándole vueltas al asunto, cada vez más perpleja y aturdida.

Pero en seguida entró en la casa e intentó borrar todas las huellas de sus recientes lágrimas. No debía permitir que su tristeza la volviese egoísta. Ronald y Billy estarían esperando el te y aguardarían a que Myra se reuniese con ellos.

.....

Entretanto los dos amigos, con las raquetas bajo el brazo, se dirigían a través de los macizos situados frente a la fachada del palacio, hacia el hermoso campo de tennis, que había sido completamente renovado hasta hacer de él el más perfecto que había en aquellos contornos. Muchos concursos se habían celebrado allí,

en presencia de una alegre multitud, alineada alrededor del campo, bajo la sombra de los castaños.

Mas este día aquel lugar parecía desierto y triste. Los dos muchachos jugaron una partida en silencio, apenas interrumpido al contar los tantos; luego fueron acercándose, cada uno en su campo, hasta reunirse a ambos lados de la red.

— Debemos decírselo — dijo Ronald, mientras examinaba minuciosamente su raqueta.

— Sí, creo que debemos decírselo — confirmó, como con repugnancia, Billy —. No podemos consentir que se case con él.

— ¡Pues claro! ¿Crees tú que él pensará ahora en casarse con ella? Volverá y él mismo se lo dirá mañana. Debemos decírselo nosotros antes para evitarle esa penosa entrevista. Es preciso que no le vuelva a ver más.

— Oye, Ron: ¿has visto cómo se sonrojaba toda cuando nos dijo su nombre? Y a pesar del disgusto de hoy parece media docena de años más joven que cuando se fué. Y eso que... ¡demasiado te habrás fijado tú!...

— ¡Bah! Eso ha sido la cura de reposo — explicó Ronnie, aunque sin gran convicción —. Las curas de reposo producen siempre este efecto. Esta es la razón de que a las mujeres les guste este sistema. ¿Has oído alguna vez que un hombre haga una cura de reposo?

— Sí, he oído que lo decían de ti, en Overdene — dijo Billy maliciosamente.

— ¡Tontería! ¿Tú crees que el hospedarse en casa de la duquesa es una cura de reposo? ¡Hombre, por Dios! Empieza uno a convalecer en la edad más vigorosa de la vida y se encuentra uno de enfermera a su excelencia la duquesa de Meldrum... ¿Tú has oído contar lo de Pilberry, un anciano sacerdote, y el tucán?

— Sí, calla. Me has contado ya dos veces esa irreverente historia. Oye, Ronnie. Aun no hemos concluído nuestro asunto. ¿Quién se lo ha de decir?

— Tú — dijo Ronald con decisión —. Te trata como una madre, y le será menos doloroso oírtelo a ti. Luego puedo intervenir yo... y aconsejar la *varonil* resignación.

— ¡Eso es muy complicado! — dijo Billy, grandemente indignado —. Yo no soy tan niño como tú crees. Pero he de decirte lo siguiente: si yo creyese que *esto* iba a ser para ella la verdadera felicidad, le diría que fuí yo quien le mató; luego buscaría mañana a Airth y le contaría lo que le había dicho a Myra.

— ¡Tonto! — dijo Ronnie afectuosamente —. ¡Como si con ello pudieras remediar los hechos! ¿No conoces al conde? Desde el principio se opuso a que se guardase silencio. Sencillamente: te daría un puñetazo en la cabeza por haber osado acercarte a ella, y luego iría a contarle la verdad exacta. Además, en este momento él piensa más en lo que a él le atañe en este asunto que en ella. Si él hubiera pensado primero en ella, hubiera permanecido a su lado y hubiera llegado a com-

prenderla, en lugar de mar harse atropelladamente, dejándola con el corazón destrizado y sin saber qué hacer ni qué pensar.

— ¡Que Dios le confurda! — dijo Billy impetuosamente.

— ¡Oye, Billy! Tú conoces a las mujeres. — Era la primera vez que Ronnie confesaba esto. — ¿No crees tú que si una mujer llega a sentir horror hacia el hombre que amaba, puede volverse hacia un hombre que la haya amado siempre — si él sabe obrar discretamente — y por el cual sienta una evidente amistad?

— Mi conocimiento de las mujeres — declamó Billy dramáticamente — me lleva a esperar que caería en los brazos del hombre que la amase lo bastante para arriesgarse a incurrir en su enojo, diciéndole valientemente que lo que ella debía...

— ¡Calla, maldito! — murmuró Ronnie, mirando más allá de Billy —. ¡Silencio!... La malla de esta red es mejor que la de otras, y el nuevo encaje patentado, que indudablemente...

— ¡Qué calma tienen ciertas personas! — dijo la voz de lady Ingleby, justamente detrás de Billy —. ¿No quieren ustedes un poco de te?

— Estábamos admirando la nueva red — dijo Ronald Ingram, mirando con un gesto a Billy, que de espaldas a lady Ingleby continuaba admirando la nueva red, sin saber cómo salir del paso.

Durante el te hubo varias ocasiones de regocijo. Ronald contó las últimas historias de Overdene; luego describió el concierto anual que acababa de celebrarse.

— La señora Dalmain asistió a él y cantó divinamente. Canta melodías de su esposo y él la acompaña. Es extraordinariamente hermoso ver cómo se ilumina su rostro de ciego cuando la oye, mientras va brotando su voz gloriosa. Cuando el canto termina se levanta del piano, le ofrece su brazo y, aparentemente, es él el que la conduce. Pocas personas se dan cuenta de que, en realidad, es ella la que guía. Nos dió, fuera de programa, una linda melodía, sencillísima, pero que todo el mundo deseaba que se repitiese: un aire que era como el rumor de una brisa estival entre los pinos; con un acompañamiento que era como el canto de un mirlo; la letra decía algo así como: «En la hermosa tierra de Dios, entre las flores bellas...» No recuerdo cómo sigue. Continúa tú, Bill.

— «Que no cabe el dolor ni la tristeza
donde palpita el divinal amor»

— repitió Billy, que tenía una memoria excelente.

Myra se levantó aceleradamente.

— Necesito irme — dijo —. Pero sigan ustedes jugando todo el tiempo que quieran.

Billy se puso un instante a su lado, mientras caminaba hacia los macizos de arbustos.

— ¿Puede usted concederme unos minutos ahora, querida reinécita? Necesito hablar con usted.

— Cuando usted quiera, amigo mío—dijo lady Ingleby, sonriendo—. Le esperaré en la salita de confianza.

Billy miró furtivamente a Ronald con la esperanza de que éste no hubiera advertido nada. ¡Las palabras y la sonrisa tenían indudablemente un aire maternal!

.....

Media hora más tarde entraba en el saloncito de lady Ingleby un joven de aspecto serio y grave, que cerraba cuidadosamente la puerta tras de sí. Lady Ingleby advirtió en seguida que había venido para algún asunto que, por lo menos a los ojos de él, debía de tener una importancia suprema. Para Billy habían terminado ya los días de las travesuras juveniles. Indudablemente, debía de tratarse de un asunto serio.

Myra, levantándose de su lindo escritorio, se dirigió hacia el sofá.

— Siéntese, Billy — dijo, indicando la butaca más próxima..., la butaca de lord Ingleby y del pequeño Péter. Ambos la habían dejado vacía y ahora la ocupaba Billy, sin darse cuenta de las cosas que sugería a Myra su presencia.

— Una cascada de flores — observó Billy, mirando a su alrededor en la habitación.

— Sí — dijo lady Ingleby. Ella suponía que Billy no habría ido para hablarle de esto.

— Es muy lindo este salón — dijo Billy —; al menos a mí me lo parece.

— Sí — dijo lady Ingleby —; a mí también.

Los ojos de Billy, que erraban ansiosamente de una a otra parte en busca de una nueva inspiración, se detuvieron en el retrato que había sobre la chimenea. Se estremeció y se puso pálido. Entonces comprendió que había llegado la hora; ya no podía andarse por las ramas.

Billy era soldado y era un valiente. Había dirigido una vez una carga subiendo a una colina a la cabeza de sus hombres y arrostrando una verdadera granizada de balas. Todos sus hombres habían quedado cincuenta metros atrás. Luego solían decir que Billy había salido vivo de aquella carga porque corría tan de prisa que las balas no le podían alcanzar. Ahora acometió el asunto con la misma temeraria resolución.

— Lady Ingleby — dijo —; Ronnie y yo pensamos que hay algo que debiera usted conocer...

— ¿No es más que eso, Billy? — dijo Myra —. Entonces supongo que usted me lo dirá.

— Hemos jurado no decirlo — continuó Billy —; pero me importa un ardite el juramento si la felicidad de usted está en peligro.

— No debe usted faltar a su palabra, Billy, ni aun por mí — dijo amablemente Myra.

— Bien; pero hemos quedado siempre en que la única excepción sería el caso *en que usted lo desease*.

De pronto lady Ingleby comprendió.

—¡Oh Billy!—dijo—. ¿Desea Ronald que yo lo sepa?

Estas palabras acongojaron a Billy. ¿De modo que Ronnie significaba algo para Myra y podría venir luego —con el corazón destrozado de Billy y de otros— a proporcionar varonilmente un consuelo? Era duro para él; no obstante, dió lealmente su respuesta.

— Sí; Ronnie dice que esto es lo que debemos hacer; y también yo lo creo así. Yo he venido aquí a decírselo, si usted me lo permite.

Lady Ingleby estaba sentada, con las manos cruzadas, en actitud meditabunda. Después de todo, ¿qué importaba? ¿Podía haber algo que le importase, comparado con la aflicción que Jim le había causado?

Levantó los ojos hacia el retrato; pero el rostro de Miguel sólo atendía al pequeño Péter; no había en él ningún signo que ella pudiese interpretar.

Si aquellos muchachos deseaban contárselo y quitarse del alma aquel peso por su propio deseo, ¿por qué se había de negar a saberlo? Esto pondría un obstáculo, para siempre, a aquella trágica inclinación de Ronnie hacia ella.

— Sí, Billy — dijo —. Puede usted decírmelo.

El salón estaba en silencio. Un capullo golpeó ligeramente dos veces contra los vidrios de la ventana. Parecía como un dedo que avisa y advierte. Nadie lo notó. Volvió a golpear por tercera vez.

CAPITULO XIX

La resolución de Jim Airth

Lady Ingleby esperaba a Jim Airth en su saloncito. Al acercarse la hora tocó el timbre.

— Groatley — dijo cuando apareció el criado —, el conde de Airth, que estuvo aquí ayer, volverá a visitarme esta tarde. Cuando llegue Su Excelencia, condúzcalo usted aquí. No estaré en casa para nadie más. No traiga usted el te hasta que yo le llame.

Luego se sentó esperando inmóvil.

Había vuelto a vestir el luto, que suprimió temporalmente. Su negro traje, que caía formando flexibles pliegues, aumentaba la estatura de su delicada figura. Los vivos blancos, distintivos de la viudez en el cuello y los puños, daban a su excepcional belleza una patética sugestión de pensativa soledad. Su rostro estaba muy pálido; un tinte purpúreo bajo sus fatigados ojos denotaba las lágrimas y el insomnio. Mas la mirada resuelta y tranquila de aquellos dulces ojos revelaba un espíritu libre de toda duda, un corazón en calma.

Reclinada en los almohadones del sofá, las manos sobre la falda, seguía esperando.

Por la abierta ventana entraban y salían las abejas zumbadoras. El aroma de las magnolias llenaba el salón; era un aroma delicado, sutilmente dulce, pero no demasiado intenso. Hay un hombre que durante toda su vida unirá el aroma de las magnolias al recuerdo de aquella tarde, a la exquisita dulzura de aquel hermoso rostro, al suave plegado de su vestido de viuda.

Se oyeron unos pasos en el *hall*.

La puerta se abrió. La voz de Groatley, pomposamente sonora, rompió el silencio de a espera.

— El señor conde de Airth, milady — dijo. Y Jim entró.

Cuando la puerta se cerró tras el criado, Myra se levantó.

Permanecieron en silencio, uno enfrente de otro, bajo el retrato de lord Ingleby.

Parecía como si el rostro pensativo del sabio fuera a dejar de contemplar absorto al perrito para mirar un momento hacia ellos. Aquellos valerosos corazones atormentados presentaban un problema psicológico, que de seguro hubiera interesado a aquel tranquilo estudiante de metafísica.

Se contemplaron mutuamente en silencio durante unos segundos.

Luego, Myra, con un rápido movimiento, echó sus brazos al cuello de Jim y apoyó la cabeza contra su pecho.

— Ya lo sé, amado mío — dijo —. No hace falta que sufras el dolor de decírmelo.

— ¿Cómo?

Esta sola palabra parecía ser todo lo que Jim podía pronunciar en aquel momento.

— Me lo ha dicho Billy. Ronald Ingram y él vinieron ayer por la tarde, poco después de tu huída. Se cruzaron contigo cuando ibas a la estación. Creyeron que yo necesitaba saberlo... Por eso me lo ha dicho Billy.

Jim Airth la estrechó entre sus brazos.

— ¡Pobre niña mía! — dijo con voz entrecortada.

— Lo han hecho con buena intención, Jim. Son unos buenos muchachos. Sabían que habías de volver y me lo dijeron; querían ahorrarnos a los dos este dolor. Ahora me alegro de que lo hayan hecho. Tenías razón al decirme que debías reflexionar a solas. No habría estado bien preparada para oír tu respuesta si no hubiera sabido la verdad, que me ha permitido a mí también reflexionar. Ahora estoy preparada, Jim.

Jim Airth, sollozando, apoyó su mejilla en los sedosos cabellos de Myra.

— He venido a decirle adiós, Myra. Es ya lo único que podemos decirnos.

— ¿Adiós? — dijo Myra aterrada.

Jim Airth separó dulcemente a Myra, que ocultaba el rostro contra su pecho.

— Yo soy, Myra, el hombre a quien usted no podrá estrechar nunca la mano como a un amigo.

Myra levantó la cabeza. La expresión de sus ojos revelaba claramente cómo aquella mujer estaba preparada a luchar por la felicidad y por la vida.

— Eres el hombre cuyo dedo pequeño — dijo — es para mí más querido que el cuerpo entero de cualquier hombre que haya existido nunca. ¿Crees que voy a renunciar a ti, Jim, por una cosa que sucedió contra tu voluntad en otro tiempo, antes de que nos conociéramos? ¡Ah! ¡Qué pequeño juzgan los hombres el corazón de una mujer! ¿Quieres que te diga lo que sentí cuando Billy me lo dijo, después que el aturdimiento primero se hubo desvanecido? Primero, una gran pena por ti, amado mío, al pensar en la aterradora angustia que sufrirías durante estas horas. Después, gratitud — sí, una intensa, abrumadora gratitud — al saber, al fin, con certeza, lo que mediaba entre nosotros; y al saber que era *esto*: un fantasma que brota del pasado; nada tangible y real; ninguna cosa mala que haya en mí para ti, ni en ti para mí; nada que pueda separarnos.

Jim Airth abrió lentamente los brazos, la tomó de las muñecas y apoyó las manos de Myra contra su pecho. Luego la miró a los ojos con una tristeza silenciosa, que era más fuerte que las palabras.

— ¡Pobre amor mío! — dijo al fin —. Me es imposible casarme con la viuda de lord Ingleby.

La fuerza de la voluntad de Jim la dominaba, y así como en la Ensenada de la Herradura sus temores se rindieron ante el valor intrépido de Jim, así ahora sentía que su confianza iba menguando ante su severa resolución. Temerosa de perderlo para siempre, se soltó de sus manos y volvió al sofá.

— Jim — dijo —, siéntate y hablemos de esto.

Myra se sentó reclinándose en los almohadones, y acercando un búcaro de rosas sepultó su rostro entre ellas, como temiendo tropezar de nuevo con aquella mirada profundamente triste.

Jim Airth se sentó también; se sentó en aquella butaca que la muerte de lord Ingleby y la de Péter habían dejado vacía.

— Escúcheme, querida mía. No quiero preguntarle si duda de mi amor. Sería absurdo en mí. Yo no creía posible que un hombre llegase a amar a una mujer como yo la amo a usted. La amo con un amor tal, que todas las fibras de mi ser tienen ansia de usted día y noche, y durará lo que dure mi vida. Pues bien; siempre hubiera sido duro para mí el ir a la zaga de otro hombre y recoger lo que ha sido suyo. Yo no sentía esto al creer que eran las huellas del sargento O'Mara las que seguía, porque me parecía que en muchas cosas debía haber estado completamente distanciado de usted. En otras circunstancias podía haber seguido las huellas de Ingleby, al darme cuenta de que

él no despertó nunca en usted un amor como el nuestro. Sus posesiones no hubieran sido un obstáculo, puesto que, afortunadamente, poseo residencias y tierras donde hubiéramos podido vivir. Pero seguir las huellas de un difunto, cuando ha muerto a causa de una acción ejecutada por mí; tomar como esposa a la viuda de otro hombre que podía seguir siendo todavía su esposa si mi mano no hubiese ejecutado un movimiento atolondrado... Myra, eso yo no puedo hacerlo. Aun a pesar de nuestro gran amor, esto no nos traería la felicidad. ¡Piénselo usted..., piénselo! Cuando estemos los dos juntos bajo los ojos del Señor, cuando la Iglesia, con voz solemne, nos requiera y exhorte para que declaremos, como declararíamos en el tremendo día del juicio, cuando los secretos de todos los corazones se descubran, si existe algún impedimento para que legalmente nos podamos unir en matrimonio, entonces tendremos que confesarlo... Yo gritaría: «¡Su esposo murió por mi mano!» Y huiría de la iglesia con el baldón de Caín y la infamia de David sobre mí.

Myra levantó, aterrada, los ojos, y los fijó en los de él, suplicante; luego se inclinó de nuevo sobre las rosas.

— Y aun cuando triunfe de esta prueba, permaneciendo mudo en el silencio solemne, ¿qué pasará en el momento en que la Iglesia me ordene que tome su mano derecha en mi mano derecha..., en *mi* mano derecha, Myra?

Myra se levantó, se acercó rápidamente y se arrojó delante de él. Tomó su mano y la cubrió de lágrimas y besos. Luego la oprimió, sollozante, contra su corazón.

— Amor mío — dijo —, yo no te pediré nunca que hagas por mí nada que creas imposible o malo. Pero ¡oh! en esto *yo sé* que estás equivocado. Yo no puedo argumentar ni explicar. No puedo expresar con palabras mis razones. Pero *yo sé* que nuestro amor vehementemente, que es una cosa viva, debe valer para nosotros más que un suceso que pertenece a un pasado muerto. Miguel perdió su vida en un accidente. Es terriblemente penoso para ti que este accidente se produjera por un error tuyo. Pero en ello no hay maldad. Lo mismo podías inculpar a la compañía en cuyo barco fué a los campos de batalla, o al gobierno que decidió la guerra, o a las gentes del Ministerio que le aceptaron cuando se ofreció como voluntario. Yo no sé, con seguridad, lo que hizo David; creo que era una persona excelente. Pero sé algo de Caín, y estoy perfectamente segura de que la ignominia de Caín no caerá sobre nadie, por haber ocasionado, impremeditadamente, un accidente. ¡Oh Jim! ¿Por qué no piensas en ello más razonablemente?

— Hasta ayer pensaba en ello casi razonablemente — dijo Jim Airth —. Al principio, naturalmente, todo era una horrible desesperación. ¡Oh Myra, déjeme que se lo cuente! No he podido nunca contárselo a nadie.

Vuelva al sofá; no puedo permitirle que siga aquí arrodillada. Siéntese y escúcheme.

Lady Ingleby se levantó en seguida y volvió a su asiento; se sentó dispuesta a escuchar; su mirada anhelante estaba fija en la agobiada cabeza de Jim. Por un momento había olvidado él lo que los sucesos de aquella noche habían costado a Myra. También Myra parecía haberlo olvidado; su único pensamiento era el dolor de Jim.

Comenzó a hablar en un tono profundo, apresurado, obsesionado por el horror del recuerdo.

— Me parece que lo veo todavía. La pequeña tienda mal ventilada; la luz velada casi. Estaba ya extenuado por la fiebre; trabajaba con una temperatura de treinta y nueve grados. Hacía dos noches que no dormía; tenía los ojos que se me saltaban de las órbitas y sentía un agudo dolor en ellos, como si me los estrujasen. Comprendí que debía abandonar el asunto y encomendárselo a otra persona; pero Ingleby y yo habíamos trabajado juntos hasta entonces en ello, y a mí me interesaba muy vivamente. Se trataba de un punto que los cañones no podían batir; pero nuestro pequeño dispositivo, que podía llevarse en una mano, haría un trabajo mejor y más seguro que media docena de cañones. Hubo una larga espera después de salir Ingleby y los otros compañeros, entre los que estaba Ingram. Cathcart, que se había quedado conmigo, entraba y salía de la tienda, pero no

permaneció allí ni dos minutos; tenía miedo de equivocarse al manipular. Por esta razón, yo me encontraba solo cuando llegó la señal. Supimos después que Ingram había salido del túnel para recibir noticias de los centinelas que allí cerca estaban emboscados. Ingleby había quedado solo. Dió la señal de «Colocado», como habíamos convenido. Yo la confundí con la de «¡Fuego!» y manipulé instantáneamente. En el momento mismo en que lo hice me di cuenta de mi error. Pero inmediatamente sobrevino un estruendo, y el silencio nocturno tornóse un estrépito infernal. Me lancé de la tienda, llamando a gritos a Ingleby. ¡Gran Dios! Aquello era espantoso. Nuestros soldados renegaban y lanzaban agudos gritos, como para resarcirse del largo silencio y la forzada inacción; aquellas hordas de sombríos rostros diabólicos y ojos furiosos se burlaban de nuestra torpeza; su muralla exterior tenía ahora un terraplén que duplicaba su resistencia, y no habíamos adelantado nada para la toma de Targai.

Después... si yo no me hubiera dado cuenta en seguida de mi error, nadie hubiera sabido cómo sucedió aquello. Aun entonces intentaron convencerme de que habían equivocado la señal; pero yo lo sabía bien. Además, era imposible encontrar una... una prueba material de lo que había sucedido. Aquella resquebrajadura se llenó de una masa de soldados que gritaban y se atropellaban, lanzándose como locos hacia la

ciudad. ¡Qué magníficamente luchan nuestros muchachos cuando llega la ocasión! Cuando todo hubo terminado habían desaparecido varios que no estaban entre los muertos. Quizá habrían avanzado demasiado, sin poder luego retroceder, y habrían caído prisioneros. ¡Pobres muchachos! ¡Sólo Dios sabe su suerte! Sin embargo, llegué a tenerles envidia, porque cuando terminó la lucha comenzó para mí un tormento peor que todos los tormentos.

Myra, hubiera dado mi vida entera por volver a vivir aquel minuto. Me enloquecía el pensar que todo ello podía haberse hecho perfectamente con una mecha y un cebo como los que antes se usaban. ¡Pero estábamos tan encariñados con nuestro nuevo sistema de señales y nuestros aparatos eléctricos transportables! ¡Señor, qué desesperación la mía aquellos días y aquellas noches! Caí enfermo de fiebre, y me quitaron el sable, las pistolas, las navajas de afeitar... Yo no podía comprender por qué. Ni aun la desesperación me arrastraría a seguir ese camino. Pero si un compañero hubiese entrado en mi tienda y me hubiese dicho: «¡No ha matado usted a Ingleby! ¡Vive y está muy bien!», yo hubiera dado alegremente mi vida por el consuelo que me proporcionarían tales palabras. Mas un error pasado no se repara con la angustia presente.

Al fin, salí de la fiebre: había que seguir viviendo, y yo creo que no pertenezco a esa clase de gentes que

adoptan una posición pesimista en la vida. Cuando vi que se hacía el silencio acerca del asunto; cuando las pocas personas que estaban enteradas siguieron conduciéndose conmigo como unos buenos compañeros, y me decían que lo mismo les podía haber sucedido a ellos; y que tan pronto como me repusiera del todo habría que pensar solamente en que esto no echase a perder mi porvenir, entonces me propuse desembarazar mi camino y borrar mi falta. Hay un adagio en el Oeste que dice: «La Omnipotencia divina aborrece al que desiste.» Es uno de los dogmas más estimulantes de su admirable teología práctica. Yo había tenido ya que luchar en otras ocasiones difíciles; determiné luchar también en esta. Triunfé tan completamente, que me pareció muy natural continuar los trabajos que Ingleby y yo habíamos proyectado y emprendido juntos. Cuando necesité sus notas, vine a su casa, sin escrúpulo alguno, para rogar a su viuda — a la mujer que por mi error había quedado viuda — que me permitiese usar aquellas notas.

Vine aquí con el alma rebosante del goce de la vida y del amor, sintiendo apenas la pasajera congoja del remordimiento; y entré en esta casa que había quedado sin dueño, en este hogar sin cabeza, sabiendo que tenía que ver a la mujer que había enviudado por mi culpa. En verdad, «los molinos del Señor muelen lentamente, pero muelen una harina muy fina». Me había echado

de encima demasiado fácilmente un remordimiento que debía pesar sobre mí durante toda la vida.

Me encontré con que la mujer que por mi culpa había enviudado era... la mujer con quien estaba próximo a casarme. ¡Dios mío! ¿Podía yo imaginar un castigo tan duro?

— Jim — dijo Myra amablemente —, ¿por qué no consideras desde otro punto la cuestión? ¿No se te ocurre que el Señor, con su maravillosa bondad, te ha puesto en condiciones de poder cuidar de la viuda de Miguel, que había quedado desamparada y sola? ¿Que al salvar su vida con la fuerza de tus manos — de *tu mano derecha* también — has reparado la muerte que tu mano, involuntariamente, produjo? ¿Que aunque el pasado no puede borrarse, a veces puede ser destruido por el presente? ¡Oh Jim! ¿No podrías ver las cosas de este modo y reservarte el derecho de cuidar de mí para siempre? ¡Amado mío! ¡No nos separemos nunca desde este momento! Me iré contigo en seguida. Podemos conseguir una licencia especial y casarnos inmediatamente. Dejaremos Shenstone, dejaremos la casa de Park Lane y viviremos lejos, donde tú quieras, Jim. ¡Me basta con que estemos juntos... juntos! Casémonos hoy mismo. Margarita O'Mara me acompañará hasta que nos hayamos casado. Porque yo no puedo afrontar la vida sin ti, Jim..., ¡no puedo!, bien lo sabe Dios, ¡no puedo!

Jim Airth la contemplaba, y en sus tristes ojos brilló un rayo de esperanza.

Luego miró a lo lejos, como para evitar que la belleza de Myra, suplicante, fuese una tentación demasiado peligrosa, mientras meditaba su decisión. Alzó los ojos, que fueron a posarse, ¡oh desgracia!, en el retrato que había sobre la chimenea.

Jim se estremeció.

— Yo no podré nunca casarme con la viuda de lord Ingleby — dijo —. Myra, ¿cómo puede desearlo? Esto que ahora deseamos llegaría a ser nuestra obsesión. Sería una cosa mala; antinatural. Día y noche lo tendríamos siempre presente. Se colocaría entre nosotros dos. Algún día llegaría a reprocharme...

— ¡Ah, calla! — exclamó vivamente Myra —. ¡Esto no! Bastante he sufrido. ¡Al menos ahórrame esto!

Luego, olvidándose una vez más de su propio dolor, preguntó con dulce ansiedad:

— ¿No encontrarías en mí la felicidad, Jim?

— ¿La felicidad? — exclamó Jim violentamente —. ¡Sería un infierno!

Lady Ingleby se levantó; tenía el rostro blanco como los lirios que estaban detrás de ella, en un ángulo del saloncito.

— Entonces es cosa resuelta — dijo — y creo que lo mejor será que no hablemos más de ello, ¿no le parece? Voy a llamar para que traigan el te. Si me permite

usted unos segundos, mientras lo traen, buscaré entre los papeles de mi esposo y procuraré separar los que necesita para su libro.

Salió rápidamente. A través de la puerta cerrada, aquel hombre que había quedado solo la oía dar órdenes tranquilamente en el *hall*. Jim atravesó el salón en dos zancadas, dispuesto a seguirla. Al llegar a la puerta se detuvo, giró sobre sus talones y retrocedió lentamente.

Permaneció frente a la chimenea, inclinada la cabeza, rígido, inmóvil.

De pronto levantó sus ojos hacia el retrato de lord Ingleby.

— ¡Maldito seas! — dijo con los dientes apretados, golpeando con sus puños sobre el mármol de la chimenea —. ¡Malditos tus explosivos! ¡Y malditas tus invenciones! ¡Y maldito tú, porque ha sido tuya primero!

Luego se dejó caer en una butaca, ocultando la cara entre las manos. — ¡Perdóname, Dios mío! — murmuró con voz entrecortada —; pero hay un límite para la capacidad del sufrimiento de un hombre.

No notó casi la entrada del criado que llevaba el te. Mas cuando oyó que a la puerta se detenían unos pasos ligeros, levantó su rostro macilento con la esperanza de ver a Myra.

Entró una mujer silenciosa, sencillamente vestida de merino negro. El cuello y los puños de blanca ba-

tista le daban un aire de *nurse* de hospital. Sus oscuros cabellos, sencillamente peinados; formaban una trenza que coronaba su cabeza. Se acercó respetuosamente; pero había una serena dignidad en su actitud.

— He venido a servir a usted el te, milord — dijo —. Lady Ingleby no se encuentra bien, y es de temer que no pueda abandonar sus habitaciones. Me ha encargado que entregue a usted estos papeles.

Entonces el conde de Airth y Monteith se puso en pie y le tendió la mano.

— Supongo que será usted la señora O'Mara — dijo —. Celebro mucho saludarla, y agradezco su atención de venirme a servir el te. Ya había oído hablar de usted. Me parece que la vi ayer a la puerta de su casita; cuando entré, en el coche, en la avenida. Muchas veces; cuando estábamos hombro contra hombro; en tiempos peligrosos y difíciles, he tenido ocasión de respetar y de admirar a aquel valiente camarada que se llamó el sargento O'Mara.

.....

Antes de abandonar Shenstone, Jim Airth sentóse en el escritorio de Myra y escribió una carta que entregó a la señora O'Mara para que la pusiera en manos de lady Ingleby en cuanto él se marchase.

«No me extraña que no se sienta usted en condiciones de volver a verme. Le pido perdón por todos los dolores que le he causado y le estoy causando. Me mar-

charé al extranjero en cuanto pueda; pero me veo obligado a permanecer en la ciudad hasta que concluya el trabajo que me he comprometido a hacer para mis editores. Tardaré un mes, por lo menos.

Myra, si desea algo de mí — quiero decir, si *necesita* usted de mí —, vendré inmediatamente; basta que telegrafíe a mi club.

¿Puedo atreverme a preguntarle cómo sigue?

Cordialmente suyo, *Jim Airth.*»

Lady Ingleby contestó esta carta al día siguiente.

«Querido Jim: siempre necesitaré de usted; pero no le llamaré nunca, a menos que su venida signifique la felicidad para ambos.

Creo que decidió usted lo que consideraba justo.

Estoy completamente bien.

Que el Señor le bendiga siempre. *Myra.*»

CAPITULO XX

Nueva esperanza

En los días que siguieron, Jim Airth sufrió todos los tormentos que acometen a un hombre que toma una resolución instigado por el orgullo más bien que por la convicción.

Siempre le había parecido esencial que un hombre debía aparecer sin cosa alguna vituperable o vergonzosa a los ojos de la mujer amada. Por tanto, verse de pronto obligado a admitir que un error fatal cometido por él mismo había sido, en el pasado, causa de luto y tristeza para ella, constituía una humillación, tácita, pero intolerable. Que ella tuviese algo que tolerar y que perdonar al aceptarle a él y al aceptar su amor, era una situación a la que no podía fácilmente someterse; y su devoción y su dulce generosidad antes servían para agravar que para aplacar la herida de su orgullo.

Había sido veraz y honrado, hasta cierto punto, al exponer a Myra las razones por las cuales consideraba imposible el matrimonio entre los dos. Había dicho

todas aquellas cosas que él suponía que podría decir cualquiera. Lo que había dicho con tanta crueldad no era sino el juicio que habría formulado si se le hubiera pedido su opinión acerca de otro hombre y otra mujer que se encontrasen en idénticas circunstancias. Al pronunciar aquellas palabras, le habían parecido trágicamente merecedoras de aplauso, estoicamente justas. Sabía que estaba infligiendo un dolor casi insoportable para él mismo y para aquella mujer que le había entregado enteramente su amor; mas aquel dolor le parecía necesario por las trágicas exigencias de aquella horrible situación. Pero después de haberla dejado definitivamente, y cuando se encontraba de nuevo camino de la ciudad, Jim Airth se dió cuenta de que el dolor que con su resolución había producido en ambos no era sino un consuelo que había buscado su orgullo herido. El error había sido suyo, y para restablecer su superioridad sobre la mujer amada había adoptado, sin vacilar, aquella decisión tan dura, que le condenaba a un castigo muy superior a la falta cometida.

Mas cuando la violencia y la tensión primeras hubieron pasado, la natural rectitud de su conciencia reafirmóse en el de nuevo, forzándole a confesar que en el fondo de su presuntuosa tragedia palpitaba su orgullo egoísta.

Myra había considerado el caso de una manera sencilla y amorosa, que era la única justa y recta; él, en

cambio, al oponerse a su criterio, había sumido cruelmente a ambos en un abismo desesperado de innecesarios sufrimientos.

Fué poco a poco dándose cuenta de que, al obrar así, había infligido deliberadamente a la mujer amada un dolor más cruel que el que involuntariamente le había producido en el pasado.

El pesar y el remordimiento comenzaron a roer su corazón, y a esto se añadía el anhelo, casi insufrible por su vehemencia, de ser el dueño de Myra. Pero Jim no podía volver junto a ella para hacer esta confesión, todavía más humillante, de una segunda falta.

Su única esperanza era que Myra encontrase insufrible su separación y le llamase. Pero pasaban los días y no sabía nada de Myra. Había dicho ella que no le llamaría a menos que su venida significase la felicidad para él. Parecía que persistía tranquilamente en esta decisión.

En un hombre fuertemente viril el amor hacia una mujer es, en sus cualidades esenciales, naturalmente egoísta. La tónica es «yo necesito»; la nota dominante es «yo deseo», y el acorde perfecto es «yo debo poseer».

En cambio, el amor de una mujer hacia un hombre es esencialmente desinteresado. La nota tónica es «él necesita de mí»; la dominante, «yo soy suya para que haga de mí lo que quiera»; el acorde perfecto, «me entregaré a él enteramente». En el Cantar de los Cantares,

uno de los más hermosos poemas de amor que han sido escritos, encontramos un ejemplo de esa verdad. Vemos en él cómo el corazón de la mujer aprende su lección de amor en un bello crescendo de renunciación. En la primera estrofa dice ella: «mi amado es mío y yo soy suya»; en la segunda, «yo soy suya y él es mío»; pero en la tercera todo ello se funde en el placer instintivo de entregarse: «yo soy de mi amado y sus deseos van hacia mí».

Esta es la actitud natural entre los sexos, según los designios de la sabiduría del Creador; mas estos designios se ajustan a unas condiciones de perfección ideal, y ninguna ley perfecta está destinada a regir la imperfección. Por tanto, si el resultado es un fracaso, el defecto está en los que cumplen la ley, no en la imperfección de ella.

En aquellos casos raros en que el amor es ideal, el «yo tomo» del hombre y el «yo doy» de la mujer se funden en una unión ideal en la que ambos mutuamente se completan y modifican. Pero cuando el pecado aparece, ha sonado una nota falsa en la armonía y el gran acorde del amor mutuo ya no resuena como verdadero.

En su amor perfecto, Jim Airth había introducido la discordia del falso orgullo. Lo había convertido en norma de su conducta, y la sinfonía de su vida, tan hermosa al principio con el dulce tema de su mutuo amor y su confianza, había perdido ahora su armonía

y se agitaba en una desesperada discordancia. El hecho mismo de que Myra, siguiendo fielmente su confiado desinterés, aceptara sin murmurar su decisión, hacía su reconciliación más difícil. Y así fueron pasando las semanas.

Jim Airth trabajaba febrilmente en las pruebas de su libro, bebiendo y fumando cuando debiera haber estado comiendo y durmiendo; saliendo rápidamente después de dos o tres días de estar continuamente sentado a la mesa de trabajo; entregándose a ratos a su tarea con desesperada violencia.

Fué hacia Shenstone por la noche; se sentó, con el espíritu lleno de amargura, bajo las hayas, rodeado de las vacías sillas de mimbre — ¡una silenciosa y espiritual *garden-party*! —; contempló el amanecer sobre el lago; rondó la casa en que lady Ingleby dormía, y logró, con dificultad, escapar de las manos del criado de Myra que vigilaba por la noche. Y marchó para Londres, en el primer tren de la mañana, con el corazón más enfermo que al llegar a Shenstone.

Otro día marchó súbitamente a Paddington, tomando el tren hasta Cornwall, y asombrando a las señoritas Murgatroyd al entrar majestuosamente en el salón del Cafe-Bar, como pálido fantasma de sus antiguos días felices. Después fué a la Ensenada de la Herradura, trepó al acantilado y pasó la noche en la oquedad, entregándose desconsoladamente a los maravillosos recuerdos de que aquel lugar estaba rodeado.

Fué entonces cuando apareció para Jim Airth una nueva esperanza al pensar que era posible aceptar un punto de vista mejor.

Cuando estaba sentado en la oscuridad, acariciando solitario el recuerdo de su desgracia, tuvo de pronto la extraña sensación de que Myra estaba a su lado. Le parecía que sus ojos dulces y pensativos se volvían hacia él en la oscuridad; su tierna boca le sonreía amorosamente, mientras aquella voz, que él conocía tan bien, preguntaba regocijada: «¿Qué le ocurre a usted, querido amigo mío?»

Acababa de meter la mano en el bolsillo y sacaba su frasco de licor. Lo sostuvo en alto, encantado, mientras se oía su «gluc-gluc»; luego lo lanzó en las sombras, hacia el mar. «Davy Jones lo recogerá — dijo, riéndose — *dondequiera que esté*.» Esta era la primera vez que Jim Airth reía desde aquella tarde en que había reído bajo las hayas de Shenstone.

Luego, siempre bajo la extraña sensación de la presencia de Myra, apoyó sus espaldas contra el acantilado, de cara al mar iluminado por la luna. Le parecía como si de nuevo la sostuviese, estrechándola entre sus brazos, toda trémula, sin que ofreciese resistencia, manteniéndola en seguridad hasta que su temblor hubo cesado, durmiéndose luego con el sueño tranquilo de un niño feliz.

Todo lo mejor y lo más noble que en el alma de Jim

dormía se despertó con el bendito recuerdo de su leal fortaleza y de la tranquila confianza de Myra.

— ¡Dios mío! — dijo —. ¿Qué pesadilla ha sido esta? ¿Y cómo he sido yo tan loco para pensar que podía haber algo que nos separase? ¿No era ya completamente mía desde aquella noche sagrada que pasamos aquí? ¡Y la he dejado desconsolada y sola!... Debo ir en seguida en busca de mi amor. Ni el pasado, ni mi vergüenza, ni mi orgullo volverán a interponerse entre nosotros.

Se incorporó, apoyándose sobre los codos, y miró más allá del saliente. La luna brillaba sobre las aguas rizadas que batían la base del acantilado. Su luz, tan brillante, le permitía leer la esfera del reloj. ¡Media noche! Tenía que esperar hasta las tres, que es cuando la marea comenzaba a bajar. Reclinóse de nuevo con los brazos cruzados sobre el pecho; y dentro de su pecho, Myra.

Dos minutos después, Jim Airth dormía profundamente.

Se despertó con el alba. Descendió a la costa, y una vez más recorrió nadando el áureo camino hacia el sol naciente. Cuando volvió a la playa le parecía que en aquellas aguas alegres y agitadas habían quedado todos los vestigios de su negra pesadilla.

Al encaminarse hacia la estación pasó frente a una granja. La mujer del granjero se había levantado al

amanecer para batir manteca. Le preparó muy gustosa un sencillo desayuno de pan casero con manteca recién batida.

Jim Airth alcanzó el expreso de las seis para Londres, tomó el Metropolitano, se afeitó y almorzó en su club.

A las tres menos cuarto iba bajando hacia Piccadilly, lleno de buenos propósitos y pensando qué tren tomaría para Shenstone, o si, como era su deber, iría primero a ver a sus editores, cuando un muchacho de telégrafos entró precipitadamente en el club, y un momento después el portero corrió tras de Jim con un telegrama.

Jim Airth lo leyó; lanzó una mirada a su reloj; luego se metió de un salto en un *taxi* que pasaba.

— ¡A la estación de Charing Cross! — gritó al chófer —. ¡Una libra si llegamos en cinco minutos!

Cuando cayó la tablilla del «disponible» y el *taxi* comenzó a deslizarse rápidamente entre la hilera de vehículos, Jim Airth desdobló el telegrama y lo leyó de nuevo.

Había sido puesto en Shenstone a las cuatro y cuarto.

«Venga en seguida a mi lado. Myra.»

Jim lanzó una exclamación triunfal.

CAPITULO XXI

Miguel Véritas

Aquella mañana, mientras Jim Airth, después de adoptar una nueva resolución y de considerar sus asuntos desde un punto de vista más optimista, abandonaba rápidamente Cornwall, lady Ingleby contemplaba, sentada bajo los castaños, a Ronald y a Billy que jugaban al tennis.

Iban a tomar parte en un concurso y habían descubierto que era precisa una práctica constante, que, por lo visto, sólo en Shenstone podía conseguirse. En realidad, venían con tanta frecuencia movidos de una cordial ansiedad por su amiga, de cuya inesperada desventura habían sido los únicos testigos. Lady Ingleby se negaba a recibir otras visitas que las suyas. En la penosa incertidumbre de aquellas pocas semanas durante las cuales Jim Airth permanecía todavía en Inglaterra, Myra temía las preguntas y los comentarios. A Juana Dalmain le había contado la verdad completa. Los Dalmain estaban en Worcester, asistiendo a un festival musical en la más noble de las catedrales

inglesas; pero esperaban regresar pronto a Overdene, y para entonces Juana le había prometido correr a su lado.

Entretanto, Ronald y Billy iban a Shenstone con frecuencia, poniendo sus mejores deseos en parecer alegres; pero el aspecto delicado de Myra y sus grandes ojos patéticos les traía alarmados y aterrados. Evidentemente, las cosas habían ido mucho peor de lo que era de esperar. En seguida habían comprendido ellos que Airth no se casaría con lady Ingleby, pero no se les había ocurrido nunca que lady Ingleby siguiera deseando casarse con Airth. Ronald negaba resueltamente que las cosas estuviesen en este estado, pero Billy lo afirmaba, aunque rehusando exponer sus razones.

Ronald no había conseguido nunca sacar a Billy una palabra de lo que sucedió al decir él a lady Ingleby que Jim Airth era *aquella persona*.

— Para saber lo que sucedió debieras haber ido tú mismo a decírselo — decía Billy —; y me ahorrarás una molestia innecesaria si no me lo vuelves a preguntar.

Así fueron pasando los días, y aunque ella se mostraba siempre amablemente complacida al recibir la visita de los dos, no se había presentado nunca la ocasión propicia para que Ronald asumiese el papel de «varonil consolador».

— Tendré que renunciar a ella — decía al fin Ronnie, con el alma amargada —; te digo que tendré que renunciar a ella; ¡y me casaré con la duquesa!

— No seas impío — aconsejaba Billy —. Sería preferible buscar a Airth y hacerle comprender discretamente que dejar que lady Ingleby vaya languideciendo con el corazón destrozado no es la mejor manera de compensar aquella explosión que acabó con la vida de su esposo. Siempre pensé que nuestras noticias no producirían en ella ningún cambio, desde el momento en que la vi tan significativamente ruborizada al decirnos su nombre. ¡Apostaría cualquier cosa a que no se ruborizó nunca al hablar de Ingleby! No creía yo que nadie pudiera enamorarse así después de cumplidos los veinte.

— ¡Entonces, no conoces mucho a las mujeres! — profirió desdeñosamente Ronnie —. Yo he visto ruborizarse a la duquesa.

— Querrás decir ponerse de color escarlata — corrigió Billy —. Eso también me ocurre a mí, amigo mío; pero ya es harina de otro costal, «como usted sabe muy bien».

— ¡No seas vulgar! — suspiró Ronnie con tono de hastío —. Dejemos estas cosas y vámonos a Londres.

Pero al día siguiente volvieron a Shenstone más temprano que de costumbre.

Aquella mañana sentía lady Ingleby una extraña

sensación de descanso y de paz; no la anhelante expectación de una futura felicidad, sino la resignación ante lo inevitable. Se sentía también menos alejada de Jim Airth. La noche anterior se había dormido acosada por el recuerdo obsesionante de Cornwall y de la ascensión al acantilado. A media noche se despertó sobresaltada, creyendo encontrarse en la oscuridad y temiendo caer. Mas en aquel instante le pareció que los brazos de Jim la sostenían y la ponían a cubierto de todo peligro; una vez más debía a Jim aquella exquisita sensación de fortaleza y de descanso.

Tan intensamente vivido había sido el sueño, que sus efectos persistían aún cuando Myra se levantó. Y así ahora brillaba en su dulce rostro una fina sonrisa placentera cuando se sentó para contemplar a los jugadores de tennis.

— Está empezando a olvidar — pensó complacido Ronnie —. ¡Mi *vantage!* (1) — gritó significativamente a Billy hacia el otro lado de la red.

— ¡*Deuce!* (2) — respondió Billy, lanzando la pelota con inusitada violencia.

— ¡No! — exclamó Ronnie —. ¡Fuera, amigo mío! He ganado mi juego y un *love* (3).

— Quédense ustedes a comer, amigos míos — dijo

(1) Un término del tennis que también significa *ventaja*.

(2) Un término que indica que cada uno ha ganado tres puntos; también equivale a *diantre, demontre*.

(3) Término del tennis que también significa *amor*

lady Ingleby, mientras tocaba el gong; y los tres se encaminaron alegremente hacia la casa.

Cuando de nuevo pasaron por el vestíbulo, sus autos estaban todavía a la puerta; los despidieron y volvieron a buscar sus raquetas.

En aquel momento oyeron el agudo tintineo del timbre de una bicicleta. Un muchacho acababa de llegar con un telegrama. Groatley, mientras el muchacho se marchaba, puso el telegrama en la bandeja de plata que tomó de la mesa del vestíbulo y fué en busca de lady Ingleby a su saloncito.

Se hizo repentinamente en la casa un silencio tan profundo, que Ronald y Billy se pusieron a escuchar.

— Las dos menos veinte — dijo Billy, mirando al reloj —. Ha pasado un ángel.

Un minuto después, un grito agudo se oyó en el saloncito de lady Ingleby, un grito en el que se entremezclaban el aturdimiento, el asombro y el consuelo. Los dos muchachos se miraron atónitos. Luego, sin hacerse pregunta ni observación alguna, se lanzaron hacia la habitación de su amiga. Lady Ingleby estaba en medio del salón con un telegrama abierto en la mano.

— ¡Jim! — decía —. ¡Oh Jim!

Su rostro estaba tan transfigurado por el reconocimiento y la alegría, que ni Ronald ni Billy preguntaron nada. Se contentaban, sencillamente, con contemplarla.

— ¡Oh Billy, oh Ronald!—decía Myra—. *¡No fué él!* Piensen ustedes lo que esto significa para Jim. ¡Llaman a ese muchacho! ¡Pronto! Me han traído un telegrama. Necesito llamarle en seguida... ¡Oh Jim, Jim!... Decía que daría su vida por el consuelo que hubiera sentido si alguien, entrando en su tienda, le hubiese dicho que *aquello* no había sucedido... Ahora seré yo ese «alguien»... ¡Oh! ¿Cómo se escribe Piccadilly? Tengan la bondad de llamar a Groatley. Si no perdemos tiempo, podrá aún alcanzar el exprés de las tres... Groatley, diga al muchacho que lleve este telegrama y que lo envíen inmediatamente. Déle usted un duro y que se quede con la vuelta... Oiganme ustedes, amigos míos... ¡Pero cierren la puerta!

A aquel torbellino de excitación había sucedido una repentina calma. Lady Ingleby se dejó caer en el sofá y ocultó, por un momento, el rostro entre los almohadones.

En medio del silencio se oía al muchacho de telégrafos que se alejaba rápidamente, tocando innecesariamente su timbre gran número de veces. Cuando dejó de oírle, lady Ingleby levantó la cabeza.

— Miguel vive — dijo.

— ¡Gran Dios! — exclamó Ronnie dando un paso hacia adelante.

Billy no pronunció palabra, pero se quedó muy pálido; retrocedió hasta la puerta para apoyarse en ella.

— ¡Piensen ustedes lo que esto significa para Jim Airth! — dijo lady Ingleby —. Piensen ustedes en su desesperación y en su desgracia, en lo que ha padecido; y después de todo, *no lo había hecho...*

— ¿Podemos ver?... — preguntó Ronald ansiosamente, tendiendo la mano hacia el telegrama.

Billy humedeció sus labios secos, pero de su boca no salió sonido alguno.

— Léalo — dijo Myra.

Ronald tomó el telegrama y lo leyó en voz alta:

«A Lady Ingleby, Parque de Shenstone. Shenstone. Inglaterra.

Noticia de mi muerte, un error. Caí prisionero Targai. Escapé. Llegué Cairo. Grandes gratificaciones que pagar. Gira cable inmediatamente quinientas libras a Cook.

Miguel Véritas»

— ¡Gran Dios! — dijo Ronnie de nuevo.

Billy no dijo nada, pero sus ojos no se apartaban de la faz radiante de Myra.

— Piensen ustedes lo que esto representará para Jim Airth — repetía.

— ...Sí — dijo Ronnie —. Esto hace que la situación cambie considerablemente... para él. ¿Y qué significa Véritas?

— Esta — replicó lady Ingleby — es nuestra clave privada, de Miguel y mía. Una vez mi madre me tele-

grafió a mí con el nombre de Miguel y a Miguel con el mío — mi buena mamá tenía a veces cosas excéntricas — y aquello trajo consigo algunas complicaciones. Miguel se incomodó mucho, y desde entonces comenzamos a firmar nuestros telegramas «Véritas», que quiere decir: este es verdaderamente mío.

— ¡Tal como lo pensábamos! — dijo Ronnie —. El, prisionero, y nosotros marchándonos de allí. Pero yo recuerdo ahora que siempre habíamos sospechado que en Targai habían caído prisioneros algunos de los nuestros. Ya sabe usted que fué imposible encontrar pruebas materiales de la muerte de lord Ingleby. Quiero decir que no hubo entierro. Nosotros supusimos que había muerto, porque creíamos que estaba dentro del túnel. Quizá salió de él y se metió entre el primer tropel de soldados, y no pudo luego retroceder. Naturalmente, habrá llegado al Cairo sin dinero y sin medios de regresar a su hogar, y las gentes que le ayudan se pegan a él como sanguijuelas hasta que suelte el dinero. ¿Piensa usted cablegrafiarle en seguida?

Lady Ingleby parecía recapacitar con dificultad.

— Naturalmente; hay que enviar el dinero y hay que enviarlo pronto. Ronnie, ¿quiere usted ir a Londres en mi lugar para ocuparse de esto? Le daré un cheque y una nota para mis banqueros; ellos sabrán cómo girarlo por cable. ¿Quiere usted, Ronnie? Miguel no debe esperar más; pero yo necesito permanecer aquí

para hablar con Jim. No se me ha ocurrido que yo misma podía haber ido a Londres; pero ahora he telegrafiado ya a Jim para que venga aquí. ¿Quiere usted ir, mi querido Ronnie?

— Naturalmente que quiero — dijo Ronald jovialmente —. Hay un auto a la puerta. Puedo alcanzar el tren de las dos y treinta, si escribe usted la nota en seguida. No hace falta el cheque. Escriba usted simplemente unas líneas autorizando a sus banqueros para enviar el dinero; he de verme con ellos personalmente; les explicaré el asunto y les daré prisa. A ser posible, el dinero estará en el Cairo esta noche.

Lady Ingleby se dirigió hacia su escritorio.

El roce de su pluma sobre el papel era el único ruido que interrumpía el silencio.

Entonces habló Billy.

— Yo iré contigo — dijo con voz ronca.

— ¿Para qué? — objetó Ronald —. Puedes ir en el auto hasta Overdene, y contarles lo que ocurre.

— Yo voy a Londres — dijo Billy con decisión.

Luego se dirigió hacia la mesa en que estaba el telegrama —. ¿Puedo copiar esto? — preguntó a lady Ingleby.

— Cópielo usted — respondió ella sin mirar.

— Y usted, Ronnie, tome el original para enseñarlo en el banco. ¡Ah, no! Necesito conservarlo para Jim. Aquí hay papel. Haga usted dos copias, Billy.

Billy había copiado ya el telegrama en su cuaderno de notas. Lo copió de nuevo con mano trémula y entregó la hoja a Ronald, sin mirarle.

Una vez escrita la nota, lady Ingleby se levantó.

— Gracias, Ronald — dijo —. Le estoy sumamente agradecida. Creo que podrá usted coger el tren. Adiós, Billy.

Pero Billy estaba ya en el auto.

CAPITULO XXII

La esposa de lord Ingleby

El viaje desde la ciudad había sido todo lo satisfactoriamente rápido que Jim deseaba. Había llegado a Charing Cross cinco segundos antes de que el tren partiese.

La hora que el tren empleaba en recorrer la distancia pasó rápidamente en una esplendorosa anticipación de aquello que iba acercándose a cada vuelta de las ruedas.

Muchas veces sacó de su cartera el telegrama de Myra. Cada una de sus palabras le parecía contener una significación rebosante de ternura. «*Venga en seguida a mi lado.*» Era exactamente la manera de expresarse simple y directa, peculiar a Myra. Cualquiera otra persona hubiera dicho «Venga aquí» o «Venga a Shenstone» o sencillamente «Venga». «Venga a mi lado» parecía una tierna, aunque inconsciente respuesta a su resolución de la noche última: «Debo irme en busca de mi amor.»

Ahora que su separación estaba próxima a termi-

nar se daba cuenta de lo horrible que había sido aquel vacío de tres semanas transcurridas lejos de Myra. La dulzura de su persona se había de tal suerte insinuado y entremezclado en su vida, que necesitaba de ella, no a ratos y en ciertas circunstancias, sino para siempre, como el aire que respiraba, como la luz que alumbraba el día. ¿Y ella? Sacó de la cartera una carta rozada y deteriorada, la única carta que había recibido de Myra. «Siempre — decía — necesitaré de usted, pero no le llamaré nunca, a menos que su venida signifique la felicidad para ambos.»

Mas ahora le había llamado. Entonces ella le esperaba para ofrecerle la felicidad en abundancia. ¿Habría adivinado Myra, intuitivamente, el cambio de espíritu de Jim? ¿O habría medido aquellas desesperadas ansias que sentía por ella, y habría comprendido que el satisfacerlas *debía* significar la felicidad, cualesquiera que fuesen las pesadumbres que quedaran en el fondo?

Pero en el fondo no habría sino un goce perfecto cuando Myra fuese su esposa. ¿No podría volver la hoja hasta llegar a una página inmaculada en el libro de su vida? Cada página debía descubrir una felicidad nueva y contener una nueva sorpresa acerca de lo que la vida y el amor significan. Ya sabría él cómo preservarla de las desalentadoras sombras de la desilusión. Aun ahora era un deber suyo el librarla de ellas. ¡Cuántas cosas no tendría él que contarle de las inquie-

tudes de su corazón en aquellas semanas de desventura! La noche última se había propuesto contárselo todo; se había propuesto decirle: «He pecado contra los cielos — los cielos de nuestro amor — y contra ti; yo no soy digno...» ¿Pero no era una cosa esencial para la felicidad de una mujer creer que el hombre amado es absolutamente digno? Una vez más sacó del bolsillo aquella ajada carta. «Creo que usted decidió lo que consideraba justo», escribía Myra. ¿Para qué abrumarla con explicaciones? Dejemos al pasado que entierre a sus muertos. ¿Para qué empañar ni por un momento aquella alegría que iba a alumbrar sus pasos hacia una nueva vida? ¡Y qué vida! ¡Unido para siempre a Myra...!

— ¡Shenstone! — gritó un mozo; y Jim Airth atravesó el andén antes de que el tren se hubiese detenido.

El carruaje de Myra esperaba fuera de la estación; mas esta vez Jim Airth empuñó las riendas con una alegre sonrisa, y fustigó ligeramente al caballo delantero. Antes había dicho, en respuesta al mensaje de «la señora»: «Yo no guío nunca los caballos de los demás»; pero ahora... «Todo esto es mío, muchacho..., y tuyo también.»

Iba silbando la canción de Huntingtower mientras guiaba el coche a través de los pajares. En las partes angostas del camino, las clemátides, que se desbordaban de los setos, rozaban sus hombros. Era un placer sentirse vivir en un día así. Y era un placer también el no

haber abandonado Inglaterra en una estación que es, en Inglaterra, la más hermosa estación del año.

...¿Deberían ir a su *home* de Escocia a pasar la luna de miel, o volverían a Cornwall?

¡Qué linda aquella ermita en el camino!

Evidentemente, Myra no acostumbraba aflojar la marcha cuando atravesaba la puerta. ¡Cómo se lanzaban los caballos a través de ella, y por la avenida adelante! ¡Pobre señora O'Mara! Había sido difícil mostrarse cortés con ella, cuando apareció en lugar de Myra para servirle el te.

Naturalmente, sería muy divertido ir a Escocia, donde había tantas cosas que ver; pero Cornwall significaba más para ellos, por los recuerdos que despertaba. Sí; lo dispondría todo para pasar la luna de miel en Cornwall; se casarían por la mañana, en la ciudad; nada de exhibiciones; después se irían inmediatamente a la vieja Posada del Moro. Después de comer se sentarían en el cenador de madreselva, y...

Groatley le condujo hasta el saloncito de Myra.

No había nadie en él.

Se dirigió hacia la chimenea. Le pareció que habían transcurrido años desde aquella noche en que, en un arrebato de furia contra el Destino, golpeaba con sus puños el borde del mármol. Alzó los ojos hacia el retrato de lord Ingleby. ¡Pobre camarada! Miraba a su perrito, tan contento y tan satisfecho de sí mismo.

Pero daba la impresión de que había sido siempre para Myra más bien un padre, que su... que otra cosa.

Había un telegrama sobre el mármol de la chimenea. Tenía escrita la dirección completa, según la costumbre de las oficinas rurales de comunicaciones, en las que suele haber poco trabajo. El papelito azul atrajo la atención de Jim Airth, que casi inconscientemente lo cogió y lo leyó. «*Lady Ingleby, Parque de Shenstone. Inglaterra.*» Volvió a dejarlo. «¿Inglaterra?», se preguntó inútilmente. «¿Quién podrá telegrafiarle desde el extranjero?»

Luego se volvió. No la había oído entrar, pero estaba ya detrás de él.

—¡Myra!—exclamó, estrechándola contra su corazón.

El arrobamiento y el consuelo de aquel momento eran inefables. Ninguna palabra hubiera sido entonces oportuna. No podía sino abrazarla en silencio, con todas sus fuerzas, y creer que, al fin, estaba ya segura en sus brazos.

Myra levantó los suyos, enlazando las manos alrededor del cuello de él; ocultando su rostro contra su pecho... Jim se dió vagamente cuenta de un cambio sutil que se produjo en la calidad del abrazo de Myra; la ternura apasionada de la mujer parecía esfumarse: más bien parecía un niño pequeño que se colgaba confiadamente de su cuello. Un presentimiento inquietante, que no había previsto, asaltó a Jim Airth.

— ¡Un beso, Myra! — dijo imperativamente; y ella, acercando su dulce rostro, le besó en seguida. Pero era el beso puro y cariñoso de un niño pequeño.

Luego se apartó de sus brazos, y retrocediendo unos pasos, miró a Jim toda confusa. Había en su rostro un resplandor celestial.

— ¡Oh Jim! —dijo—. ¡Son maravillosos los caminos del Señor! Tengo una gran noticia que darle, amigo mío. Hemos de dar gracias a Dios porque esta noticia ha llegado antes de que fuese imposible llamar a usted. Ya que, inconscientemente, añadí un peso terrible a la cruz que había de arrastrar durante toda su vida, soy también la que tiene el privilegio de librarle de su cruz. Jim... *usted no hizo lo que cree haber hecho.*

Jim Airth la contemplaba turbado y asombrado. Pensó, involuntariamente, en el que está condenado a una muerte próxima y violenta.

— ¿Qué es lo que no hice, querida mía? — preguntó amablemente, como si estuviese hablando a un niño pequeño al que tuviese deseos de no asustar.

— Usted no mató a Miguel.

— ¿Por qué cree usted que yo no maté a Miguel? — preguntó Jim tiernamente.

— Porque — dijo Myra, con las manos cruzadas— Miguel vive.

— Querida mía — dijo Jim con ternura —, no está usted bien. Estas tres terribles semanas, además de

los días que las precedieron, han sido una prueba demasiado fuerte para usted. Esta tensión la ha trastornado. Obré como un bruto al marcharme dejándola a usted sola. Pero sabe usted bien que hice lo que entonces creí justo, ¿no es cierto, Myra? Ahora veo las cosas de una manera completamente diferente. Su punto de vista era el único verdadero. Deberíamos haber hecho lo que usted pensaba y habernos casado en seguida.

— ¡Oh Jim! — dijo Myra —. Gracias a Dios, no lo hicimos. ¡Hubiera sido tan horrible ahora! En este caso, «Su mano me dirige y Su mano derecha me sostiene». En nuestra inconsciente ignorancia podíamos haber ido los dos juntos demasiado lejos, sin saber que Miguel vivía.

Por la frente de Jim Airth corrían gotas de sudor.

— Amada mía, está usted enferma — dijo con una ansiedad angustiosa en la voz —. Siéntese tranquilamente en el sofá, mientras toco el timbre. Necesito hablar con la señora O'Mara o con alguien. ¿Por qué no me lo dijeron estos necios? ¿Ha estado usted mala durante todas estas semanas?

Myra se dejó conducir hasta el sofá; Jim permaneció de pie frente a ella, que le sonreía tranquilamente.

— No toque usted el timbre, Jim — dijo Myra —. Maggie O'Mara está en el Lodge y Groatley se quedaría asombrado. Estoy completamente bien.

El miró a su alrededor como hombre que no sabe

qué hacer, pero que piensa que hay que hacer algo. Sobre una mesa cercana había un gran abanico de marfil, delicadísimamente trabajado. Jim lo cogió y se lo entregó a Myra. Lo tomó ésta, y como una atención hacia él; lo abrió, abanicándose lentamente mientras hablaba.

— No estoy enferma, Jim, querido amigo; no lo estoy. Estoy sólo extraordinariamente agradecida y me siento feliz. Parece cosa demasiado maravillosa para que pueda ser comprendida por nuestros pobres corazones de arcilla. Me asusta un poco el futuro..., pero estoy segura de que usted me ayudará a afrontarlo. Estoy más bien preocupada por algunas cosas pequeñas, en las que he obrado desacertadamente. Le parecerá a usted una locura, pero tan pronto como me di cuenta de que Miguel iba a volver a casa, comprendí que había cometido una multitud de pecados de omisión, y casi no sé cómo comenzar a repararlos. Y el peor de todos, Jim, es... ¡que hemos perdido la sepultura del pequeño Péter! Nadie sabe dónde está. Auson declara que lo puso en la tierra labrada, y George perjura que lo enterró en el matorral. He consultado a Groatley, que siempre tiene alguna idea y además las expresa muy bien, y me ha dicho: «Elija un lugar adecuado, milady; encargue una hermosa tumba; plante sobre ella flores selectas, y ¿quién podrá saberlo mientras no llegue el día de la resurrección?» Pero yo

no he engañado nunca a Miguel y mentirle ahora en esta pequeñez es para mí una cosa muy enojosa. ¡Oh Jim, no me mire usted tan afligido! Yo no debiera contarle todas estas trivialidades, pero desde que he sabido que Miguel iba a volver de nuevo, parece que he vuelto a hacerme un poco simple y trivial. Siempre ha ejercido Miguel este influjo sobre mí; pues, aunque él es un grande hombre y un sabio, en realidad piensa que la única misión de la mujer en la vida es ocuparse de cosas triviales y sin importancia. Pero con usted, Jim — Jim Airth —, con usted siempre me he lanzado derechamente hacia las cosas grandes; y nuestra gran cosa de hoy es ésta: que Jim Airth no ha matado a Miguel. ¿Recuerda cómo me decía que cuando yacía en su tienda convaleciente de la fiebre, si hubiese venido alguien y le hubiese dicho que Miguel estaba vivo y salvo, que usted no le había matado, hubiera dado su vida por aquel momento de consuelo? Pues bien: yo soy ese «alguien», y éste es «el momento»; en cuanto tuve el telegrama yo no pensé en nada — absolutamente en nada, Jim—, sino en lo que esto representaba para usted.

— ¿Qué telegrama? — preguntó Jim Airth —. En nombre del cielo, Myra, ¿qué quiere usted decir?

— El telegrama de Miguel. Está sobre la chimenea. Léalo, Jim.

Jim se volvió, tomó el telegrama y lo desdobló con

mano firme y tranquila. Creía todavía que Myra desvariaba.

Lo leyó lentamente. Su contenido no daba lugar a dudas; pero lo leyó todo por dos veces. Mientras leía, estaba ligeramente vuelto de espaldas al sofá.

Era un golpe extraordinario. De momento, sólo podía darse cuenta de una cosa: de que aquella mujer que le contemplaba mientras lo leía no debía verle el rostro.

Habló Myra.

— ¿No es una cosa casi increíble, Jim? Ronald y Billy estaban almorzando aquí cuando llegó. Billy parecía aturdido y pasmado; pero Ronnie estaba encantado. Ha dicho que él creyó siempre que los primeros que se lanzaron a la brecha cayeron prisioneros, y que nunca se han encontrado pruebas materiales de la muerte de Miguel. No me habían dicho hasta ahora que no se habían celebrado funerales. Creo que no me lo habían dicho porque pensarían que el detalle era demasiado triste para mí. A veces he pensado que debía hacer una peregrinación para visitar su tumba. Yo sé que a Miguel le habría gustado. Ha levantado una gran cantidad de tumbas; todos los Ingleby reposan en panteones de familia. Por esta razón el caso de Péter es todavía peor. Ronnie marchó en seguida a Londres para girar por cable el dinero. Billy se ha ido con él. ¿Cree usted que serán bastantes quinientas libras? Jim, ¿no me da las gracias? ¡Dígame algo, amigo Jim!

Jim Airth volvió a poner el telegrama sobre la chimenea. Su fuerte mano temblaba.

— ¿Qué significa «Véritas»? — preguntó sin mirarla.

— Es una clave privada para Miguel y para mí. Mi madre telegrafió una vez a Miguel con mi nombre y a mí con el nombre de Miguel — la pobre mamá hacía a veces cosas excéntricas — y esto trajo consigo algunas complicaciones. Miguel se enfadó mucho. Por eso acordamos firmar los telegramas de importancia con el nombre «Véritas», que significa: este es verdaderamente mío.

— Entonces... su esposo... vendrá a su casa, junto a usted — dijo Jim Airth lentamente.

— Sí, Jim — dijo ella con su dulce voz, que por vez primera se hacía vacilante y trémula—. Miguel volverá a casa.

Entonces Jim se volvió hacia ella mirándola resueltamente. Myra no había visto nunca una cara tan terrible.

— Es usted mía; no suya — dijo.

Myra le contemplaba con una mirada en la que había una súplica muda y angustiada. Cerró el abanico de marfil y cruzó sobre él las manos. Aquel tranquilo silencio, revelador de una decisión irrevocable, incitó a Jim Airth hasta la locura, y desató el torrente de su fiera y salvaje protesta contra su inevitable e inexorable destino.

— Eres mía; no suya — repitió —. Tu amor es mío. Tu cuerpo es mío. Tu vida entera es mía. Yo no te entregaré a ningún otro hombre. ¡Ah, ya sé que he dicho que no nos casaríamos! Ya sé que he dicho que me marcharía al extranjero. Pero tú has seguido confiando en mí, y yo en ti. Podemos haber estado separados; podemos haber estado a solas; podríamos haber estado en los rincones más apartados y distantes de la tierra, pero siempre habríamos seguido siendo el uno del otro. Puedo haberte abandonado en la soledad, pero, ¡por Dios!, no puedo dejarte en manos de otro hombre.

Myra se levantó, avanzó unos pasos y quedó en pie, alzados los brazos hacia la chimenea y dirigiendo sus ojos hacia el macizo de helechos y lirios.

— Silencio, Jim — dijo amablemente —. Olvida usted a quien está hablando.

— Estoy hablando — exclamó Jim con furiosa desesperación — a la mujer que yo he conquistado para mí y que es mía y de nadie más. Si no hubiera sido por mi orgullo y mi insensatez, estaríamos casados ahora — *casados*, Myra — y muy lejos de aquí. Me marché de tu lado, lo sé; pero — ¡por los cielos!, bien puedo confesártelo todo ahora — lo que me alejó fué el orgullo, un detestable y falso orgullo. Siempre pensaba en volver. Estaba esperando a que me llamasess; pero de todos modos, hubiera vuelto. ¡Ojalá hubiera

hecho lo que tú querías que hiciésemos! Ahora estaríamos juntos, lejos de aquí y lejos de este maldito telegrama.

Myra alzó lentamente los ojos y le miró. Jim, ciego de pasión y de dolor, no se dió cuenta de aquella mirada, que podía haberle servido de advertencia. Mientras tanto, siguió asediándola temerariamente.

Myra, muy pálida, con los ojos entornados, se apoyaba contra la chimenea; lentamente abría y cerraba el abanico de marfil.

— Querida mía — instaba Jim —, no es aún demasiado tarde. ¡Myra, te he amado tanto! ¡Ha sido tan maravilloso nuestro amor! ¿No has aprendido conmigo lo que es el amor? Esa fría y triste parodia que conocías antes... *eso* no era el amor. ¡Oh Myra! ¿Quieres que nos marchemos, amor mío? ¡No me hagas sufrir el tormento de dejarte en poder de otro hombre! ¡Myra, piensa en mí! ¡Dime que vendrás!

Entonces lady Ingleby cerró lentamente el abanico y lo empuñó firmemente con su diestra. Levantó altivamente la cabeza y miró a Jim Airth a los ojos.

— ¡De modo que es *éste* su amor! — dijo —. ¿Es esto lo que su amor pretende? Entonces doy gracias al Señor por no haber conocido hasta ahora más que esa «fría parodia» que, por lo menos, me ha conservado pura y honrada. ¡Pues qué! ¿Quiere usted que me arrastre *yo* al nivel de esa mujer que le ha escarnecido durante

doce años? ¿Querría usted que conmigo se arrastrase por el cieno el noble nombre de aquel a quien usted ha llamado su amigo? Puede ser que mi esposo no me haya dado todas aquellas cosas que una mujer desea; pero me ha confiado su nombre y su honor; me ha dejado como señora de su hogar. Cuando regrese, verá que sigo siendo lo que él hizo de mí: la castellana de Shens-tone. Me encontrará donde me dejó, esperando su regreso. Ya no habla usted con una viuda, lord Airth, con una mujer que haya quedado desolada. Está usted hablando con la esposa de lord Ingleby, y sepa usted que la esposa de lord Ingleby vela por el nombre de lord Ingleby y al defender su propio honor defiende el de su esposo. — Alzó su mano velozmente, y le golpeó por dos veces en la cara con su abanico de marfil. — ¡Traidor! ¡Cobarde! ¡Salga usted de esta casa y no vuelva a poner los pies en ella!

Jim Airth retrocedió tambaleándose, lívido el rostro, alzando involuntariamente la mano para librarse de un tercer golpe. Entonces surgió de nuevo su furiosa cólera. Dos rojas manchas aparecían en sus mejillas. Saltó hacia adelante; con un rápido movimiento arrebató el abanico de manos de lady Ingleby y lo hizo girar sobre su cabeza. Sus ojos, fijos en los de ella, brillaban como ascuas. Hubo un momento en que Myra temió que la golpease; pero no vaciló ni se movió. Sólo las comisuras de sus labios se curvaron con una

tenue sonrisa desdeñosa. Entonces Jim Airth asió el abanico con ambas manos, lo partió en dos trozos y luego en cuatro y lo trituroó en cien pedazos, que arrojó a los pies de Myra; después giró sobre sus talones, salió de la habitación y abandonó la casa.

CAPITULO XXIII

Lo que sabía Billy

Ronald y Billy hablaron muy poco al dirigirse rápidamente a la estación a primera hora de la tarde.

— ¡Qué cosa tan extraña! — dijo Ronald, aventurándose a intentar un comentario en medio de aquel silencio abrumador.

Billy no replicó.

— ¿Por qué has insistido tanto en venir conmigo? — preguntó Ronald.

— Yo no voy contigo — respondió lacónicamente Billy.

— ¿Pues a dónde vas entonces, Billy? Y ¿por qué ese aire tan trágico? ¿Vas a tirarte desde el Puente de Londres? ¡No seas niño, Billy! No has tenido nunca probabilidad ninguna de conquistarla. Eras simplemente un buen muchacho. Yo soy el que podía ponerse trágico... y mira: voy al banco, a girar el dinero necesario para que regrese nuestro amigo. Toma ejemplo de mi fortaleza, Billy.

La explosión de Billy fué, al producirse, tan violenta,

tan excepcional y tan inesperada en Billy, que Ronald volvió a quedarse, un poco extrañado, en silencio.

Pero una vez en el tren, en un departamento de primera para fumadores, que estaba vacío, Billy volvió su pálido rostro hacia su amigo.

— Ronnie — le dijo —. Voy inmediatamente a ver a sir Deryck Brand. Entre los que yo conozco es el único hombre que tiene la cabeza sobre los hombros.

— Gracias — dijo Ronnie —. Me parece que yo no acaricio la mía sobre mis rodillas. Pero ¿por qué es tan urgentemente necesario un hombre que tenga colocada la cabeza de esa manera única?

— Porque — dijo Billy — este telegrama es falso.

— ¡Tontería, Billy! ¿Qué más quisieras tú? ¡Oh, qué vergüenza, Billy! ¡Pobre amigo Ingleby!

— Es falso — repitió Billy tenazmente.

— Pero, mira — observó Ronald, desdoblando el telegrama—. Aquí lo tienes: *Véritas*. ¿Qué dices de esto?

— A *Véritas* (1) la han ahorcado—dijo Billy—. Es falso. Y hemos de encontrar a ese condenado bribón que lo ha enviado.

— ¿Pero qué razones tienes para ponerlo en duda?

— preguntó Ronald gravemente.

— ¡Oh necio! — prorrumpió al fin Billy—. ¡Yo recogí los restos!

.....

(1) *Véritas*, en latín: lo verdadero. «A la Verdad la ahorcaron.»

En una butaca de cuero verde de la sala de consultas del doctor Brand estaba sentado un joven muy nervioso y pálido. Mostró el telegrama, y a empellones pronunció unas cuantas frases incoherentes; después sir Deryck, mediante preguntas cuidadosamente elegidas, llegó a establecer los hechos principales. Ahora estaba sentado frente a su mesa, reflexionando en ellos. Luego, volviéndose en su butaca giratoria, miró fijamente a Billy.

— Señor Cathcart — dijo lentamente —, ¿qué razones tiene usted para estar tan seguro de la muerte de lord Ingleby y, por tanto, de que este telegrama es una falsificación?

Billy se humedeció los labios.

— ¡Oh — dijo —, yo recogí los restos!

— Comprendido — dijo sir Deryck mirando a lo lejos.

— No se lo he dicho nunca a nadie — dijo Billy —. No es una historia agradable. Pero si los desea, puedo darle detalles.

— Creo que hará usted bien en dárme los — dijo gravemente sir Deryck.

Billy, pálidos los labios, se los dió.

El doctor se levantó, abotonándose la levita. Luego llenó un vaso de agua y se lo ofreció a Billy.

— Vamos — dijo —. Afortunadamente conozco un *detective* muy perspicaz, de la policía de Londres, que

precisamente está ahora en el Cairo. Iremos a Scotland Yard en busca de su dirección y de una clave para comunicarnos con él. Seguramente operaremos mejor si contamos con ellos. Usted ha hecho lo que debía, Billy, y lo ha hecho rápidamente; pero no podemos perder el tiempo.

.....

Veinticuatro horas más tarde, el doctor llegaba al Parque de Shenstone. Había teleografiado la hora de su llegada para que le esperase el auto; y ahora ordenaba al chófer que le esperase a la puerta para conducirlo de nuevo a la estación.

— No tengo más tiempo disponible que el que media entre dos trenes — explicó a lady Ingleby —, de modo que tiene que perdonarme lo breve del aviso y el tono imperativo de mi telegrama. No quería exponerme a que estuviese ausente. Tengo que comunicar a usted una noticia de suma importancia.

El doctor aguardó un momento sin saber exactamente lo que debía hacer. Había visto a Myra Ingleby en las más variadas circunstancias. La conocía bien: era una mujer tan invariablemente sincera, que el doctor se creía en condiciones de poder prever lo que haría ella dentro de unas determinadas circunstancias.

Respecto al inesperado regreso de lord Ingleby, se había imaginado que la encontraría dulcemente sumisa, dispuesta, ansiosa de asumir de nuevo sus debe-

res de esposa; sin pensar para nada en sí misma, pero con un vivo deseo de agradar en todas las cosas a aquel hombre que con sus antojos y caprichos, sus debilidades y sus ocurrencias, había vivido durante nueve meses completamente ajeno a la vida de Myra. Deryck Brand esperaba encontrar a lady Ingleby con un humor semejante a un día de abril, en el que rápidamente se suceden los chubascos y el sol: sonrisas caprichosas e inmotivadas, seguidas de fáciles lágrimas; y luego, con los ojos todavía húmedos, la risa alegre por algún error cometido por ella misma o producida por la conducta incongruente de su servidumbre, tan adicta como extravagante; todo ello alternando con una patética ansiedad producida por sus propias supuestas faltas en relación a lo que de ella exigiría lord Ingleby a su regreso.

En lugar de esta encantadora personificación de una desinteresada, tierna e inconsecuente feminidad, el doctor se encontró frente a una mujer tranquila y fría, con ojos de mirada abstraída y apagada; una mujer en la que había muerto algo, algo que al morir había matado también todo lo mejor y lo más puro de su feminidad.

«Por aquí ha pasado otro hombre», fué la rápida conclusión a que llegó el doctor, y esta conclusión, añadida a lo apremiante de sus obligaciones, hizo que se dirigiese inmediatamente al asunto, sin preámbulos.

— Lady Ingleby — dijo —, ha sido usted engañada cruel y despiadadamente por un despreciable bribón, para el que no habrá castigo bastante severo.

— Lo sé perfectamente — replicó con calma lady Ingleby—; pero no acierto a comprender por qué razón ha creído usted necesario venir aquí para tratar de este asunto.

Esta respuesta, tan inesperada, dejó completamente perplejo, por un momento, al doctor. Pero una de sus más importantes dotes profesionales era la rapidez de adaptación mental a las situaciones nuevas.

— Temo que estemos jugando a los despropósitos — dijo amablemente —. Perdóneme si las apariencias indican que he traspasado los límites de una cuestión de la que no tenía la menor noticia. Yo me refería al telegrama que recibió usted ayer, según el cual era errónea la noticia de la muerte de lord Ingleby, el cual podrá en breve regresar a su casa.

— Mi esposo vive — dijo lady Ingleby —. Me ha teleografiado desde el Cairo, y espero que volverá muy pronto.

Por toda respuesta, Deryck Brand sacó de su cartera dos telegramas.

— Me veo obligado a declarar a usted inmediatamente, mi querida lady Ingleby — dijo —, que ha sido cruelmente engañada. El telegrama del Cairo es una superchería inhumana, con la que se proponían obtener

dinero. Billy Cathcart tenía motivos para sospechar de su legitimidad, y fué a buscarme. Cablegrafié en seguida al Cairo, con este resultado.

Y dejó dos telegramas sobre la mesa que estaba delante de Myra.

— El primero es copia de uno que enviamos ayer a un detective. El segundo lo he recibido hace tres horas. Nadie, ni aun Billy, tiene noticia de él. He venido inmediatamente a traérselo a usted.

Lady Ingleby cogió lentamente el papel que contenía el primer telegrama, y lo leyó en silencio.

Vigile Banca Cook y detenga individuo que, usurpando nombre lord Ingleby, retirará dinero. Cablegráfie detalles inmediatamente.

El doctor la contemplaba atentamente mientras dejaba, sin un comentario, el primer telegrama y tomaba el segundo.

Antiguo ayuda de cámara de lord Ingleby, detenido. Ha confesado envío telegrama fraudulento. Instrucciones cable.

Lady Ingleby dobló los dos telegramas y los dejó sobre la mesa que tenía delante. La impasible tranquilidad de su pálido rostro no había sufrido ningún cambio.

— Habrá sido Walker — dijo —. Miguel le tuvo siempre por un bribón y un embustero, pero yo estaba

encantada con él, porque tocaba muy bien el *banjo* (1) y era muy útil en las diversiones de la parroquia. Miguel se lo llevó cuando marchó al extranjero, pero tuvo que despedirlo al desembarcar. Me escribió diciéndome, pero no me contaba los motivos. ¡Pobre Walker! Desearía que no le castigasen; yo sé que Miguel pensaría que era mía gran parte de la culpa por preferir la habilidad en el *banjo* al carácter. Si Walker me hubiera escrito una carta pidiéndome dinero, seguramente se lo habría enviado. Tengo el hábito fatal de creer a todo el mundo y de desear que todos sean felices.

Después, como si estas últimas palabras le recordasen su dolor, momentáneamente olvidado, volvió a reflejarse en su voz y en su rostro la misma pétrea indiferencia.

— Si Miguel no ha de volver — dijo lady Ingleby —, entonces estoy verdaderamente sola.

El doctor se levantó y quedó en pie ante ella, contemplándola, irresoluto y apesadumbrado.

— ¿Hay alguien a quien debamos comunicar inmediatamente este cambio de circunstancias? — preguntó gravemente el doctor.

— A nadie — respondió ella categóricamente—. A nadie le interesa íntimamente más que a mí misma. Son pocos los que tienen noticia de la llegada del tele-

(1) Especie de guitarra con cinco cuerdas, con caja redonda, a manera de pandero.

grama de ayer. Yo escribí a Juana, y supongo que nuestros amigos lo habrán contado en Overdene. Si por casualidad apareciese en los periódicos, debemos enviar una rectificación, pero, si a usted le parece, sin explicaciones. No me gusta que se dé publicidad a las malas acciones. Sólo sirve para que se imiten y repitan. Además, si es posible, debemos librar al culpable de la pública execración, aunque se trate sólo de un miserable criado. No podríamos explicar las circunstancias atenuantes.

— Yo supongo que la noticia no se habrá extendido mucho — dijo el doctor —. ¿Su servidumbre la habrá oído, naturalmente?

— Sí — replicó lady Ingleby —. ¡Ah! Esto me recuerda que tengo que suspender los trabajos que están haciendo en las tierras y en el matorral. Ya no hace falta que el pequeño Péter tenga una tumba, cuando su dueño no la tiene.

Esto era absolutamente ininteligible para el doctor; pero en ocasiones tales no hacía, para ilustrarse, preguntas innecesarias.

— Después de todo, sir Deryck — añadió lady Ingleby —, Péter estaba en lo cierto.

— Sí — dijo el doctor —; el pequeño Péter no se equivocó.

— Si me hubiese acordado de él, quizá hubiera dudado del telegrama — observó lady Ingleby —. ¿Qué es lo que despertó las sospechas de Billy?

— Como Péter — dijo el doctor —, Billy estaba, desde el principio, completamente seguro. Conviene que él no se entere de que usted sabe dónde surgieron las primeras dudas sobre la autenticidad del telegrama. Es un muchacho muy sensible y este asunto le ha afligido mucho.

— Billy es un buen muchacho—dijo lady Ingleby.

El doctor lanzó una mirada al reloj y se abotonó la levita. Le quedaba un minuto.

— Amiga mía — dijo —, por segunda vez he sido el portador de malas noticias.

— No son malas — replicó Myra en un tono de desesperada tristeza —. En este mundo no podemos desear el retorno de lo que se ha amado.

— No es cosa de la que podamos culpar al mundo — dijo el doctor —. Nuestro cielo o nuestro infierno individual nos lo conquistamos con nuestras acciones.

— O con las acciones de los otros — corrigió amargamente lady Ingleby.

— O con las acciones de los otros — confirmó el doctor —; pero, aun entonces, no podemos ser completamente felices a menos que seamos sinceros con nosotros mismos; ni tampoco totalmente desgraciados, a no ser que se hayan pervertido nuestros ideales. Siento tener que marcharme; no me gusta dejarla tan sola.

Lady Ingleby miró al reloj, se levantó y tendió al doctor la mano.

— Ha sido usted sumamente amable, sir Deryck, al venir a verme personalmente. No lo olvidaré nunca. Estoy esperando, de un momento a otro, a Juana Champión, quiero decir a Juana Dalmain. ¿Por qué se casarán nuestras amigas? Viene directamente desde Londres. He mandado el coche a la estación para que la recoja.

— Bien — dijo el doctor, y estrechó la mano de su amiga con la firme y silenciosa simpatía de la persona que, deseando ayudar y consolar, se da cuenta de que es impotente para comprender y mitigar aquella pesadumbre.

— Bien..., muy bien — dijo cuando montaba en el auto. Y luego advirtió al chófer: — Nos quedan nueve minutos, y si perdemos el tren, tendrá que llevarme a Londres.

Volvió a repetir «Bien» por tercera vez, aun con mayor énfasis, cuando se repuso de la sorpresa que le produjo lo que vió al deslizarse el auto por la avenida del Parque. Y fué que después de cruzarse con el coche de lady Ingleby, que regresaba vacío de la estación, llevando únicamente un abrigo de viaje y una maleta de piel de cocodrilo sobre el asiento, vió a la honorable señora de Dalmain que paseaba lentamente bajo los árboles, en animada conversación con un joven muy alto, que llevaba el sombrero en la mano, mientras la brisa agitaba sus espesos y revueltos cabellos. Estaban

ambos demasiado preocupados para advertir el paso del auto; no obstante, cuando el joven volvió su rostro macilento hacia la dama a quien acompañaba, el doctor notó en él la misma dura expresión de desesperación irremediable que antes le había dejado desconcertado y condolido al advertirla en el rostro de lady Ingleby. Ambos se encaminaban lentamente hacia la casa, por un sendero que terminaba en la terraza.

— Seguramente este es «el hombre» — pensó el doctor —. Bueno; me alegro de que Juana lo haya traído a remolque. ¡Pobres almas! La Providencia las ha colocado en manos de una persona discreta. Si necesitan consejos leales y honrada franqueza, todo ello podrán encontrarlo en nuestra buena Juana.

La Providencia había dispuesto también que el expreso de Londres se retrasase un minuto para que el doctor pudiera cogerlo. El chófer se alegró de ello, porque tenía que ir de paseo con la doncella de la señora, que precisamente aquel día tenía la tarde libre. Por donde se ve que hasta los más importantes sucesos de la vida pueden depender de lo que acontezca en un minuto determinado.

CAPITULO XXIV

La señora Dalmain examina la situación

— Ya ve usted, Juana — concluyó patéticamente lady Ingleby —: si Miguel no ha de volver, estoy verdaderamente sola.

— Amando a Jim Airth como le ama... — decía Juana Dalmain.

— Le amaba — interrumpió lady Ingleby.

— Le amaba y le ama — dijo Juana Dalmain —. Después de todo, hubiera estado usted peor que sola si Miguel hubiese vuelto. ¡Oh Myra! Yo no puedo imaginar nada más insufrible que amar a un hombre y verse obligada a vivir con otro.

— Yo no me hubiera permitido a mí misma seguir amando a Jim — dijo lady Ingleby.

— ¡Eso son palabras vanas! — dijo la señora Dalmain con gran decisión —. Mi querida Myra, pensamientos de esa clase son los que abren el camino al diablo; esta es una de sus artimañas favoritas. Son más las mujeres honradas que han tropezado por confiar demasiado en que podrían reprimir y gobernar sus

propias afecciones, que por sentirse tentadas a amar cuando el amor no era legítimo. Los hombres son diferentes; la tentación no es en ellos tan sutil. Saben exactamente adónde les conducirá el sentimiento, si se entregan a él. Por otra parte, si se proponen un fin honrado, procuran desembarazarse, desde el principio, de todos los peligros: No es posible impedir que nuestro corazón siga amando, después de haber permitido que el amor reine en él de una manera suprema. En primer lugar, yo sé que no hubiera llegado usted a interesarse por Jim Airth si no se hubiera usted creído libre. Pero una vez enamorada de él, si hubiera sobrevenido una situación tan aterradora como la que se produciría con el inesperado regreso de su esposo, el único proceder honrado y seguro sería el de decir a lord Ingleby: «Me he enamorado de Jim Airth, creyendo que tú habías muerto. Amaré siempre a Jim Airth; pero, ante todo, necesito ser una mujer honrada y una esposa leal. Ten confianza en mí para que pueda ser leal; ayúdame a ser buena.» Cualquier hombre, que sea verdaderamente hombre, responderá a esta petición.

— ¿Y se matará? — sugirió lady Ingleby.

— He dicho un «hombre», no un «cobarde» — replicó la señora Dalmain, delicada y desdeñosamente.

— Juana, usted es una mujer de ideas firmes — murmuró lady Ingleby —. Su carácter concuerda con sus cuellos de batista y sus trajes sastre y sus botas de

cuero. Yo no puedo imaginarme a mí misma con un cuello de batista, ni puedo imaginarme tampoco puesta en pie ante Miguel e informándole de que amo a Jim.

Juana Dalmain se echó a reír con excelente humor, hundió sus largas manos en los bolsillos de su levita de paño de dos caras, mostró hacia afuera sus botas de piel de color castaño, tan prácticas, y se quedó contemplando a Myra.

— Si por «mujer de ideas firmes» quiere usted significar una saludable aversión a enmarañar una situación franca y sincera, hasta hacer de ella un embrollo de falsedades hipócritas, entonces me declaro culpable — dijo.

— ¡Oh! No cite usted las palabras de sir Deryck — replicó lady Ingleby un poco enojada —. ¡Debiera usted haberse casado con él! No he podido comprender nunca cómo ha podido enamorarse de usted un artista, un poeta, un idealista como Garth Dalmain.

Un súbito resplandor de femenina ternura iluminó el ingenuo rostro de Juana. Era «la esposa» inconscientemente radiante de alegría.

— Ni yo misma podía comprenderlo — respondió en voz baja —. He necesitado tres años para comprender que era un hecho indudable.

— Supongo que serán ustedes muy felices — observó Myra.

Juana permaneció en silencio. En aquella robusta naturaleza había una profunda y sagrada intimidad, que no debía ser fácilmente mostrada a cualquiera.

— Recuerdo que siempre me pareció muy mal, después del accidente, su idea de consagrarse totalmente a la ceguera — dijo Myra.

— ¡Oh, no! — dijo vivamente Juana Dalmain —. Las cosas santas han de tratarse santamente. Desde un principio, la cosa más grata entre mi esposo y yo ha sido que hemos aprendido juntos a besar nuestra cruz.

— ¡Pobrecita mía! — dijo lady Ingleby afectuosamente —. Merece usted ser feliz. Tampoco he podido comprender nunca por qué no se casó usted con Deryck Brand.

Juana sonrió. No quería comenzar a discutir sobre su esposo, pero aprovechó muy gustosa aquella coyuntura para distraer a lady Ingleby de sus propias preocupaciones, entrando en detalles referentes al doctor y a ella misma.

— Querida mía — dijo —, Deryck y yo éramos demasiado semejantes para unirnos en matrimonio. Nuestros puntos de vista comunes hubieran coincidido, pero nuestras diferencias se hubieran hecho más profundas. Aquellas cualidades que sirven para formar una perfecta amistad no siempre aseguran un matrimonio perfecto. Hubo una época en la que me hubiera casado

con Deryck si él lo hubiese querido, por la confianza implícita que tenía en su manera de juzgar las cosas y porque no se me hubiera ocurrido nunca rehusar cosa que él me pidiese. Pero esto no hubiera hecho nuestra felicidad. Además, en aquel tiempo yo no tenía una idea exacta de lo que significa realmente el amor. Sabía yo tanto del amor antes... antes de que Garth me lo enseñara, como usted antes de conocer a Jim Airth.

— Le agradeceré que no vuelva a aludir a Jim Airth — dijo Myra un poco molesta —. Desearía no volver a oír su nombre. No crea usted que yo hubiera adoptado su despreocupado consejo, confesando a Miguel que amaba a Jim. No hubiera hecho nada de eso. Me hubiera dedicado a complacer a Miguel en todo y me hubiera obligado a mí misma a olvidar... Sí, Juana: no me mire con esa cara divertida e incrédula; aunque no uso botas y cuellos de batista, soy capaz de hacer estas cosas. Me hubiera obligado a mí misma a olvidar que hay en el mundo una persona que se llama el conde de Airth y Monteith.

— ¡Pobre hombre! — dijo riéndose la señora Dalmain —. ¡Perdónele usted sus títulos! Si hay que ahorcarlo, al menos que lo ahorquen como un simple Jim Airth. La perversidad está infinitamente peor en un perverso conde que en un perverso ciudadano cualquiera. ¡Tiene un sabor tan desagradable de folletín o de novela barata! Además, querida mía, no se gana

nada con discutir una situación hipotética, en la que, al fin y al cabo, no se ha encontrado usted. Afortunadamente, lord Ingleby no ha regresado.

— ¿Afortunadamente? — exclamó lady Ingleby —. Juana, en verdad, usa usted una crudeza de expresión extraordinaria y poco simpática. ¡Si hubiera usted oído con qué discreción me dió el doctor la noticia y cuán delicadamente aludió a la pérdida que he sufrido!

— Mi querida Myra — dijo la señora Dalmain —, no me gusta derrochar la simpatía en falsos sentimientos. Si Deryck supiera que usted había dado palabra ya de casamiento a otro hombre, en lugar de dedicarle cuatro horas de su precioso tiempo, se hubiera gastado unos céntimos en un despacho que dijese: «Telegrama, una falsificación. Acepte mis sinceras felicitaciones.»

— Juana, es usted brutal. Y teniendo en cuenta que le he referido detalladamente la historia de estas últimas semanas, la historia que terminó ayer de una manera tan cruel y tan desoladora, no puedo comprender cómo habla usted de mí como de una mujer prometida en matrimonio.

La actitud y las maneras de Juana Dalmain cambiaron instantáneamente. Dejó de mirarla burlonamente y cesó de hacer oscilar sus botas de color castaño. Se incorporó, descruzó las rodillas y apoyó sus codos sobre Myra, tendiéndole sus manos fuertes y robustas. Su noble rostro, que expresaba a la par ternura y firme-

za, en su innegable sinceridad, se mostraba lleno de femenina comprensión y simpatía.

— ¡Ah, querida mía! — dijo —. Tenemos que llegar al fondo del asunto. Hasta ahora he estado dando vueltas a la cuestión, para que tuviera usted tiempo de reponerse de la inevitable tensión que le ha producido esa larga y penosa narración que ha creído usted necesario hacer, para que yo pudiera comprender de una manera completa su situación actual en todos sus aspectos. La verdadera cuestión es ésta: ¿está usted dispuesta a perdonar a Jim Airth?

— No le perdonaré nunca — dijo lady Ingleby con decisión —; para perdonarle ahora, no le hubiera dejado marchar.

— ¿Y por qué dejarle marchar, si al marcharse queda su vida desolada?

— Porque — dijo Myra — creo que ya no podría confiar en él, y yo no me atrevería a casarme con un hombre, aunque le amase tanto como amo a Jim Airth, si no pudiera confiar en él de una manera tan absoluta como confío en Dios. Si le amase menos me arriesgaría a hacerlo. Pero siento hacia él algo que no puedo comprender ni definir; sólo sé que, con el tiempo, llegaría a hacerse tan completamente dueño de mí, que a menos que pudiera confiar en él de una manera absoluta... viviría atemorizada.

— ¿No se podrá nunca volver a confiar en un hom-

bre porque una vez, bajo la presión de una tentación repentina y furiosa, no se ha mostrado digno de confianza?

— No es porque una vez no se haya mostrado digno — dijo Myra —: es por lo que esta ocasión me ha mostrado acerca de la calidad de su amor... de esta clase de amor. La pasión amorosa le hace egoísta; egoísta hasta el punto de despreocuparse totalmente de lo bueno y de lo malo, y no cuidarse del bienestar del infortunado objeto de su amor. Habría quedado mancillado mi nombre, hasta ahora puro; mi honor, arrastrado por el fango; mi presente, marchito; mi porvenir, arruinado; pero ¿qué le importaba a él todo esto? Estaba completamente aferrado a aquella frase única: «Tú eres mía, no de él; debes venir conmigo.» Yo no puedo entregarme a un amor que no reconoce las normas de lo bueno y de lo malo. Nosotras vemos la cuestión desde puntos de vista distintos. Usted ve sólo un hombre y una tentación que le hostiga y le abate, y yo veo lo que tiene de inapreciable el tesoro del amor; y por tanto, el pecado contra el amor me parece imperdonable.

La señora Dalmain contemplaba con ansiedad a su amiga. La fijeza de su mirada estaba profundamente turbada.

— Myra — dijo —, son muy justas sus ideas y absolutamente correctas sus conclusiones. Sin embargo, se equivoca usted. No se hace usted cargo de la naturaleza

de la tentación a que sucumbió Jim Airth; ¡una tentación tan súbita, tan desesperada, tan abrumadora!... ¡Recuerde lo que le condujo a hacer lo que hizo! ¡Piense usted en ello! Estaba solo en el mundo, sin ternura de mujer, de esposa, ni de madre. ¡Y aquellos diez años tan duros, peores que la soledad, durante los cuales luchó contra los horrores de la desilusión, la vergüenza de la traición, la amargura del abandono; la humillación de ver mancillado su ilustre nombre!... Contra todo esto tuvo que luchar durante diez largos años; luchó enérgicamente, y triunfó. Y entonces — fuerte, endurecido por la lucha, solitario, acostumbrado a esa autónoma independencia que es la completa herencia del hombre — se encontró con usted, Myra. Volvieron a florecer sus ideales, fortalecidos y purificados por el fuego. Apareció el amor ahora, con fuerzas tan gigantes, que aquella pasión de pigmeo de su juventud primera quedó empequeñecida y superada. Era una experiencia nueva y nunca hasta entonces gozada; él no había soñado nunca que la vida pudiera contener experiencias semejantes. Tres semanas duró, y cada día aumentaba la certidumbre de su dicha y la riqueza de esta experiencia; templada, sin embargo, la ansiosa expectación de su cumplimiento por la paciente espera que usted deseaba. Y entonces, el choque... tan terrible para su sensibilidad y para su varonil orgullo; la horrible convicción de que él mismo, con su propia mano,

había atraído quebrantos y tristezas sobre usted, sobre la persona a quien él hubiera querido resguardar hasta de la más pálida sombra de dolor. Entonces se produjo su error: el de permitir que un falso orgullo se interpusiese entre ambos. Tres semanas de ansiedad y remordimientos crecientes, después de las cuales llegó su telegrama de usted, que parecía, al fin, una promesa de felicidad; acuérdesse de que mientras usted se sometía a su decisión como una cosa absolutamente definitiva, y pensaba que la noticia del regreso de lord Ingleby no sólo no significaba un nuevo quebranto para ustedes, sino que traía el consuelo de justificar su inocencia, él había llegado a un punto de vista más razonable y se daba cuenta de que no la había perdido a usted del todo. Le llamó usted, y vino, encendido de amor y lleno de certidumbre, para oír no sólo que la había perdido a usted, sino que tenía que dejarla en poder de otro hombre. ¡Oh Myra! ¿No podrá usted perdonar este momento de enfurecida locura? ¿No ve usted que lo que ha producido su caída ha sido su propia fortaleza viril, encaminada en una dirección errónea? Me dijo usted que le había llamado cobarde y traidor. Tales palabras, pronunciadas por usted, serían para él peor que bofetadas. Aun admitiendo que las merezca, san Pedro fué por tres veces traidor y cobarde, pero el Señor fué con él indulgente, aunque cayó súbitamente en la tentación, y no dudó de la

lealtad de su amor, sino que le dió por tres veces ocasión para que públicamente le confesase, perdonándole luego. Si el Amor Divino pudo hacer esto, Myra, ¿podrá usted dejar que el hombre que la ama se lance de nuevo solo en medio del mundo, sin una palabra de perdón?

— ¿Y cómo podré saber yo que necesita de mi perdón, Juana? Se fué de mi lado terriblemente enfurecido. ¿Cómo podría alcanzarle mi perdón, aun suponiendo que él lo desease y que yo pudiera otorgárselo? ¿Dónde estará ahora?

— Se marchó desesperado — dijo la señora Dalmain — y... ahora... está en la biblioteca.

Lady Ingleby se puso en pie.

— ¡Juana! ¿Jim Airth en esta casa? ¿Quién le admitió aquí?

— Yo — replicó serenamente la señora Dalmain —. He hecho que entrase ocultamente. Nadie le ha visto. Esta ha sido la razón de que mandase el coche delante; cuando llegamos a las puertas del Parque. Hemos venido por la avenida, nos hemos dirigido hacia la terraza y nos hemos escabullido por la puerta de abajo. Desde entonces está sentado en la biblioteca. Si decide usted no recibirle, bajaré y se lo diré; puede salir de la misma manera que entró, sin que su servidumbre se entere de que ha estado aquí. Querida Myra, no me mire usted tan asombrada. Sentémonos de nuevo y concluyamos nuestra conversación... Me parece una

cosa justa. No se precipite usted. Una decisión que afecta a la vida entera no puede hacerse en un minuto ni en una hora. Lord Airth no desea obligarla a una entrevista, ni yo me propongo convencerla de que se la deba conceder. De seguro no se sorprenderá si voy a decirle que prefiere usted no verle.

— ¿Preferir no verle? — exclamó Myra, cruzando las manos —. ¡Oh Juana! ¡Si supiera usted lo que representa para mí la simple idea de verle, no diría que «prefiero», sino que «no me atrevo» a verle!

— ¿Quiere usted que le cuente cómo nos hemos encontrado? — dijo Juana, no dándose por enterada de esta última observación —. Llegué a la estación de Charing Cross a buena hora; me detuve a comprar unos periódicos, encontré un departamento vacío y me dispuse a pasar una hora tranquila. Jim Airth entró precipitadamente en la estación, disponiendo de un minuto escaso para tomar el billete y el tren. Se lanzó al andén cuando el tren empezaba a marchar; no tenía tiempo para alcanzar un departamento de fumadores; abrió de un tirón la puerta del mío; se metió en él de un salto y se sentó encima de mis periódicos; volvióse hacia mí para ofrecerme sus excusas y se encontró encerrado a solas durante una hora con la amiga a quien usted escribía cartas semanales desde Cornwall, y a quien, según los apariencias, no había contado usted más que cosas nimias, o cuando más, cosas que le indujeron a

él a considerarme digna de su confianza. Me reconoció por una fotografía reciente que usted le había mostrado.

— Lo recuerdo — dijo Myra —. La tenía en mi caja de papel de escribir. En distintas ocasiones la cogió y la contempló. Solía yo hablarle de usted con frecuencia.

— Hizo su propia presentación de una manera sencilla y sincera — continuó la señora Dalmain —, y entonces..., yo no sé cómo fué, de seguro que él tampoco lo sabe... a los pocos minutos estábamos conversando con absoluta confianza. Debíó de pensar que su franqueza conmigo quizá me serviría en lo futuro para proporcionar a usted algún consuelo — puesto que usted es su único pensamiento—. Además, si yo intercedía, sería más probable que usted le concediese lo que viene a buscar aquí: una ocasión para pedirle perdón. Naturalmente, ninguno de nosotros dos pudo imaginar que el telegrama de ayer fuese falso. Se embarcará para América muy en breve, pero no quiere abandonar Inglaterra sin haber confesado a usted su arrepentimiento y sin haber obtenido su perdón. Pensaba haber escrito una carta, pero no lo ha creído conveniente, por evitar, para usted, el riesgo de que queden sobre el papel sus explicaciones. Además, creo honradamente que está desolado, que le acongoja el pensar que han de separarse ustedes para siempre. ¡Pobre muchacho! Es muy grande el amor que le tiene, Myra.

— ¡Oh Juana! — exclamó lady Ingleby —. ¡Yo no

puedo dejarle marchar! Y sin embargo..., *no puedo casarme con él*. Aun amándole con toda mi alma, no puedo tener confianza en él. Juana, ¿qué he de hacer?

— Ofrecerle una ocasión — dijo la señora Dalmain — para que repare su error y para que se muestre digno de su estimación. Dígale, sin explicación alguna, lo que acaba de decirme a mí: que *no puede dejarle marchar*, y espere a ver cómo lo toma. Escúcheme, Myra. Los acontecimientos imprevistos de estas últimas horas nos ponen en condiciones de ofrecer a Jim Airth esa ocasión. No debe usted privarle de ella. Años hace, cuando Garth y yo estábamos metidos en una maraña inextricable de irreparables errores, Deryck nos brindó una solución. Dijo que si Garth era capaz de ir *más allá de su ceguera* y formular una opinión que sólo habría formulado cuando gozaba de vista, la cuestión quedaría resuelta. No necesito molestar a usted con detalles; pero esto fué exactamente lo que sucedió, y de aquí nació nuestra gran felicidad. Ahora, en el caso de ustedes, hay que ofrecer a Jim Airth ocasión para que vaya *más allá de su locura*, para que se haga de nuevo, ante sus propios ojos, digno de estimación, y ante usted, merecedor de su confianza. ¿Ha hablado usted a alguien del segundo telegrama recibido del Cairo?

— Desde que sir Deryck marchó hasta que usted ha venido — dijo lady Ingleby — no he visto a nadie.

— Muy bien. En ese caso, usted, Deryck y yo somos las únicas personas, en Inglaterra, que estamos enteradas de todo. Jim Airth creerá que nada ha cambiado desde ayer. ¿Comprende usted lo que significa esto, Myra?

El pálido rostro de lady Ingleby se cubrió de rubor.

— ¡No me atrevo, Juana! Si de nuevo se mostrase indigno...

— Esta vez no sucederá — replicó la señora Dalmain con decisión —, mas si sucediese, demostraría, como usted ha dicho, que no era merecedor de su confianza. Entonces... puede usted perdonarle y dejarle marchar.

— ¡Yo no puedo dejarle marchar! — exclamó Myra —. Y sin embargo, no puedo casarme con él si no demuestra ser como yo creía que era.

— ¡Ah querida mía, querida mía! — dijo con ternura la señora Dalmain —. Necesita usted aprender una lección acerca de la vida conyugal. La verdadera felicidad no viene de casarse con un ídolo exaltado sobre su pedestal. Antes de que Galatea pudiera unirse a Pigmalión hubo de trocarse el duro mármol de que estaba hecha en carne y en sangre palpitante, al descender de su pedestal. El amor no ha de cegarnos para percibir los defectos de los otros. Debe sólo hacernos capaces de una infinita ternura y una completa comprensión. Permítame que repita una fina observación

de tía Georgina acerca de este asunto. Hablando con una joven recién casada, que se creía equivocada y desilusionada porque, una vez pasada la luna de miel, descubrió que su esposo no era absolutamente perfecto en todas las cosas: «¡Ah, pobre muchacha! — dijo tía Georgina, golpeando en el suelo con su bastón de ébano —. Se ha equivocado usted tontamente si se imaginaba que se iba a casar con un ángel, pues es sabido, según opiniones muy autorizadas, que los ángeles no se casan. Los hombres y las mujeres que son lo bastante humanos para casarse, son también lo bastante humanos para estar llenos de defectos. Lo mejor del matrimonio es que cada uno encuentra en él algo que amar, que comprender y que perdonar. Si hubiera usted esperado siempre la perfección, subiría al cielo solterona, lo cual sería, por lo menos, una torpeza, habiendo tenido ocasión de casarse en la tierra. Vaya usted, pues, y confórmese con ese excelente muchacho; yo lo encontraría bastante regular...» Y la joven desposada, disuelto su enojo en lágrimas y risas, cruzó presurosa el césped en persecución de un joven de alta estatura que se encaminaba solitario y con aire de enfado hacia el río. Desaparecieron ambos en el embarcadero, y poco después los vimos en un pequeño esquife de dos asientos y oíamos sus risas felices. «¡Son cándidos como niños! — dijo malhumorada tía Georgina —. Si lo hacen con demasiada frecuencia, lo harán alguna vez cuando

yo no esté delante para darles una zurra, y entonces sobrevendrá la catástrofe. ¡Oh! ¿Por qué se casaría Adán, echando a perder la tranquilidad del Paraíso?» Y cuando esto decía, Tommy, el viejo guacamayo rojo, se columpiaba cabeza abajo en su percha dorada, con tales chillidos y risas, mezclados con votos y reniegos, que instantáneamente se restableció el buen humor de tía Georgina. «Que le den una fresa — dijo — y ya no hablará más de cosas matrimoniales.»

Myra se reía.

— Los puntos de vista de la duquesa son siempre renovadores. ¿Habremos cometido, Miguel y yo, el error de no darnos cuenta ambos de que éramos humanos; de no haber advertido lo que mutuamente teníamos que perdonarnos y, por tanto, de no habérselo perdonado?

— Bueno: pero eso no tiene nada que ver con Jim Airth — notó la señora Dalmain —, porque éste es el hombre más humano que he conocido y también el más fuerte, y uno de los más dignos de afecto. Nada se gana con esperar, Myra. Permítame que le haga venir junto a usted, y no olvide que todo lo que solicita y espera es sólo una palabra de perdón.

— ¡Oh Juana! — exclamó lady Ingleby cruzando las manos —. Espere un poco más. Déme tiempo para pensarlo; tiempo para reflexionar, para decidirme.

— ¡Nada de eso, querida mía! — dijo la señora

Dalmain —. Cuando delante de nosotros no hay más que un camino derecho, no es posible reflexionar ni vacilar. Intenta usted sencillamente demorar lo inevitable. Me hace usted recordar las escenas que acostumbraba ver en la sala de consultas de un hospital del extremo Este de Londres, al que solía ir a veces para practicar. Cuando vienen los pacientes para la extracción de muelas, y la linda y simpática enfermera los ha acomodado de una manera segura en la silla, así que uno de los doctores se acerca, con la tenaza en la mano, dispuesto a cumplir su tarea, el paciente, aterrado, exclama: «¡Oh, deje usted que lo haga la *nurse*; deje usted que lo haga la *nurse*!»; creyendo, seguramente, que tres o cuatro tímidos tirones de la enfermera son preferibles al único tirón diestro y certero del doctor. Ahora, mi querida Myra, hay que afrontar la prueba. Para que resulte feliz hay que afrontarla con decisión.

— ¡Juana, yo desearía que no fuese usted el doctor dispuesto a la tarea; estaba segura de que sería usted como la pobrecita enfermera preferida a los doctores! Estoy aterrada, pero comprendo que está usted en lo cierto... ¡No me deje sola, querida mía! ¡No se vaya de mi lado hasta que esto termine!

— No he pasado nunca la noche lejos de Garth, como usted sabe — dijo la señora Dalmain —. Pero mi pequeño Alfredo y él han ido esta mañana a Overdene,

acompañados de Simpson y la niñera; por tanto, si su chófer puede conducirme allá esta noche, permaneceré a su lado mientras usted necesite de mí.

— ¡Ah, gracias! — dijo lady Ingleby —. Juana, ha hecho usted por mí todo cuanto podía, y bien sabe Dios lo que esto significa para mí. Necesito estar completamente a solas durante una hora. Necesito reflexionar sobre ello y decidir lo que verdaderamente he de hacer. Por Jim, y por mí misma, necesito saber de una manera segura, antes de que nos veamos, lo que he de decirle. Que sirvan el te en la biblioteca. Dígale que le recibiré, y dentro de una hora hágale venir aquí. Pero, Juana..., ni la menor alusión a lo que ha sucedido entre nosotras. ¿Puedo confiar en usted?

— Querida mía — dijo amablemente la señora Dalmain —, ¡desempeñaré mi papel!

Se levantó y quedó en pie ante la chimenea, contemplando atentamente el retrato de lord Ingleby pintado por su esposo.

— Myra — dijo al fin —, le ruego que no olvide esto: va usted a tratar con un hombre cuyas cualidades no conoce bien. No ha tratado usted nunca íntimamente a un hombre del temperamento de Jim Airth. El amor que él le tiene y el que usted le profesa contienen elementos que usted no ha llegado a comprender aún de manera completa. Recuerde usted esto, y saque sus conclusiones. Casi me atrevería a aconsejarle que se

deje guiar por el instinto más bien que por la razón.

— Comprendo lo que quiere usted decir — observó lady Ingleby —. Pero no me atrevo a confiar ni en la razón ni en el instinto. Juana, yo no era una mujer de sólidas ideas religiosas, como usted sabe muy bien; pero he empezado a tenerlas en estos últimos tiempos, y desde que las tengo, intento ponerlas en práctica. Me encuentro en una situación tan difícil y oscura, que salen de mi corazón aquellas palabras: «Aun aquí, Su mano me guiará y Su mano derecha me sostendrá.»

— Está usted en lo cierto — dijo la voz ansiosa y profunda de Juana—, y esto es lo mejor que nos puede suceder. La mano de Dios es la única que puede guiarnos de manera segura desde las tinieblas hacia la luz.

Durante un momento abrazó estrechamente a su amiga.

— Dentro de una hora vendrá junto a usted — dijo. Y abandonó la habitación.

Lady Ingleby quedó sola en la estancia.

CAPITULO XXV

La prueba

Se abrió silenciosamente la puerta del saloncito de Myra y entró Jim Airth.

Ella le esperaba sentada en el sofá, silenciosa, cruzadas las manos sobre la falda.

El saloncito estaba lleno de flores e iluminado por la plácida luz del atardecer.

Jim cerró la puerta, avanzó y permaneció en pie ante ella.

Durante unos momentos se contemplaron los dos fijamente.

Entonces habló Jim Airth en voz muy baja.

— Ha sido usted muy amable al recibirme — dijo —. Casi no me atrevía a esperar tanto. Voy a abandonar Inglaterra dentro de pocas horas. Me hubiera sido penoso marchar... sin esto. Ahora me será más fácil partir.

Myra alzó hasta él sus ojos y esperó en silencio.

— Myra — dijo —, ¿puedo esperar su perdón?

— No lo sé, Jim — respondió amablemente —.

Deseo proceder honradamente con usted y conmigo misma. Si le estimase menos, hubiera perdonado más fácilmente.

— Lo sé — dijo él, — ¡oh Myra, lo sé! No merezco que me otorgue su perdón tan fácilmente, habiendo cometido un pecado tan grave contra nuestro amor. Pero, amada mía..., si antes de marcharme me dice usted que «comprende» será para mí casi más que si me dice que «perdona».

— Jim — dijo Myra amablemente, con un trémolo de ternura en su dulce voz —, «comprendo».

Jim se acercó a ella, cogió entre las suyas sus manos y las estrechó un segundo con respetuosa ternura.

— Gracias, amada mía — dijo —. Es usted muy buena.

Después abandonó aquellas manos blancas, que de nuevo se plegaron sobre la falda. Se encaminó hacia la chimenea y permaneció contemplando los lirios y helechos.

Myra advirtió cómo sus amplias espaldas se habían encorvado; parecía como si le fuese imposible mantener erguida la cabeza. ¿Dónde estaba la presencia magníficamente alegre de aquel hombre que se balanceaba sobre los acantilados de Cornish, silbando como un pájaro?

— Jim — dijo ella —, *comprendo* perfectamente, y, por tanto, perdono completamente, suponiendo que

entre nosotros pueda hablarse de perdón. He estado pensando en ello desde que supe que estaba usted en esta casa, y me he preguntado por qué me parecía tan difícil decir «de perdonos». Jim..., yo creo que es porque usted y yo estamos tan unidos que formamos como un solo ser y no hay espacio entre nosotros para que haya uno que perdona y otro que recibe el perdón. Lo que sería el perdón entre otros que se estimasen menos, es, entre nosotros, completa comprensión y amor inagotable.

Levantó durante un instante sus ojos, llenos de la muda angustia que oprimía su corazón.

— Myra, debo marcharme — dijo él con voz entrecortada —. Tendría muchas cosas que decir a usted, mucho que explicarle; pero su divina ternura y su comprensión han hecho toda explicación innecesaria. Durante toda mi vida llevaré escondidas en el fondo de mi corazón estas palabras de usted. ¡Amada mía... amada mía... no me diga nada más! Déjeme que sea yo el último en hablar. Sólo deseo — ¿puedo atreverme a decírselo? — que mi recuerdo no entristezca nunca su vida inmaculada. Me marchó a América, en busca de ancho espacio para una vida nueva; en busca de una tierra en la que se puede trabajar y vivir; una tierra en la que logra un triunfo completo el que se esfuerza seriamente, y donde las energías de un hombre encuentran ante sí un horizonte dilatado. Yo deseo, Myra,

que piense usted de mí que soy un hombre que vive, trabaja y lucha, no un vencido. Mas si alguna vez siento que mis fuerzas decaen, volveré a oír detrás de mí aquella voz amada que cantaba en la pequeña iglesia de Cornish, al caer la tarde, la tranquila plegaria dominical: «Padre Eterno, el que puede salvarnos...» Y cuando piense en usted, amada mía, pensaré que su vida sigue siendo bella y buena en todos los momentos y que es usted feliz con... — levantó sus ojos hacia el retrato de lord Ingleby y contempló un instante su rostro amable y tranquilo — ...con uno de los hombres mejores que he conocido — dijo Jim Airth vaientemente.

Al cabo, dirigió una mirada a lady Ingleby. Por las mejillas de ella se deslizaban lágrimas silenciosas que caían sobre sus manos enlazadas.

Un espasmo de angustia conmovió las facciones de Jim Airth.

— Tengo que irme — dijo de pronto —. Que Dios la guíe siempre.

Se volvió tan apresuradamente, que su mano estaba ya sobre el tirador de la puerta, antes de que Myra, que había saltado de su asiento y cruzado rápidamente el salón, le alcanzase.

— ¡Jim! — dijo casi sin aliento —. ¡Deténgase, Jim! ¡Deténgase! ¡Escuche! ¡Espere! Jim, yo he pensado siempre — a Juana se lo he dicho — que si le perdo-

naba, no podría dejarle marchar. — Enlazó sus brazos alrededor de su cuello, mientras él la contemplaba con silencioso embeleso. — Jim, mi bien amado; yo no puedo dejarte marchar, o si te vas, debes llevarme contigo. ¡Yo no puedo vivir sin ti, Jim Airth!

Durante unos segundos, Jim permaneció en silencio, mientras Myra seguía con los brazos pendientes de su cuello y la cabeza descansando en su pecho.

Luego prorrumpió en un grito tan terrible que el corazón de Myra se detuvo.

— ¡Oh Dios mío! — exclamó —. ¡Esto es lo peor de todo! Al caer yo ¿la habré arrastrado conmigo? Ahora quedo verdaderamente destrozado..., destrozado. ¿Qué vale, comparado con esto, la quiebra de mi propio orgullo, de mi propio honor, de mi propia estimación? ¿Habré empañado su inmaculada pureza? ¿Habré debilitado la noble fortaleza de su dulce inocencia? ¡Oh, esto no! ¡Dios mío, esto no!

Alzó sus manos hasta el cuello, tomó por las muñecas las de Myra, y separándolas violentamente, retrocedió un paso. Ella levantó la cabeza.

Luego, apoyando contra su pecho las manos de Myra, dijo:

— Lady Ingleby, alce usted los ojos y míreme cara a cara.

Lenta, muy lentamente, Myra dirigió hacia él sus ojos grises. En ellos ardía el mismo fuego que en los

ojos de Jim; sentía Myra que su viril fortaleza se adueñaba de ella, como otras veces. Flameaban tan vívidamente sus ojos azules, que apenas podía advertirse la angustia que en su semblante se pintaba.

— Lady Ingleby — dijo estrechando con fuerza sus manos —, lady Ingleby, lo mismo que ahora, estuvimos juntos usted y yo sobre una faja de arena que se estrechaba por momentos. El mar, implacable, inexorablemente seguía subiendo. Frente a nosotros se levantaba un alto acantilado, nuestro único refugio. Yo tenía, lo mismo que ahora, sus manos en las mías, y dije: «Tenemos que trepar... o nos ahogaremos.» ¿Se acuerda usted? Estamos ahora en el mismo caso. Ante nosotros no hay sino un camino escarpado y difícil; pero tenemos que ascender por él. Tenemos que remontarnos sobre nosotros mismos, lejos de esta faja; cada vez más estrecha, de arenas traidoras; lejos de este enfurecido océano de tentaciones; hacia las cumbres oreadas, bajo el azul de los cielos, en una límpida atmósfera de honor, de rectitud, de pureza perfecta. Así ha vivido usted hasta ahora; así ha vivido usted noblemente. Y yo he intentado arrastrarla en mi caída... ¡Que el Señor me perdone! La he puesto en peligro... ¡Sí, sí! ¡Escúchemel! Ahora tiene usted que alzarse de nuevo; tiene que ascender sola; pero cuando yo me haya ido, su ascensión será más fácil. Dentro de poco se remontará usted, nuevamente, encumbrada y segura;

por encima de estas aguas traidoras y peligrosas. Perdoneme, si le parece que procedo rudamente. — Amablemente la obligó a retroceder hasta el sofá. — Siéntese aquí — dijo — y no se levante hasta que yo haya abandonado la casa. Y si alguna vez vienen a su memoria estos momentos, recuerde usted, lady Ingleby, que toda la culpa ha sido mía... ¡No! ¡Cállese! ¡Cállese! ¿Quiere usted soltar mis manos?

Pero Myra estrechó más firmemente aquellas fuertes manos, riendo y llorando y esforzándose por hablar.

— ¡Oh Jim, Jim mío! No puedes dejarme trepar sola, porque yo soy tuya y libre, y no pertenezco a ningún otro hombre sino a ti; y los dos juntos, por la gracia del Señor, podremos alzarnos sobre la cumbre del precipicio, la cumbre adonde Su mano nos condujo. Jim, lo más querido para mí en el mundo, Jim, no te apartes de mi lado, porque tengo que estar junto a ti, hasta que hayas leído estos dos telegramas. ¡Jim, léelos pronto!... Sir Deryck Brand los trajo de Londres esta tarde. Perdóname que no te lo haya dicho en seguida... Necesitaba someterte a una prueba; una prueba que a ti mismo te demostrase que eras, entre todos los hombres, el más digno de mi confianza, por tu lealtad, por tu honorabilidad, por tu valentía; el hombre que no me abandonará nunca en mi ascensión, hasta que ambos estemos juntos, bajo el azul, en las cumbres de las eternas colinas del Señor... ¡Jim!

Temblaban sus palabras en el silencio del salón. Jim Airth se arrodilló a sus pies y, ocultando la cabeza en su regazo, enlazó sus manos alrededor de su talle, mientras sollozaba, como sólo pueden sollozar los hombres fuertes cuando, anonadado de dolor su corazón, sienten de pronto un súbito consuelo.

Myra dejó caer dulcemente las manos sobre sus cabellos enmarañados. Y así permanecieron largo rato sin hablar, sin moverse.

En aquellos minutos sagrados aprendió Myra lo que diez años de vida conyugal no habían podido enseñarle: que en el hombre más fuerte se esconde, a veces, un eterno niño: vehemente, imperioso, necesitado de ayuda, lleno de flaquezas, y que en el amor de toda mujer hay siempre algo de amor de madre: ternura, paciencia, comprensión; un amor lleno de prudencia y a la vez de abnegación; un amor siempre presto a sufrir y a perdonar y que en su propia debilidad encuentra su fuerza.

Jim Airth alzó al fin la cabeza.

Los últimos destellos del sol poniente, que penetraban a través de la ventana, iluminaban, con un esplendor de oro, el bello rostro de Myra. Pero había en él un resplandor mucho más brillante que el de los rayos del ocaso.

— ¡Myra! — dijo Jim, temeroso y maravillado —. ¡Myra! ¿Qué es esto?

Cruzando ella sus manos alrededor del cuello de él, mientras él seguía arrodillado ante ella, atrajo contar su pecho la cabeza de Jim y respondió:

— He aprendido una lección, amado mío; una lección que sólo tú podías enseñarme. Soy muy feliz y te estoy muy agradecida, Jim, porque ahora veo que, al fin, estoy preparada para ser tu esposa.

CAPÍTULO XXVI

“¿Qué escribiremos?”

Al llegar Jim Airth y Myra al vestíbulo de la Posada del Moro, lo encontraron muy familiar.

Jim se había ilusionado con la idea de llevar allí a su esposa la tarde del día de la boda. Partieron de la ciudad inmediatamente después de la ceremonia; comieron *en route*, y ahora se encontraban allí en donde muchas veces se habían dado, en otro tiempo, las buenas noches, bajo la lámpara, junto a la mesa de mármol.

— ¡Oh mi querido Jim! — murmuró Myra, despojándose de la capa de viaje —. ¡Parece todo esto una cosa tan natural! ¡Mira el viejo reloj! Las diez y cinco. Las señoritas de Murgatroyd habrán subido, en sosegada procesión, hace cuatro minutos justos. ¡Mira la cabeza de ciervo! Esa es el asta en cuya punta más alta colgabas tu sombrero.

— Myra...

— Sí, querido mío. Espero que las señoritas de Murgatroyd estarán aquí todavía. Voy a ver el registro... ¡Sí, mira! Aquí están sus nombres con la fecha de

llegada, pero no con la de salida. ¡Oh, aquí está «Jim Airth» tal como lo vi escrito por vez primera; y mira a la «señora O'Mara» exactamente debajo. ¡Qué bien me acuerdo de cuando me detuve a mirar hacia atrás en el descansillo de la escalera y vi que te acercabas a leerlo! Entonces deseé haberlo escrito mejor. Ahora puedes mandármelo copiar todas las veces que quieras, Jim.

— Myra...

— Sí, querido mío. Subo volando a abrir las maletas. En seguida bajaré al cenador de madreselva y me sentaré contigo mientras fumas. No tenemos que preocuparnos de que se haga tarde; como estas queridas señoritas no saben que hemos regresado, no se habrán acostado dejando las puertas entreabiertas. Pero, Jim, aunque sea tarde, tienes que dejar caer ruidosamente tus botas en el pasillo, para que dé un brinco repentino el corazón de la señorita Susana.

— ¡Myra! Oyeme, esposa mía...

— Sí, querido, lo sé. Pero estoy completamente segura de que «tía Ingleby» está atisbando desde su pequeña habitación, al final del pasillo; además, Polly ha terminado de subir, con Sam, escaleras arriba nuestro equipaje; me parece que los siento agarrarse al remate del pasamanos. Tengamos un poco de paciencia, Jim. Déjame que ponga nuestros nombres en el registro de viajeros. ¿Qué escribiremos? En realidad, nos veremos

al fin obligados a darnos a conocer. ¡Qué conmoción para las señoritas de Murgatroyd! Pero, por esta vez, voy a inscribirme bajo el nombre que he deseado llevar más que ningún otro.

Así, sonriendo alegremente a su esposo, inclinada sobre la mesa como para ocultar su rostro feliz a la adoración de los ojos de Jim, la nueva condesa de Airth y de Monteith tomó la pluma, y sin esperar a quitarse los guantes, escribió en el registro de viajeros de la Posada del Moro, con letra grande y clara:

Sra. de Jim Airth

FIN

INDICE

<u>Capítulos</u>	<u>Págs.</u>
I. En la terraza de Shenstone.....	5
II. El precursor.	11
III. Lo que sabía «Péter».....	25
IV. En manos amigas	47
V. La cura de reposo de lady Ingleby.....	59
VI. La «Posada del Moro».....	73
VII. La correspondencia de la señora O'Mara..	77
VIII. En la Ensenada de la Herradura.....	97
IX. El socorro de Jim Airth.	103
X. «¡Ea, vamos adelante!»	107
XI. Entre el mar y el cielo.....	121
XII. Bajo el lucero matutino.	141
XIII. El despertar.....	147
XIV. Días áureos.....	157
XV. ¿Dónde está lady Ingleby?	175
XVI. Bajo las hayas de Shenstone.....	187
XVII. «Usted sabrá seguramente...»	195
XVIII. Lo que Billy tenía que decir.	201
XIX. La resolución de Jim Airth.	211
XX. Nueva esperanza.	227
XXI. Miguel Véritas.	235
XXII. La esposa de lord Ingleby.....	245
XXIII. Lo que sabía Billy.	261
XXIV. La señora Dalmain examina la situación..	273
XXV. La prueba.	293
XXVI. «¿Qué escribiremos?»	303

NOVELAS "EDICIONES HOGAR"

Forma esta colección una serie de novelas cuidadosamente seleccionadas entre los mejores autores españoles y extranjeros. Todas las novelas de esta colección, por su asunto absolutamente moral, pueden ponerse en todas las manos.

Los tomos van pulcramente encuadernados y llevan todos ellos una artística cubierta en tricromía.

VOLÚMENES PUBLICADOS

LIL DE LOS OJOS COLOR DEL TIEMPO

por GUY CHANTEPLEURE

Cuando Claudia (Lil) entra como señorita de compañía en el sombrío y melancólico castillo de Malencontre está muy lejos de suponer que allí le ha de suceder una serie de aventuras, de carácter sentimental unas y dramáticas las otras, que han de variar y fijar el camino de su vida. El relato de estos episodios, que acaban en un bello y triunfante canto de amor constituye el asunto de esta interesante novela.

*Un tomo encuadernado, con cubierta
en colores..... 4 pesetas*

DOSIA

por HENRY GREVILLE

Dosia es una joven encantadoramente mal educada, pero simpatiquísima y de gran corazón. Ella; su primo Pedro, joven militar de cabeza ligera, pero de alma noble y leal; Sofía, la amiga y protectora de Dosia, y Surof, hermano de Sofía, son los cuatro principales personajes a cuyo alrededor gira la acción de esta interesantísima novela.

Un tomo con fuerte y vistosa encuadernación y cubierta en colores.... 3 pesetas

MARIA

por JORGE ISAACS

Es la historia tierna y sentimental de unos bellos y tristes amores entre Efraín, joven colombiano de familia acomodada, y María, dulce e inocente niña recogida en casa de la familia de Efraín. Los mil detalles sentidos y encantadores de que está llena la acción de esta novela le dan un sabor de cosa vivida que la ha hecho célebre en todos los países de habla castellana.

Un tomo encuadernado, con ilustraciones y cubierta en colores..... 4 pesetas

LOS OJOS DE ALICIA

por CHARLES E. PEARCE

Durante un viaje que hace Alicia se ve envuelta en el asunto misterioso del asesinato de su tutor. Un joven deportista, Erico Graydon, que viaja con Alicia, se interesa por ella y decide no abandonarla en el trance en que se ve. Los amores de Erico y Alicia, junto con el misterio del asesinato y con ciertos puntos oscuros que hay en la vida de ella, forman el nudo de esta interesantísima novela, que ha tenido en Inglaterra uno de los mayores éxitos de librería que se recuerdan en muchos años.

Un tomo encuadernado, con cubierta en colores..... 5 pesetas

LA PUERTA CERRADA

por JORGE GIBBS

La acción de esta novela se desenvuelve entre la alta sociedad de Nueva York. Un joven inventor, con ambiciones, se casa sin amor, sólo por cumplir la voluntad póstuma de un pariente suyo, con una encantadora muchacha. Forman la trama de la novela las descripciones de una serie de graciosas e interesantísimas situaciones entre los jóvenes esposos. El desenlace es sentimental e inesperado.

Un tomo encuadernado, con cubierta en colores..... 5 pesetas

EL PARAGUAS DE SAN PEDRO

por COLOMÁN MIKSZATH

La vida de Pablo Gregorics es muy accidentada. Cuando su hijo Jorge averigua que seguramente la fortuna de su padre está contenida en un documento encerrado en el puño del paraguas que en otro tiempo usó el difunto pónese en su busca. De cómo llegó éste a ser «el paraguas de San Pedro»; de cómo, buscándolo, se enamora Jorge de la encantadora Gabriela, y de los lances interesantes y atrayentes de estos amores trata toda la segunda mitad de esta novela, una de las mejores que produjo Colomán Mikszath, el celebradísimo novelista húngaro.

*Un tomo encuadernado, con cubierta
en colores..... 4 pesetas*

LA AVENTURA DE HUGUETTE

por GUY CHANTEPLEURE

Chantepleure es el seudónimo de una de las más delicadas escritoras francesas. Sus novelas, finas y atrayentes, han obtenido un éxito grande. «Lil de los ojos color del tiempo», su obra maestra, es conocidísima en España y en América. LA AVENTURA DE HUGUETTE es la deliciosa novela de una muchachita todo corazón. Para completar el tomo siguen las novelas «El secretario de Chamboche» y «Comedia nupcial».

*Un tomo encuadernado, con ilustraciones de
Longoria y cubierta en colores 4 pesetas.*

FUERA DE SERIE

FELIPE DERBLAY

por JORGE OHNET

Es una hermosa y sentimental novela que a la belleza de la narración une un precioso argumento. Es una de aquellas novelas que se leen varias veces y cada vez parecen más bonitas.

Un tomo en rústica 4 pesetas

LIBRO DE EXCEPCIONAL IMPORTANCIA

EL ROSARIO

por FLORENCIA L. BARCLAY

**Preciosa novela, de la que en Inglaterra se han
vendido más de**

1.500.000 ejemplares

y que ha sido traducida a

OCHO IDIOMAS

De esta novela, que ha obtenido un éxito sin precedentes en el mundo entero, dice la señora E. de Saint Segond, la traductora francesa de las novelas de la Barclay:

«Con su libro, la señora Barclay entró en el dominio de las popularidades extraordinarias... Recibió centenares de cartas y, a medida que fueron apareciendo sus demás obras, la correspondencia aumentó, haciéndose cada vez más íntima; la señora Barclay hablaba a las almas y éstas acudían a ella. Una nota especial, pura y elevada, resuena en todas sus obras y encuentra ecos hasta el infinito.»

La traducción española de *El Rosario* está esmeradamente impresa, y forma un tomo de unas 400 páginas, con una cubierta en tricromía.

*Un volumen encuadernado, con cubierta
en colores..... 5 pesetas*

5 PESETAS